

Cuadernos del Sur

Sociedad • Economía • Política

ADOLFO GILLY
ALBERTO J. PLA

ALEJANDRO DABAT
MIKE DAVIS
PERRY ANDERSON
RUDOLF BAHRO

- La anomalía argentina
- Orígenes del Partido Socialista Argentino
- Crisis y economía en América Latina
- Reagan: En pos del milenio
- Modernidad y revolución
- Ecología y perspectiva socialista

Cuadernos del Sur

Número 4



Marzo-Mayo 1986

Tierra  fuego
del

CONSEJO EDITORIAL

**Argentina: *Eduardo Basz / Eduardo Lucita /
Roque Pedace / Alberto J. Pla / Carlos Suárez***

**México: *Alejandro Dabat / Alberto Di Franco /
Adolfo Guilly/José María Iglesias (Editor)***

Italia: *Guillermo Almeyra*

Brasil: *Enrique Anda*

***El Comité Editorial está constituido por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina***

Publicado por © *Editorial Tierra del Fuego*

Número 4

Argentina, Marzo-Mayo 1986

Toda correspondencia deberá dirigirse:

En Argentina:

Casilla de Correos No. 167, 6-B, C.P. 1406

Buenos Aires - Argentina

En México:

EDITORIAL TIERRA DEL FUEGO

Nebraska 43-402

México, 03810 - D.F.

INDICE

ADOLFO GILLY	• La anomalía argentina	5
ALBERTO J. PLA	• Orígenes del Partido Socialista Argentino	41
ALEJANDRO DABAT	• Crisis y economía en América Latina	75
MIKE DAVIS	• Reagan: En pos del milenio	97
PERRY ANDERSON	• Modernidad y revolución	124
RUDOLF BAHRO	• Ecología y perspectiva socialista	149

CUADERNOS DEL SUR responde a un acuerdo entre personas, las que integran el Consejo Editorial. La revista es ajena a toda organización. La pertenencia, actual o futura, de cualesquiera de sus integrantes a partidos o agrupamientos políticos sólo afecta a éstos de modo individual; no compromete a la revista ni ésta interfiere en tales decisiones de sus redactores.

CUADERNOS DEL SUR es un órgano de análisis y de debate; no se propone, ni ahora ni en el futuro, ser un organizador político ni promover reagrupamientos programáticos.

El Consejo asume la responsabilidad del contenido de la revista, pero deslinda toda responsabilidad intelectual en lo que atañe a los textos firmados, que corren por exclusiva cuenta de sus autores, cuyas particulares ideas no son sometidas a otro requisito que el de la consistencia expositiva. El material de la revista puede ser reproducido si se cita fuente y se añade la gentileza de comunicárnoslo. Las colaboraciones espontáneas serán respondidas y, en la medida de nuestras posibilidades, atendidas.

La anomalía argentina

(Estado, corporaciones y trabajadores)*

Adolfo Gilly

1.

Por su magnitud, su selectividad y su tecnificación, el nivel de la represión ejercida por la dictadura de las Fuerzas Armadas argentinas entre 1976 y 1983 supera cualitativamente todos los antecedentes conocidos en el país y en América Latina.¹ Esta locura homicida ejercida sistemáticamente desde el poder del Estado no puede explicarse, dado su carácter institucional, duradero, planificado y metódico, por los “excesos” de algunos jefes militares, por los rasgos psicológicos o por las cualidades intrínsecas de la función militar. Ella está indicando un *tipo específico de crisis* en el Estado que la engendra, que lo conduce a violar sus propias y severísimas leyes represivas y a volverse institucionalmente patrocinador, organizador y, finalmente, monopolizador de la “violencia ilegítima”, clandestina, ilimitada, hasta tocar las fronteras donde comienzan los síntomas de descomposición y de autodestrucción de los organismos y los individuos que son sus portadores.²

En lo que sigue trataré de indagar en los orígenes, el desenvolvimiento y las derivaciones de esta crisis, para poder acercarme a una

* Una versión más extensa de este trabajo fue presentada por el autor en el “Seminario sobre la teoría del Estado en América Latina”, realizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México en febrero de 1984.

¹ Entre la literatura sobre el tema posterior al restablecimiento del régimen constitucional en Argentina, destacan *Nunca Más*, informe de la Comisión Nacional sobre el Desaparecimiento de Personas, presidida por Ernesto Sábato, y el relato novelado de Miguel Bonasso, *Recuerdo de la muerte*, Ediciones Era, México, 1984.

² Sobre la desintegración interior del ejército, me refiero en “El informe Sábato: cómo se destruyó la moral de un ejército”, *Proceso*, México, 28 enero 1985.

caracterización de su especificidad, a una determinación de su grado de permanencia y a una explicación de la racionalidad de comportamientos en apariencia irracionales y aberrantes por parte de individuos y organismos que concentran el poder del Estado y su representación ante la sociedad.

2.

Constituida la nación tempranamente sobre la base del predominio indiscutido de las relaciones de producción capitalistas; con una alta tasa potencial de acumulación debida a su inserción específica como poderoso agroexportador en el mercado mundial dominado por el imperialismo británico y a la relativa homogeneidad inicial de su clase dominante, la burguesía agraria o burguesía pampeana; con una fuerza de trabajo urbana (y aun rural) provista fundamentalmente por inmigrantes y por trabajo asalariado; sin importantes resabios precapitalistas en su economía y en sus relaciones sociales, la sociedad argentina conoció rápidamente, desde la formación del Estado moderno y su consolidación en los años 80 del siglo XIX, una nítida definición de clases y una centralidad manifiesta y visible para la propia sociedad del enfrentamiento entre capital y trabajo.

Esta centralidad se presenta no sólo en las huelgas obreras de las dos últimas décadas del siglo pasado, en la temprana aparición de un partido obrero de clase, el Partido Socialista, fundado en 1896, y en la multiplicación de las organizaciones y los periódicos anarquistas, sino también en la igualmente temprana aparición de la huelga general como cuestionamiento objetivo y global de la clase obrera al Estado en cuanto "relación social y aparato institucional".³ Los tra-

³ "Dentro de este proceso de construcción social, la formación del Estado nacional supone a la vez la conformación de la instancia política que articula la dominación en la sociedad y la materialización de esa instancia en un conjunto interdependiente de instituciones que permiten su ejercicio. La existencia del Estado se verificaría entonces a partir del desarrollo de un conjunto de atributos que definen la 'estadidad' —la condición de 'ser Estado'— es decir, el surgimiento de una instancia de organización del poder y del ejercicio de la dominación política. El Estado es, de este modo, relación social y aparato institucional". Oscar Oszlak, *La formación del Estado argentino*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982, p. 15. En el prólogo a esta obra, el autor recuerda que en este periodo formativo del Estado argentino "se estaban conformando, influyéndose mutuamente en su despliegue histórico, un sistema de producción, un mercado, una estructura de clases y un estado nacional".

Por otra parte, el Estado argentino se constituye tempranamente como una relación social específica, una relación del capital. Conviene recordar aquí esta observación de

bajadores argentinos realizan su primera huelga general en 1902⁴ y desde entonces este método de lucha y esta forma de organización de su conciencia colectiva no desaparece más de la sociedad argentina y del conjunto de relaciones sociales en que se funda y que son normadas por el Estado en cuanto específico marco de la relación de dominación/subordinación en dicha sociedad ⁵

En la organización de la nación y del Estado y la constitución de su clase dominante —la burguesía pampeana, los dueños de la tierra—, el ejército argentino tuvo un papel determinante: con la “conquista del desierto”, nombre que tomó la guerra de exterminio contra las poblaciones indígenas de la pampa y el apoderamiento de esas tierras, fuente de una de las más fabulosas rentas agrarias concebibles, por los miembros de la clase dominante en consolidación, ese

John Holloway y Sol Picciotto en *Capital, crisis y Estado*, en “Estudios Políticos”, México, vol. 3, abril-junio 1984, núm. 2: “El problema no es simplemente colocar al Estado en el contexto de la relación entre las clases dominantes y dominadas, sino colocarlo en el contexto de la forma histórica tomada por aquella relación en la sociedad capitalista, la relación del capital. Por consiguiente, los puntos de partida para una teoría del Estado no deben radicar en la especificidad de lo político ni en el predominio de lo económico, sino en la categoría materialista histórica de la relación del capital”.

⁴ José Panettieri, *Los trabajadores*, Centro Editor de América Latina, 1982 (primera edición, 1966), p. 147. En el mismo volumen, p. 138, aparece la siguiente resolución adoptada por el cuarto congreso de la Unión General de Trabajadores, de orientación sindicalista, reunido en Buenos Aires en diciembre de 1906:

“Considerando: que la huelga general es un arma genuinamente obrera y la más eficaz para la defensa y ataque en favor de sus propios intereses y en detrimento de la burguesía, por cuanto va a herirla en la base fundamental de sus dominios, o sea su preeminencia en el campo de la producción.

“Que ella tiene la virtud, como ninguna otra arma, de colocar frente a las clases en pugna provocando una situación de hecho que revela en la forma más evidente a los trabajadores el profundo antagonismo de intereses que dividen a las mismas.

“Que la huelga general robustece el espíritu de lucha acrecentando la conciencia y fortaleciendo la organización obrera.

“Por todas estas consideraciones, el IV Congreso declara que la huelga general es un arma superiormente eficaz, y aconseja al proletariado capacitarse y ejercerla, no debiendo ponerse límite de ninguna clase, pues ella debe surgir espontáneamente en los momentos y circunstancias que sea requerida”.

⁵ “La huelga general es un pasaje obligado y decisivo en la formación de la conciencia de clase, porque es el paso de los movimientos por el precio de la fuerza de trabajo dentro de la organización social capitalista hacia la contraposición como *clase en conjunto* a dicha organización y a su Estado”. Adolfo Gilly, *Por todos los caminos/1*, Editorial Nueva Imagen, México, 1983, p. 272. Sobre la relación de dominación/subordinación y sus normas me refiero en mi ensayo “La historia como crítica o como discurso del poder”, en Carlos Pereyra y otros, *Historia ¿para qué?*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1980, p. 195.

ejército contribuyó a engendrar a ésta a partir de la reconversión de la burguesía comercial-portuaria de Buenos Aires y a echar las bases de su renovada hegemonía sobre las fracciones de terratenientes y burgueses en formación del interior del país. Con el desarrollo de la industria en Buenos Aires y la extensión de las relaciones salariales en la producción agropecuaria y en particular en las grandes extensiones ganaderas, ese ejército recicló naturalmente su función y pasó, de la guerra de exterminio contra los indígenas, a la represión directa de los movimientos y huelgas de los asalariados.⁶ Uno de sus momentos culminantes fue la masacre de la manifestación obrera del 1º de mayo de 1909, con ocho obreros muertos y cuarenta heridos, respondida con una huelga general que se extendió durante una semana entera.⁷

⁶ Al referirse a las guerras civiles en las cuales se constituyó la inicial configuración de clases dominantes en el Estado argentino, Oscar Oszlak, *op.cit.*, p. 256, cierra su libro con el párrafo siguiente: "Hay un sino trágico en este proceso formativo. 'La guerra hizo al Estado y el Estado hizo la guerra'. La 'unión nacional' se construyó sobre la desunión y el enfrentamiento de pueblos y banderías políticas. La unidad nacional fue siempre el precio de la derrota de unos y la consagración de privilegios de otros. Y el Estado nacional, símbolo institucional de esa unidad, representó el medio de rutinizar la dominación impuesta por las armas".

Sobre la guerra de exterminio contra los indios, en David Viñas y Cesar Fernández Moreno, "Une chronologie et quatorze notes à propos de l'Argentine", *Les Temps Modernes*, Paris, julio-agosto 1981, núm. 420-421, (Número especial: "Argentine entre populisme et militarisme"), escribe David Viñas que ella puede inscribirse:

"... en una sincronía latinoamericana que va de la eliminación de los indios yaquis de Sonora, en México, bajo Porfirio Díaz, a la persecución de los mayas entre la dictadura guatemalteca de Justo Rufino Barrios (1871-1885) y la tiranía de Estrada Cabrera (1898-1920), pasa por la sujeción implacable de los indios de la Amazonia colombiana en la época de la "guerra de los mil días" (1899-1902), conoce la aniquilación de la región brasileña de Canudos que se realizó durante la *república velha* de los mariscales brasileños Da Fonseca y Peixoto, y llega hasta la derrota del cacique Wilka ante el ejército boliviano y la 'pacificación' de los araucanos en el sur de Chile que se debe al coronel Cornelio Saavedra y a sus lugartenientes". Viñas anota también que "no encontramos en ninguno de los textos que organizan el conjunto de la 'conquista del Desierto' ninguna vacilación en considerar a los indios como los enemigos por excelencia, culpables e ineluctablemente 'condenados'. Ver también Carlos Alberto Brocato, "Golpismo y militarismo en Argentina", *Cuadernos del Sur*, Editorial Tierra del Fuego, Buenos Aires, número 1, enero-marzo 1985. Sobre ejército y política, ver Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1981-1982 (2 vols.) y Osvaldo Bayer, "Armée argentine", en el número citado de *Les Temps Modernes*.

⁷ José Panettieri, *cit.*, ps. 154/157. El coronel Ramón Falcón, jefe de policía que ejecutó esta represión, fue muerto el 14 de noviembre de ese mismo año por la bomba de

Sería esquemático y unilateral reducir el papel del ejército argentino a esa función decisiva en los orígenes de la acumulación originaria y en la preservación de las relaciones de dominación y acumulación capitalistas (del proceso de valorización del capital), sin considerar la complejidad de sus otras determinaciones en las relaciones y conflictos entre las diversas fracciones de la clase dominante y sus relaciones con los dominados. Pero también lo sería pasar por alto la rigurosa continuidad entre esos orígenes y la formación de su conciencia, tradición y pensamiento de casta y de corporación determinante en cada período del Estado y de la sociedad argentina.

Una similar continuidad en sus tradiciones y sus doctrinas manifiesta, por ejemplo, el ejército chileno desde, digamos, la matanza obrera de Santa María de Iquique a principios de siglo hasta el derrocamiento de Salvador Allende. Pero aquí entra esa importante determinación para el Estado y para el ejército que René Zavaleta denomina su *momento constitutivo*.⁸ Y este ejército, si bien tuvo también su equivalente de la “conquista del desierto” argentina en la guerra contra los araucanos (mucho más dura y exigente para los militares chilenos que la que les tocó a los argentinos), registra como sus momentos constitutivos dos guerras victoriosas: la primera en 1839 contra la Confederación Peruano-Boliviana del mariscal Andrés de Santa Cruz; pero sobre todo la segunda, la Guerra del Pacífico o “guerra del salitre” en 1879 contra Perú y Bolivia, mediante la cual el Estado chileno terminó de constituir su espacio geoeconómico capitalista definitivo.⁹ Si se excluye —con razón— la ingloriosa agre-

un joven obrero anarquista, Simón Radowitsky, quien años después participó en la primera época de la revolución rusa y en la revolución española de 1936. El coronel Ramón Falcón tiene un monumento en los “hermosos barrios” de Buenos Aires, frente a la Recoleta. El anarquista Radowitski todavía no tiene el suyo en los barrios obreros.

⁸ Ver René Zavaleta Mercado, “El Estado en América Latina”, contribución al presente volumen colectivo.

⁹ “Si la Guerra del Pacífico es la primera en que los capitalistas europeos (y en este caso en menor grado norteamericanos) toman abiertamente partido —en favor de Chile y contra la alianza perúboliviana— la alegación de que el gobierno de Santiago es sólo el agente de sus intereses parece por lo menos exagerada: la conquista del nortesalitrero significa una ventaja muy importante también para los sectores dominantes de la vida chilena” (Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 7a. ed., 1979, p. 217).

sión contra el Paraguay en la guerra de la Triple Alianza (1865),¹⁰ ninguna victoria similar registra el ejército argentino entre sus momentos constitutivos, marcados por dos genocidios: la guerra del desierto y la guerra del Paraguay.

Es preciso aquí al menos mencionar, en la conformación del Estado argentino, la presencia de la otra institución corporativa que asegura, junto con el ejército, la continuidad y la estabilidad de la relación de dominación/subordinación en la sociedad argentina, la Iglesia católica. Dada la peculiar debilidad social de liberalismo argentino (cuyas raíces históricas no se examinarán aquí), sus representantes concilian tempranamente sus convicciones con la aceptación del catolicismo como religión oficial del Estado y como religión constitucionalmente obligatoria del presidente de la República (salvo el derecho constitucional a la libertad de cultos para los ciudadanos) y la aceptación de la preeminencia de los prelados de la Iglesia católica en dicho Estado. Esa preeminencia se observa hasta el día de hoy en el lugar destacado que ocupan la liturgia católica y sus obispos y cardenales en los actos oficiales del Estado argentino, o en el hecho singularmente anacrónico de que Argentina sea una de los poquísimos países “occidentales” que no reconoce el divorcio en sus leyes civiles. Esta abdicación del liberalismo argentino hizo que, también tempranamente, los portadores del anticlericalismo no fueran los burgueses liberales sino los artesanos, intelectuales y obreros anarquistas y socialistas.

¹⁰ “Frente al Paraguay se levantaba la Triple Alianza del Imperio, la Argentina y el Uruguay (...). La conquista iba a ser menos fácil que la distribución de los despojos; el heroísmo paraguayo asombró al mundo: a través de cinco años de guerra el país perdió a casi toda su población adulta masculina. (...) la Argentina mantenía una apariencia de unidad interna sólo gracias al arte político de Mitre, pero si éste había logrado neutralizar a Urquiza no había podido impedir la rebelión de los reclutas entrerrianos ni, luego de las primeras dificultades en la lucha, un alzamiento federal que conmovió a todo el interior (1866-1867)”. Esta guerra fue así resistida con alzamientos y sublevaciones por una parte de los argentinos y con sus escritos por algunos de sus intelectuales. “De esa guerra —que le obligó a organizar un ejército de varias decenas de miles de hombres, reiteradamente diezmado por la guerra y las epidemias— la Argentina salió deshecha y rehecha” (Tulio Halperin Donghi, *op. cit.*, ps. 247-248).

Osvaldo Bayer, art. cit., escribe: “La guerra contra el Paraguay fue conducida como una expedición imperialista y no como una empresa de reivindicación o de liberación. Las motivaciones, los intereses ingleses defendidos, las conquistas obtenidas y el trato infligido al pueblo paraguayo presentan las mismas características que las guerras coloniales libradas por los países europeos o por Estados Unidos”. Numerosos escritores y políticos de la izquierda socialista y nacionalista argentina comparten hoy esta opinión.

La corporación eclesiástica, estrechamente unida a la oligarquía terrateniente, estableció una perdurable alianza, casi simbiótica, con la corporación militar, proveyó sus capellanes a las fuerzas armadas y amparó ideológicamente sus empresas. La degradación final de esta función se cumplió durante la dictadura militar de 1976-1983, en la cobertura y la complicidad de la jerarquía de la Iglesia con los desaparecimientos y la tortura y hasta en la participación directa en esta última de algunos sacerdotes católicos (junto con el asesinato de otros por las fuerzas de la dictadura: pero éstos fueron los marginales, mientras la alta jerarquía eclesiástica se alineó sin vacilar con las fuerzas represoras).

3.

Desde la conformación del Estado nacional, una clase conquista y mantiene una duradera centralidad entre los dominadores en la formación económico-social argentina: la gran burguesía agraria, o burguesía pampeana, u oligarquía terrateniente, cuyo ascenso y consolidación coinciden con su imbricación con la hegemonía del imperialismo británico en el mercado mundial. Este sector social, pese a todos los avatares políticos e institucionales posteriores y al ocaso de la hegemonía de sus grandes socios extranjeros iniciales (los británicos, aquellos con los cuales se sentía por intereses, por formación, por educación y por gustos casi una misma clase), ha logrado preservar esa centralidad hasta nuestros días.¹¹ Ella se afirma tanto en el predominio de las relaciones salariales —es decir, capitalistas— a través de las cuales extrae el plusproducto de sus trabajadores, como en el control de la fantástica renta diferencial de la pampa húmeda. Las inversiones extranjeras, también predominan-

¹¹ Guillermo O'Donnell, *El Estado burocrático autoritario*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982, ps. 224-225, subraya la perduración de esa centralidad al señalar dos diferencias del Estado argentino en la época del gobierno de Onganía (1966-1970) con respecto a otros gobiernos militares comparables: "Una es el grado relativamente alto de autonomía frente al Estado y las clases dominantes del sector popular (incluso, muy especialmente, de la clase obrera), ligado a un alto grado de activación política y capacidad organizacional, pero junto con orientaciones que, a través de sus principales canales —los sindicatos y el peronismo— se mantuvieron ideológicamente adentro de límites capitalistas". (...) "La segunda diferencia, también emergente de la especificidad de la estructura de clases argentina, es la extraordinaria centralidad de una burguesía agraria a la que en definitiva la gran burguesía, a pesar de haber parecido a punto de lograrlo, no pudo subordinar sus propios patrones de acumulación". Volveré sobre esto en lo que sigue.

temente británicas, en ferrocarriles, electricidad, teléfonos, puertos, frigoríficos, complementan esa centralidad, mientras ya en la segunda década del siglo y sobre todo durante la primera guerra mundial una todavía débil burguesía industrial (en industrias de transformación para el mercado interno) y una pequñoburguesía urbana emergente, junto con la actividad de la clase obrera, ponen en cuestión la hegemonía gubernamental de los representantes políticos de aquella clase, los conservadores. Apoyado en esas fuerzas y a favor de esos cambios accede a la presidencia de la república en 1916 por primera vez el Partido Radical, con su caudillo histórico Hipólito Yrigoyen.

Pero llegar al gobierno, si bien permite introducir cambios en las políticas (aranceles, fomento industrial, salarios, formas de gestión de la fuerza de trabajo), no significa alterar la dominación central en el Estado, asentada tanto en la *juridicidad* y en la *judicatura* como en los lazos entre el alto personal burocrático del Estado y los dueños de la tierra (la *diplomacia* es sólo un caso de la perdurabilidad de esos lazos) y en la función invariada de las fuerzas armadas. La intervención directa de ejército y marina sigue siendo inmediatamente funcional — pese a la red de mediaciones políticas del populismo temprano yrigoyenista — al control de los asalariados, aun a costa de tener mayor autonomía con respecto a las políticas del gobierno que a las necesidades de las clases poseedoras en sus intervenciones en primera persona en los conflictos entre capital y trabajo. Las represiones sangrientas de las huelgas de la Semana de Enero de 1919 en Buenos Aires y de las huelgas de la Patagonia en 1921¹² son, entre muchos otros, episodios que ratifican esta constante durante los gobiernos radicales de 1916 a 1930, por debajo y a través de todas las mediaciones que suponía el apoyo popular con que contaba Yrigoyen.

4.

La crisis de 1929 crea las condiciones para que nuevamente la burguesía agraria, pese a ser minoritaria electoralmente, intente restablecer al nivel del gobierno y del Estado la centralidad que no ha perdido en la economía ni en la dominación de clase. Por primera

¹² Osvaldo Bayer, *La Patagonia rebelde*, Editorial Nueva Imagen, México, 1980, presenta un vívido relato de esta represión, cuya esencia ha podido ser trasladada con notable fidelidad a la película del mismo nombre.

vez desde la organización nacional el ejército interviene directamente para resolver a favor de los dueños de la tierra, con un golpe de Estado militar, no ya un enfrentamiento con los trabajadores sino un conflicto entre diferentes fracciones de las clases poseedoras. Con el golpe del general José Evaristo Uriburu, el 6 de septiembre de 1930, el ejército agrega a su función de garante último de la relación de dominación, la relación *vertical* entre dominadores y dominados en la sociedad capitalista, la función de árbitro en la relación *horizontal*, los conflictos políticos en el seno de los dominadores o clase dominante. Ya nunca más se retirará de esa función, en primer plano o entre bambalinas.

Esto tiene que ver con la *debilidad económica* relativa de la burguesía industrial dentro del bloque de las clases poseedoras, la *debilidad política* y la *fuerza económica y cultural* relativas de la burguesía agraria en el mismo bloque, más la *fuerza social* relativa de los trabajadores con respecto a los poseedores, combinada con su escasa representación política propia y con su consiguiente carencia de poder de atracción sobre la conducta cambiante de una numerosa pequeña burguesía urbana (trabajadores independientes y empleados asalariados mentalmente asimilados a ellos) afectada, tanto como los trabajadores de la industria y del agro, por la severidad de la crisis mundial.

Como se sigue de lo anterior, debilidad y fuerza de cada uno en cada terreno no son variables independientes sino funciones de las condiciones respectivas de los otros sectores sociales, todo lo cual da mayor vuelo a la autonomía relativa de las fuerzas armadas como *institución corporativa* en el Estado y la sociedad. Esta situación, a través de diversas combinaciones políticas y de poder, continuará siendo una constante de la vida política argentina, en la cual las mediaciones y los equilibrios en el "mercado político"¹³ están alterados por el peso desproporcionado de los *dueños de la renta agraria* con respecto a los *dueños del capital* en la clase dominante, y de los *obremos industriales* con respecto al conjunto de los *asalariados y trabajadores independientes* entre las clases dominadas.

En las elecciones de 1932, gracias al veto a los radicales impuesto por las fuerzas armadas (veto que anticipa el que a partir de 1955 y

¹³ Tomo la expresión de Juan C. Portantiero, "Transición y democracia en Argentina: ¿un trabajo de Sísifo?", *Cuadernos de Marcha* (segunda época), año IV, núm. 22, México, julio 1983.

hasta 1973 impondrán a los peronistas), vuelven al poder los conservadores en la persona de un general, Agustín P. Justo. Este poder se renovará en 1938, esta vez mediante el "fraude patriótico", y lo perderán definitivamente ante un nuevo golpe militar el 4 de junio de 1943.

En realidad, bajo el gobierno de los conservadores y la alianza de los agroexportadores con el imperialismo inglés, va madurando en la sociedad argentina un proceso de industrialización,¹⁴ como la salida de la crisis, proceso que se continúa y acentúa con el estallido de la segunda guerra mundial y el aislamiento del mercado interno argentino con respecto a las importaciones. Este proceso, además de engrosar las filas del proletariado industrial, tiene su reflejo en las cabezas de sectores de la oficialidad del ejército preocupados por contar con una industria nacional que dé cierta autonomía de abastecimientos a las fuerzas armadas, y en particular por aquellas ramas que pueden sostener una industria de armamentos.

Estos cambios, previos al golpe de 1943, se anuncian ya en la política neutralista y con ribetes nacionalistas del último gobierno conservador de Ramón Castillo. Pero por la misma dificultad de la clase dominante para estabilizar su propia politicidad, debido a la combinación de factores antes señalada, una vez más es el ejército, y no la política de los partidos, quien interviene para llevar esos cambios a la política del Estado.

5.

El golpe militar y con mayor fuerza el gobierno de Juan D. Perón (llevado al gobierno en elecciones precedidas por una gran movilización de la clase obrera, uno de cuyos momentos claves es la huelga general del 17 de octubre de 1945),¹⁵ marcan el desplazamiento del poder de los dueños de la tierra y sus representantes políticos y mili-

¹⁴ Mónica Peralta Ramos, *Acumulación del capital y crisis política en Argentina*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1978, p. 85, señala, como otros autores, que "en la época del 30 se inicia un proceso de industrialización que altera la antigua estructura de poder basada principalmente en la producción agropecuaria". Podemos encontrar el equivalente de este viraje hacia la industrialización en el México o el Brasil de los años 30: es entonces cuando en estos países se echan las bases de lo que sería llamado la política de "sustitución de importaciones", en la cual el Estado desempeña un papel determinante.

¹⁵ La movilización y huelga general del 17 de octubre de 1945, momento constitutivo y mito fundador del movimiento peronista, ha sido objeto de innumerables escritos y análisis posteriores. Fue también un parteaguas histórico para la izquierda argenti-

tares y llevan a la práctica políticas y reformas favorables a la burguesía industrial basada en el mercado interno, a la ampliación de este mercado interno y del consumo de masas y a la protección de la industria nacional. Esto incluye una política de aumentos salariales y beneficios sociales que se combinará con el estímulo a la organización sindical de los trabajadores y con las movilizaciones convergentes de éstos en la coyuntura favorable del inicio de la expansión mundial capitalista de postguerra, para conformar y consolidar un movimiento de masas peronistas que será el apoyo de los siguientes diez años de gobierno de Juan D. Perón (1946-1955) y que levantará la resistencia, no sólo de la burguesía agraria (enemiga irreductible de Perón), sino también de sectores de la burguesía industrial que crecerán en su oposición al peronismo a medida que, hacia mediados de los años 50, se agoten las condiciones económicas para continuar con la “política redistribucionista” de los inicios.

En realidad, con Perón llega al poder del Estado por primera vez una fracción de la burguesía industrial, *débil* en la constelación de las clases dominantes (lo cual se expresa, por ejemplo, en el 46 por ciento de los votos obtenidos por la coalición de la Unión Democrática en 1946 o por el invariable control de la gran prensa por la oposición, que lleva entre 1950 y 1951 a la intervención directa del Estado, incluso expropiatoria para acallarla), pero *fuerte* en la coyuntura específica de la postguerra debido a la alianza con una fracción del ejército —la que apoya a Perón— y la irrupción masiva y organizada de los trabajadores asalariados urbanos y rurales canalizada por el peronismo. Aumentos salariales, obras sociales, generalización de conquistas como jubilación, vacaciones, indemnización por despidos, contratos colectivos, etc., marcan, junto con el papel jurídicamente reconocido a la organización sindical, un *nuevo modo de gestión de la fuerza de trabajo* establecido a partir del Estado y la

na: se definieron entonces contra ella comunistas, socialistas y una de las corrientes del trotskismo (Nahuel Moreno); a su favor se definieron otras dos corrientes del trotskismo de esos años (J. Posadas, por un lado, y Jorge Abelardo Ramos, posteriormente nacionalista, con su revista *Octubre*, por el otro). Estas definiciones fueron determinantes para todo el curso ulterior de cada uno de esos partidos y corrientes. Entre la literatura posterior es útil consultar, entre otros, Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, CLACSO, Buenos Aires, 1983; Félix Luna, *El 45*, Jorge Alvarez Editor, Buenos Aires, 1969; y Juan Carlos Torre, “La CGT y el 17 de octubre de 1945”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, febrero 1976, , núm. 105. Una visión particularmente negativa del 17 de octubre la da un historiador de la escuela de N. Moreno: Milcíades Peña, *Masas, caudillos y élites*, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1971, en cuya concepción el quietismo y el conservadorismo son los rasgos dominantes en la clase obrera argentina.

legislación laboral. Es una concepción de las relaciones entre el capital, el trabajo y el Estado uno de cuyos antecedentes podría buscarse, diez años antes, con los 14 puntos enunciados por el presidente Lázaro Cárdenas en el conflicto con la burguesía de Monterrey, en particular en el punto clave, el tercero, según el cual "el gobierno es el árbitro y el regulador de la vida social".

Esto significa que el ejército deberá replegarse de su función directamente represora en los conflictos entre capital y trabajo (aunque Perón no se privará de usarlo en huelgas que cuestionan a su gobierno, como la de los obreros gráficos en 1949 o la de los ferroviarios en 1951) y quedar en segundo plano frente a un nuevo sistema estatal de mediación y de gestión. Este sistema exige *la presencia, la consolidación y la absorción en el Estado* de otra burocracia distinta de la militar, la de los dirigentes sindicales como administradores o intermediarios entre los trabajadores y el Estado.

Mientras tanto, el respaldo de un sector militar (que finalmente quedará en minoría) a la política de Perón, este repliegue del ejército a un prudente segundo plano en la conflictualidad social, el hecho mismo de que Perón sea un militar en actividad y un representante del ejército y la afluencia de una nueva generación de trabajadores industriales, contribuyen a difuminar las antiguas y tenaces memorias del cruel antagonismo entre obreros y militares y el papel de éstos como guardianes del orden del capital y a alimentar la persistente ilusión de la "alianza entre el pueblo y las fuerzas armadas" o la "alianza sindicatos-ejército", ilusión que sólo será quebrada y aniquilada, esta vez para siempre, por los años de inaudito terror militar antiobrero anunciados desde 1974 y consolidados a partir del golpe de marzo de 1976.

Pero hasta que el resultado de estos años aparezca claro en los cómputos electorales del 30 de octubre de 1983, dos fuerzas paralelas, dos *corporaciones relativamente autónomas* con respecto a las clases de las cuales emanan, parecerán dominar con sus enfrentamientos, negociaciones y acuerdos el escenario social y político y el espacio estatal argentinos: la antigua y consolidada burocracia militar, la nueva y emergente burocracia sindical. Toca ahora considerar el origen, las características, las funciones y el poder (real y aparente) de esta última burocracia.

La movilización de masas y las reformas a la legislación social permiten desde 1945 la constitución de grandes sindicatos de masas por

rama de industria, cuya base de afiliados es homogéneamente peronista. El reconocimiento legal de estas organizaciones y de una Confederación General del Trabajo (CGT) única, la concesión de la administración de las obras sociales a los sindicatos de industria, la percepción de las cuotas sindicales directamente por descuento del salario, la administración de los contratos colectivos de trabajo, pone en manos de sus dirigentes poder y recursos financieros enormes. La integración de los sindicatos al partido de gobierno, que se apoya en la convicción política peronista de la mayoría abrumadora de sus afiliados, y el reconocimiento oficial de su representatividad por el Estado —la “personería gremial”, que es atribución del Estado conceder o retirar a cada organización, equivalente al “registro” en el caso mexicano—, convierten a los dirigentes sindicales a nivel nacional y confederal en miembros del aparato de mediación del Estado. La legislación, que a los ojos de los trabajadores aparece como una protección del Estado a sus organizaciones en contraste con la política persecutoria de los gobiernos anteriores, en realidad coopta a los sindicatos y los hace depender del Estado. Como toda dependencia es a la vez interdependencia, es decir, tiene inevitablemente dos sentidos, es evidente que también el funcionamiento del Estado se altera al incorporar esta función mediadora de los dirigentes sindicales a su modo de relación (su modo de dominación) con los trabajadores y con la población.

En lo sucesivo, en la estructura del Estado argentino en cuanto “relación social” y en cuanto “aparato institucional”, esta presencia de los sindicatos será una constante inmodificable, pese a los periódicos esfuerzos incluso extremos por borrarla de la escena, tan permanente e inseparable de esa estructura como su estrella antagónica y gemela, el ejército.

Pero lo primero es lo primero. Si los nuevos sindicatos fueron atraídos a cumplir esa función, fue antes que nada porque ellos fueron creados y organizados como sindicatos industriales de masas en una de las grandes irrupciones sociales de los trabajadores argentinos, en medio de huelgas y movilizaciones, al terminar la segunda guerra mundial. Fue esa movilización multitudinaria, a veces violenta, heredera de las antiguas experiencias de organización combinadas con el impulso de la nueva generación obrera engendrada por la industrialización más reciente, la que originó y dio la tónica a esas organizaciones. Sus primeros dirigentes (que a partir de 1948-49 el Estado y Perón comenzaron a sustituir sistemática-

mente por hombres más dóciles)¹⁶ fueron en sus orígenes socialistas, anarcosindicalistas o sindicalistas revolucionarios o de clase que dieron los cuadros experimentados iniciales al sindicalismo peronista, así como también los dieron, en mucho mayor medida, trabajadores y sindicalistas de base de esos mismos orígenes y formación.

De ellos y de todo su pasado anterior la clase obrera argentina recibió su formación extraordinariamente combativa, reacia a la política de partidos (incluso del Partido Justicialista), propensa en cambio a intervenir en política con la “acción directa”, rasgos que marcan a la vez sus puntos fuertes y sus lados débiles. Antes de que se estableciera y se afirmara esa nueva relación con el Estado, la clase obrera tuvo la extraordinaria experiencia de haber sido ella, con su movilización y su huelga general del 17 de octubre de 1945, uno de los elementos fundamentales —no el único, ciertamente— para decidir el destino político del país para toda la época sucesiva. Esa su primera irrupción determinante como clase en las grandes decisiones políticas nacionales la hizo como peronista: nada tiene de extraño la persistencia tenaz de esa identidad política, la primera con la cual pudo pesar como clase en la vida política nacional, y no sólo en sus intereses económicos, así como en otros países los trabajadores lo hicieron en tanto socialistas, comunistas, laboristas o cardenistas.

A partir de allí es imposible explicar el Estado argentino como relación social, garante de las condiciones políticas que aseguran la reproducción de las relaciones de producción capitalista y de las clases sociales fundamentales y su respectiva relación de dominación/subordinación, sin comprender esa organización específica de la clase productora —los vendedores de la fuerza de trabajo— y su articulación con el sistema de dominación.

Por la combinación entre ese impulso de abajo y la legislación e iniciativa del Estado (y no por un supuesto designio “maquiavélico” de Perón, admirador por cierto de Maquiavelo, Napoleón y De Gaulle tanto como de sí mismo, simpatías que lo ubican en una *lig-née* muy precisa y muy poblada de estadistas contemporáneos de las más diversas adscripciones políticas, sin excluir a declarados “marxistas-leninistas”), se fueron constituyendo rápidamente los

¹⁶ Louise M. Doyon, “Conflitos operários durante o régimen peronista (1946-1955)”, en *Estudios Cebap*, 13, Editora Brasileira de Ciencias, Sao Paulo, 1975, hace un documentado análisis de este proceso.

nuevos dirigentes sindicales en una burocracia obrera estrechamente ligada al Estado, una *corporación* con intereses y privilegios específicos no basados en la propiedad sino en la *función* y expuestos a perderlos junto con ésta (ansiosos, por eso mismo, de encontrar los modos de transformarse de burócratas en propietarios). Son en este sentido comparables al ejército, aunque carezcan del sentimiento de casta inseparable del carácter militar.

En la tensa, conflictiva y poco equilibrada configuración de clases argentina antes mencionada, ambas corporaciones, cristalizaciones burocráticas del peso social de clases antagónicas, parecen complementarse para asegurar la combinación de coerción y consenso que asegura la hegemonía de la clase dominante: una, los militares, casi la encarnación de la coraza de coerción que protege al Estado; la otra, los burócratas sindicales, casi la de la red de consenso con que ese Estado legitima su dominación.

Este conjunto de factores, como se comprenderá, resta flexibilidad al modo de dominación porque reduce o hace caer el papel de los partidos políticos como mediadores entre la sociedad civil y el Estado. Le trasmite en cambio la rigidez propia de corporaciones poco aptas para asumir ideológicamente el “interés general” de la sociedad y no sólo sus intereses sectoriales, o para que la sociedad se incline a reconocer en ellas sus aspiraciones generales.

Ambas corporaciones se convierten en protagonistas de la política, son penetradas por la política y hacen política pero, al mismo tiempo, la hacen revestida del empleo de la fuerza que a cada una de ellas le es propia. La violencia oculta que impregna toda relación social entre intereses opuestos aparece entonces a flor de piel, porque todo el sistema de mediaciones, fusibles o trincheras erigido entre esos antagonismos en el sistema de la democracia representativa ha sido debilitado y adelgazado. Incluso la Iglesia católica, la burocracia eclesiástica, la supuesta mediadora ideal entre los intereses sociales antagónicos en un país católico porque se erige como la depositaria de la ideología general, el catolicismo, toma partido por la fuerza del ejército, refuerza su simbiosis con la burocracia militar y desvanece al extremo su función tradicional de mediadora interesada.

Visto desde este ángulo, este Estado fuerte y autoritario, negador de las mediaciones y desvalorizador de la democracia, el parlamento y los partidos, aparece aquejado de una forma oculta de debilidad que saldrá a luz y pondrá a sus polos corporativos en cortocircuito cuando las crisis y las caídas de la economía agudicen la competen-

cia en el seno de las clases dominantes y las contradicciones entre éstas y las clases dominadas.

7.

Sin embargo, así como el ejército no es la materialización de la fuerza abstracta de las arma sino del poder organizado y concreto de la clase dominante, la burocracia sindical no extrae su fuerza de las leyes laborales y del reconocimiento del Estado sino de la existencia y la fuerza de la organización de los trabajadores cuya representación ostenta.

Aquí es donde surge, en Argentina, una *anomalía* ubicada en el núcleo de la *dominación celular*¹⁷ cuya sede es el ámbito de la producción, el lugar donde se produce y se extrae el plusproducto, el punto de contacto y fricción permanente entre capital y trabajo asalariado en la sociedad capitalista, el proceso de trabajo que es el soporte material de la autovalorización del capital.

Esa anomalía consiste en que la forma específica de organización sindical politizada de los trabajadores al nivel de la producción no sólo obra en defensa de sus intereses económicos dentro del sistema de dominación —es decir, dentro de la relación salarial donde se engendra el plusvalor—, sino que tiende permanentemente a cuestionar (potencial y también efectivamente) esa misma dominación celular, la extracción del plusproducto y su distribución y, en consecuencia, por lo bajo el modo de acumulación y por lo alto el modo de dominación específicos cuyo garante es el Estado.

¹⁷ El concepto de dominación celular lo utilizan Guillermo O'Donnell, *op. cit.*; Oscar Oszlak, *op. cit.*; y Perry Anderson, *El Estado absolutista*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1981. O'Donnell (*op. cit.*, ps. 51-52) define una crisis de dominación celular como "la aparición de comportamientos y abstenciones de clases subordinadas que ya no se ajustan, regular y habitualmente, a la reproducción de las relaciones sociales centrales en una sociedad *qua* capitalista" Señala como la característica más específica de esta crisis la "impugnación del mando en el lugar de trabajo. Esto implica no dar ya por irrefutable la pretensión de la burguesía de decidir la organización del proceso de trabajo, apropiarse del excedente económico generado y resolver el destino de dicho excedente". Esta situación (...) "indica un Estado que está fallando en la efectivización de su garantía para la vigencia y reproducción de fundamentales relaciones sociales. En su mayor intensidad, cuando se pone en cuestión el papel social del capitalismo y del empresario, esta crisis amenaza la liquidación del orden —capitalista— existente. Por eso ésta es también la crisis política suprema: crisis del Estado, pero no sólo, ni tanto, del Estado como aparato sino en su aspecto fundante del sistema social de dominación de que es parte. Esta crisis es la crisis del Estado *en* la sociedad, que por supuesto repercute al nivel de sus instituciones. Pero es sólo como crisis de la garantía política de la dominación social que puede ser entendida en su hondura"

Al pasar de los antiguos sindicatos dirigidos hasta fines de los años 30 e inicios de los 40 por socialistas, comunistas y, en medida ya muy declinante, anarquistas, que lograban englobar a una fracción minoritaria de la clase obrera, a los grandes sindicatos industriales de masa que se organizan tumultuosamente hacia la mitad de los años 40, la clase obrera se organiza mayoritariamente (en los sindicatos o en su área de influencia) y ve institucionalizada su presencia en la sociedad argentina y su relación con el Estado.¹⁸

Pero, en el mismo movimiento, adopta una forma celular de organización que, por su origen, reproducción y funcionamiento, resulta refractaria a su asimilación en las instituciones de la sociedad capitalista. En las fábricas y lugares de trabajo, retomando sus viejas tradiciones de autorganización y al margen de directivas específicas de ninguna fuerza política y mucho menos del mismo Perón,¹⁹ los

¹⁸ Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983, p. 16, dice que para 1973: "la proporción de los afiliados sindicatos sobre la población asalariada, de acuerdo a los últimos cálculos disponibles, es del 30 por ciento en el nivel nacional, porcentaje muy superior al registrado en los países latinoamericanos y próximo al que se observa en los países industriales avanzados. Cuando se computa solamente a los asalariados industriales, la proporción se eleva hasta el 70 por ciento, lo que da una idea de la vasta cobertura de los aparatos sindicales y, paralelamente, de sus posibilidades para transmitir a lo largo del mundo del trabajo las iniciativas reivindicativas y las consignas de orden político".

¹⁹ En un discurso ante los empresarios reunidos en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, el 25 de agosto de 1944, el entonces coronel Juan Domingo Perón expuso sus ideas sobre la clase obrera y su conducción: son sólidas, no dejan lugar a error y nunca fueron desmentidas en los hechos aunque hayan podido muchas veces ser encubiertas en los discursos. Dijo el militar argentino: "Se ha dicho, señores, que soy enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que les acabo de decir no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado. Yo estoy hecho en la disciplina. Hace treinta y cinco años que ejercito y hago ejercitar la disciplina y durante ellos he aprendido que la disciplina tiene una base fundamental: la justicia. Y que nadie conserva ni impone disciplina si no ha impuesto primero la justicia. Por eso creo que si yo fuera dueño de una fábrica, no me costaría ganarme el afecto de mis obreros con una obra social realizada con inteligencia. Muchas veces ello se logra con el médico que va a la casa de un obrero que tiene un hijo enfermo, con un pequeño regalo en un día particular; el patrón que pasa y palmea amablemente a sus hombres y les habla de cuando en cuando, así como nosotros lo hacemos con nuestros soldados. Para que los soldados sean más eficaces han de ser manejados con el corazón. También los obreros pueden ser dirigidos así. Sólo es necesario que los hombres que tienen obreros a sus órdenes lleguen hasta ellos por esas vías, para dominarlos, para hacerlos verdaderos colaboradores y cooperadores.

"Con nosotros funcionará la Confederación General del Trabajo y no tendremos ningún inconveniente, cuando queramos que los gremios equis o zeta procedan bien, a

trabajadores designan *delegados* que los representan, por departamento, sección o grupo de trabajo (grupo homogéneo, según la nomenclatura italiana), constituyen con ellos *cuerpos de delegados* que deliberan como parlamentos internos de la empresa y eligen *comisiones internas* que conforman su representación central permanente al nivel de empresa.

Este conjunto de instancias organizativas que funcionan en el lugar de trabajo no sólo se ocupan de normas salariales y normas de trabajo establecidas en los contratos colectivos, sino que asumen funciones, más o menos desarrolladas según el nivel determinado de la lucha de clases, de control del proceso de trabajo. Pero su modo de existencia y de decisión las constituye en el eje orgánico de un fenómeno que va más allá del conflicto inmediato entre capital y trabajo: el proceso de discusión colectiva y formación de la opinión y el consenso de la clase trabajadora sobre la política general del país y del Estado. Ese proceso habitual en la formación de la opinión obrera toma organicidad en ese periodo a través de la realización regular de asambleas y reuniones en el lugar de trabajo y de la adquisición del hábito de las asambleas y del control democrático —en el lugar mismo— de la aplicación de sus decisiones por sus representantes. Esta red, ese tejido específico de instancias organizativas cuyo funcionamiento escapa a la reglamentación —y aún al *horizonte jurídico*— de las leyes generales del Estado argentino, no sólo conforma la opinión de la clase obrera y se nutre de ella allí donde esa clase tiene su identidad profunda y diferenciada de los otros segmentos de la sociedad, sino que se constituye en su expresión política y su formulación orgánica.²⁰

darles nuestro consejo; nosotros se lo transmitiremos por su comando natural. Le diremos a la Confederación: hay que hacer tal cosa por tal gremio, y ellos se encargarán de hacerlo. Les garantizo que son disciplinados y tienen buena voluntad para hacer las cosas". (Citado por Milcíades Peña, *op.cit.*, ps. 73-74).

²⁰ En un ensayo de noviembre de 1976, "La larga marcha de la clase obrera argentina", recopilado ahora en Adolfo Gilly, *Por todos los caminos/1*, Editorial Nueva Imagen, México, 1983, p. 59, digo de este tejido social: "Desde 1944-1945 surgieron en Argentina las comisiones internas, elegidas en asambleas generales, los delegados de sección, el funcionamiento de los cuerpos de delegados como verdaderos parlamentos de fábrica. Aun con las inevitables deformaciones burocráticas, ese funcionamiento fue la base de la organización de las grandes huelgas generales y parciales, de las ocupaciones de fábrica, de la vida sindical del proletariado que era al mismo tiempo la forma elemental de su vida política dentro del movimiento nacional —es decir, no de clase— del peronismo. En su memoria histórica, a esa vida y esas luchas —y no simplemente a

Entonces sucede que en el núcleo de la dominación celular, allí donde se asegura la extracción del producto excedente y la reproducción del sistema, allí donde se contraponen el *despotismo industrial* y la *cooperación* en un enfrentamiento de todos los instantes como potencias complementarias y antagónicas de la sociedad capitalista, se introduce la *política*, la consideración y discusión de las cuestiones generales de la sociedad y de su Estado. El *productor* y el *ciudadano*, figuras cuidadosamente separadas en el orden jurídico fundante de la sociedad capitalista, se funden en una sola. Una *anomalía* se ha introducido en ese orden.

Esta politicidad obrera, basada en la cooperación en el lugar de trabajo, resulta impenetrable para la politicidad del intercambio mercantil, base de la socialidad burguesa y de su Estado. Por eso es incluso refractaria (no impenetrable) a la transposición directa de sus lealtades partidarias: un obrero socialista, radical, comunista o trotskista puede y suele ser elegido delegado de fábrica por una base obrera mayoritariamente peronista. Se forma así un *ámbito político* que escapa a la absorción o la incorporación en el metabolismo general de la política institucionalizada en el Estado como fundamento de las relaciones globales de la sociedad capitalista. Pero interfiere permanentemente en ese metabolismo y no puede ser eliminado ni —en definitiva, no en cada coyuntura— controlado.

La inmediata *politización cerrada* de esta instancia organizativa —es decir, su politización sin mediaciones— amenaza desde entonces a los portadores de las mediaciones y de las expresiones político-partidarias de la dominación. Foco de resistencia último de la clase obrera y al mismo tiempo foco de su protesta originaria contra la

las leyes del gobierno peronista— están ligadas las grandes conquistas sociales y nacionales, desde las vacaciones, los salarios, las jubilaciones, la seguridad social, hasta la política de nacionalizaciones del gobierno.

“Pero sobre todo a ese funcionamiento —delegados, comisiones internas, cuerpos de delegados, asambleas generales, elecciones sindicales, derechos democráticos en las fábricas y lugares de trabajo— está ligada en la conciencia de los obreros argentinos una conquista inseparable de todas aquellas pero que, en cierto modo, las sintetiza y las supera: la conquista de la dignidad personal, del respeto en el lugar de trabajo, de esa forma de la democracia (infinitamente más verdadera para los trabajadores que las elecciones políticas periódicas) que consiste en el derecho a organizarse sindicalmente, a tener una opinión y expresarla en el trabajo, a discutir colectivamente, a pesar en las decisiones sociales no como individuo aislado sino como fuerza y pensamiento colectivos, no individuales, con que pesa en las bases materiales de la sociedad, en la producción”

explotación, sede de su deliberación política como clase, lugar de la formación de su pensamiento *ajeno* a la mediación con el Estado y la institucionalización que caracterizan al sindicato e *inmerso* en el enfrentamiento permanente con el capital, órgano del sindicato y a la vez instrumento de control sobre éste y de fiscalización desde abajo de su dirección, los *delegados* y las *comisiones internas*, por el particular modo de englobamiento político de los trabajadores propio del peronismo, politizan el espacio cerrado de la producción, la fábrica, mientras dejan el espacio de la sociedad a la política burguesa del peronismo. Es decir, se recargan de política y, en cierto modo, deflagran la necesidad de un partido de la clase obrera que debería provenir del alto involucramiento político que la actividad de esta clase testimonia.

Si bien esto pone en severo límite a la generalización programática de la práctica política de los obreros en Argentina, traba también su derivación puramente reformista al impedir que la politicidad de clase abandone el espacio de la fábrica y se instale definitivamente en el terreno de las mediaciones estatales. Este encierro, cuya expresión negativa es que la conciencia política de los obreros argentinos ha sido por largo tiempo mayoritariamente peronista, es decir, nacionalista y burguesa, determina por otra parte que la manera *directa* y *colectiva* de hacer política de esos obreros, su práctica política inmediata, nunca está distante del espacio en que se enfrentan cotidianamente al *mando despótico* del capital ²¹

²¹ Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983, ps. 89-91, describe esta función excepcional de las comisiones internas en la vida del lugar de trabajo y la conciencia patronal del peligro que esto entrañaba para su dominación. Vale la pena citar por extenso: "Entre 1946 y 1955, y paralelamente a la redistribución del ingreso y al reforzamiento de los órganos contractuales en el mercado de trabajo, los obreros obtuvieron bajo el peronismo una gravitación inédita en la vida de las empresas, a través de la implantación de las comisiones internas a lo largo de la industria y la reglamentación de las condiciones de trabajo por convenio. Se dio así la experiencia, históricamente infrecuente, de una clase trabajadora joven todavía en formación, como era aquella que afluyó a las fábricas y talleres en los años cuarenta, que llegaba a ocupar posiciones de control sobre el lugar de trabajo realmente excepcionales. De hecho, la vitalidad del movimiento laboral durante aquellos años reposó centralmente sobre las instituciones de control obrero existentes a nivel de las empresas. Los sindicatos y la CGT no siempre lograron sustraerse a las imposiciones de la política gubernamental, pero las comisiones internas garantizaron a las bases obreras una presencia permanente en el ámbito del trabajo y condicionaron severamente el ejercicio de las funciones de la gerencia. Precisamente fue contra esa presencia, contra esos condicionamientos, que se levantó el clamor de los

Esto contribuye a dar cuenta del lugar verdaderamente excepcional, en relación con otros países, que ocupan en esa práctica la *huelga general* y la *ocupación de fábrica*, junto con otros métodos conexos que tienen en común no la sola disputa por el precio de la fuerza de trabajo, sino el cuestionamiento directo del mando despótico del capital.

Durante la década de gobierno peronista (1945-1955) y la sucesiva resistencia a los gobiernos militares o civiles que se suceden hasta 1973 amparados en la fuerza de las armas o en la proscripción electoral del peronismo, esta práctica política aparece, en razón de la ideología peronista compartida por la gran mayoría de los trabajadores, *enmascarada* por el propio fenómeno político peronista ante los ojos de todos los participantes, no sólo los antiperonistas o no peronistas sino también Perón, la dirección peronista y los obreros mismos. Todos creerán que eso es peronismo; y cuando esa práctica de clase termine de poner en crisis al último gobierno militar de la serie abierta en 1966 con el golpe del general Onganía —el gobierno del

empresarios, poco antes de producirse el derrocamiento del régimen peronista en 1955.

(...) “En mayo de 1955, el gobierno reunió en el Congreso de la Productividad a los representantes sindicales y los empresarios para discutir la adopción de nuevos regímenes de trabajo. A poco de iniciadas las sesiones quedó claro que el objetivo de los empresarios era limitar el poder de las comisiones internas y recuperar para sí el derecho a definir las condiciones de utilización de la fuerza de trabajo.

(...) “Producida la caída del peronismo en septiembre de 1955, los derechos de las comisiones internas, las elaboradas cláusulas contractuales que comprometían la eficiencia de las empresas, cayeron bajo la mira de la política laboral del nuevo gobierno. (...) Comenzó así un vasto proceso de reorganización de los sistemas de trabajo, con la introducción de la *job evaluation*, la cronometrización de los tiempos de producción, la difusión del salario por rendimiento. Paralelamente a estos cambios, implementados en forma unilateral por los empresarios, los órganos del control obrero en la empresa, las comisiones internas, entraron en una fase de lenta e irreversible decadencia. Recortadas en forma drástica sus atribuciones, reducidos a la tutela casi siempre nominal de los convenios de trabajo nacionales, dichos órganos perdieron la capacidad de transmitir las demandas colectivas y terminaron con frecuencia cooptados por la gerencia”

Como registra más adelante el mismo autor (ps. 92-93), estas condiciones de enfrentamiento se reprodujeron en la primera mitad de los años 70, cuando “las demandas explícitas avanzadas por los trabajadores eran generalmente el vehículo de un descontento que iba más allá de las razones circunstanciales invocadas en un caso y otro, para recibir su fuerza del malestar, al mismo tiempo indefinido y profundo, que había ido acumulándose en los lugares de trabajo. De allí la facilidad con que los trabajadores pasaban de reivindicar en el plano de las condiciones de trabajo a cuestionar las relaciones de autoridad en las empresas. *No forzaríamos la realidad si afirmáramos que las fábricas vivieron durante estos años en estado de rebeldía*” (subrayado mío, A. G.).

general Lanusse—, aceptarán también que Perón en persona es quien puede conjurar esa amenaza al orden y a las bases mismas de la dominación. Entre 1973 y 1976, años de los sucesivos gobiernos del peronismo tardío, saldrá a plena luz la contradicción abierta entre aquella práctica de clase y la ideología estatal burguesa de la política peronista.

8.

Quien preparó las condiciones para ese estallido general de las contradicciones contenidas en el peronismo fue el último intento de la corporación militar (antes de la dictadura 1976-1983) de reformar radicalmente el Estado argentino implantando por la fuerza una forma híbrida y moderna de corporativismo. En junio de 1966, el general Juan Carlos Onganía encabezó el golpe que derribó al gobierno del presidente radical Arturo Illia. Pese a que el golpe triunfó apoyado en un acuerdo secreto con la burocracia sindical con la anuencia del propio Perón, el general Onganía tenía su propio proyecto corporativo: suprimir la política (disuelve todos los partidos) y desarrollar el país según las necesidades y perspectivas modernizantes de la gran burguesía y las multinacionales (con la burguesía agraria en el trasfondo). El portador y portavoz de este plan de modernización corporativa del Estado y de la economía era el ministro Adalberto Krieger Vasena, quien promovió una transferencia de ingresos desde los asalariados y los dueños de la tierra hacia los empresarios urbanos, en especial las grandes empresas nacionales y extranjeras: cortó el papel “benefactor” del Estado y sus gastos sociales; y aceleró la concentración y la internacionalización del capital.

El éxito inicial del plan fue facilitado por la sorpresa de la burocracia sindical y la dirección política peronista, por la derrota del movimiento obrero y por la unanimidad militar que promovió y logró Onganía en torno a su política. Su proyecto de reorganización del Estado argentino aspiraba a disolver definitivamente, por la vía del gobierno de la corporación militar, por un lado la amenaza obrera, encarnada a sus ojos en la corporación de la burocracia sindical, y por el otro el desorden político, que atribuía a la existencia y la actividad de los partidos: con clásico pensamiento de comandante militar, en su campo de visión no entraba la sociedad, sino solamente las instituciones. El resultado fue que el Estado gobernado por Onganía se privó de los órganos de mediación que le hubieran permitido medir y controlar las tensiones. La crisis del proyecto sobre-

vino sorpresivamente para sus conductores, cuando esas tensiones estallaron en mayo de 1969 con el cordobazo, la gran huelga general con puntas insurreccionales de la ciudad de Córdoba, centro industrial rápidamente desarrollado en los años precedentes, que se repercutió con movimientos similares en otras localidades. La modernización autoritaria del Estado imaginada por Onganía, como respuesta a cambios ya ocurridos o en curso en la economía y en la sociedad desde fines de los años 50, había preparado el cordobazo de una manera similar —pero no idéntica, por supuesto— a como la modernización gaullista preparó el mayo francés de 1968 y su propio ocaso. Con el cordobazo y el fracaso de la llamada “Revolución Argentina” de Onganía se abre un nuevo período de las relaciones entre las clases (y en consecuencia del Estado) en la Argentina.

El cordobazo, que estalla como rayo en cielo sereno, sería también inexplicable sin la existencia del tejido social de la organización de fábrica de los trabajadores, ya que el poder militar corporativo parecía por entonces controlar firmemente todas las otras formas de organización institucionalizadas por el Estado (sindicatos y partidos).

La anomalía argentina provoca al mismo tiempo una crisis de acumulación (o de valorización del capital) y una crisis de dominación. A esta altura, resulta claro que la crisis central del Estado se ubica, con el cordobazo, en la relación vertical de explotación y no ya en la relación horizontal de competencia entre las distintas fracciones del capital, que pasa ahora a ser una crisis subordinada a la solución de la anterior.²² La burocracia sindical, amenazada de desbordamiento pero también estimulada por la movilización obrera (no olvidemos que su existencia misma como burocracia, así como su poder en la sociedad, son existencia y poder reflejos de los de la clase obrera, como en el otro extremo también sucede a la corporación militar con relación a las clases dominantes), también entra a encabe-

²² Mónica Peralta Ramos, *op. cit.*, p. 186, escribe: “Lo que caracteriza el período comprendido entre el derrocamiento del peronismo en 1955 y el acceso de la ‘Revolución Argentina’ en 1966 es el desarrollo y profundización de una crisis de hegemonía en el seno de las clases dominantes. En lugar de existir una clara e indiscutida dirección del conjunto por parte de una clase o fracción, lo que predomina son los enfrentamientos internos. Se produce entonces un equilibrio inestable de fuerzas que progresivamente debilita al conjunto frente al potencial avance del enemigo principal: la clase obrera.

“Dos son los ejes del enfrentamiento interno: la lucha entre las distintas fracciones por imponer su específico interés inmediato con carácter hegemónico y la lucha por imponer una determinada forma de dominación en relación a la clase obrera”

zar movilizaciones.²³

El cordobazo termina abruptamente con los proyectos de Onganía y con su superministro Krieger Vasena. En 1970, el general Levingston, con un vago proyecto nacionalista, sustituye a Onganía, para ser reemplazado en 1971 por el general Lanusse. Este, finalmente, se encamina hacia la única solución que para entonces parece posible al ejército y a todas las fracciones de la burguesía, asediadas por la movilización social de la clase obrera apoyada por la pequñoburguesía urbana y en una situación exacerbada por un nuevo elemento irritante, la aparición de la guerrilla urbana: aceptar el regreso de Perón al país y del peronismo al poder, para tratar de controlar y absorber la crisis de dominación del Estado.²⁴

Desde 1955 hasta 1973, regreso de Perón, el capitalismo y el Estado argentino oscilaron así permanentemente entre una *crisis de acumulación o de valorización* y una *crisis de dominación*, que desembocaron en la *combinación* de ambas, aporte de la "Revolución Argentina" de Onganía al cabo de tres años, cuando con su proyecto de reorganización estatal creía haber resuelto para siempre ambas crisis.

9.

Perón esboza una respuesta diferente, una versión modernizada de su vieja política de concertación entre las clases: el Pacto Social entre la CGT (obreros) y la CGE (empresarios nacionales), bajo la égida del Estado como árbitro. Pero en ese año 1973 la crisis mundial de largo plazo apunta ya en el horizonte a través de la crisis del petróleo y no hay tela para nuevos proyectos redistribucionistas. Durante todo ese año y principios del siguiente las movilizaciones obreras continúan, acentuando constantemente su patrón de cuestionamiento

²³ Guillermo O'Donnell, *op. cit.*, p.286, dice: "El peso burocrático del sindicalismo argentino ata su suerte a la continuidad del capitalismo. Pero, por otra parte, ese peso —sedimentación de sucesivas concesiones 'pacíficas' del gobierno y de las clases dominantes— es consecuencia de su basamento en una clase que aparece con capacidad para (cuestionar) los parámetros capitalistas de los que su aparato sindical no quiere ni puede salir. Por eso, como se mostrara en 1955-1966 y a partir del Cordobazo aun con mayor claridad, si bien ese capitalismo 'digiere' los impulsos hacia el socialismo, tiene que hacerlo, porque si no sería rebasado, mediante un agresivo economicismo. Y esto, al tiempo que salva a ese capitalismo, es su maldición: lo hace funcionar a los saltos en una recurrente crisis de acumulación"

²⁴ Lanusse tiene, además, una estrategia secundaria o de reserva: si el peronismo en el poder fracasa, se desprestigiara y se hundirá definitivamente en el caos; entonces será también la hora del regreso definitivo de los militares para que, finalmente, "el orden reine en Varsovia"

de la dominación en el proceso de trabajo. El enfrentamiento se produce sistemáticamente entre los activistas de fábrica —delegados, comisiones internas— y la patronal, dejando de lado la mediación de la burocracia sindical externa a la fábrica. El foco de la conflictualidad se ubica, sin mediaciones ni fusibles, en el núcleo de la dominación celular. La divergencia entre el poder obrero en la fábrica y el poder de la burocracia sindical en el Estado se va haciendo más y más aguda. Entre junio y septiembre de 1973, el 43 por ciento de las huelgas tiene lugar con *ocupación de fábrica*, cifra verdaderamente impresionante como índice de la radicalidad del estado de movilización y de su cuestionamiento a la dominación.

Para defenderla, las medidas iniciales del gobierno peronista no recurren abiertamente a la corporación militar, sino que intentan fortalecer a su aliada inmediata, la burocracia sindical, frente a las bases de ésta. En noviembre de 1973 una nueva Ley de Asociaciones Profesionales acentúa los rasgos verticales y corporativos de la estructura sindical: prolonga la duración de los cargos sindicales de dos a cuatro años; faculta a los sindicatos centrales para intervenir a los locales y destituir a sus dirigentes; permite una similar destitución desde arriba de los delegados de fábrica; otorga a las direcciones nacionales el derecho de revisar las decisiones de las comisiones internas de fábrica sin instancia de apelación. Pero la ofensiva legal contra los organismos fabriles se prolonga cada vez más en una ofensiva material y militar, con despidos de activistas (sistemáticamente respondidos con paros desde la base por parte de los obreros), represalias dentro de las fábricas y a continuación, en manera creciente a partir del gobierno de Isabel Perón y su ministro de Bienestar Social, José López Rega (ex hombre de confianza de Perón), secuestros de activistas y delegados ejecutados por las bandas de las Tres AAA, siniestra materialización de la alianza entre los militares y los burócratas sindicales que unen su poder de fuego contra los trabajadores. El principal promotor de esas bandas será el citado ministro de Bienestar Social, involuntario homenaje a Orwell de un régimen en descomposición.

A esta altura, entre 1973 y 1976, el conflicto encubierto entre la práctica de clase de los trabajadores peronistas y la ideología estatal y corporativa del peronismo adquiere ya carácter político general y se presenta a plena luz, llevando al paroxismo la crisis del Estado que militares y clase dominante habían querido superar con la vuelta de Perón. La clase obrera termina entonces por utilizar esos órganos de fábrica (no los sindicatos en cuanto instituciones reconocidas por el Estado), es decir, la anomalía en el sistema de dominación, para

enfrentar *socialmente* al gobierno peronista, dentro de cuyo horizonte nacional esa clase continúa moviéndose *políticamente*. Es la gran huelga general de julio de 1975, dirigida por las Comisiones Coordinadoras (finalmente asumida, después de una semana de conflicto, por la dirección oficial de la CGT), contra la política de austeridad de Isabel Perón y su ministro Celestino Rodrigo: el “rodrigazo”.

Algunos análisis presentan a ese conflicto como una contraposición y una escisión entre peronismo burgués y peronismo obrero. Es una imagen falsa: el peronismo, como ideología y como práctica, se ubica íntegra y sólidamente en el terreno de las ideas, los programas y las prácticas políticas nacional-burguesas. El conflicto constituye, en cambio, la irrupción del enfrentamiento elemental y creciente entre esa política estatal peronista y los organismos de base, politizados, de la clase obrera en la producción; entre política nacional burguesa peronista y política fabril obrera sin programa propio.

Es el choque frontal entre dos espacios políticos ya no conciliables, en que el espacio fabril proletario se niega a subordinarse al espacio mercantil burgués pero, a diferencia de éste, no está en capacidad de crear un metabolizador general de su política para el conjunto de la sociedad. Pone en crisis al sistema de dominación y al Estado, pero no puede resolver esa crisis a su favor. Entonces pierde, pero no desaparece. Será la dictadura militar del llamado “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983) la que tratará de resolver ese problema.

La burocracia sindical, cuando este conflicto irrumpe, queda a un lado, desbordada y paralizada por el choque de aquellos entre quienes media. Queda literalmente atrapada en la colisión. Perón y sus sucesores, al asociar necesariamente a esa burocracia a la politicidad de su Estado y su partido, por fuerza la separan de la sede de la politicidad y la práctica política obreras, la fábrica. Pero entonces, al sobrevenir la crisis, ésta produce un doble efecto en esa práctica política: 1) la deja libre y para expresarse por sí misma; 2) la empuja a enfrentarse con la burocracia (y a introducir fracturas en su seno) en la medida en que esa práctica se enfrenta con el Estado al cual esa burocracia se ha asimilado.²⁵

²⁵ Liliana de Riz, *Retorno y derrumbe*, Folios Ediciones, México, 1981, p. 78, anota: “...en 1973, la lógica corporativa debía coexistir minuciosamente con la lógica política (la representación partidaria), incluso al precio de subordinarse a los designios de esta última, ya que lo que estaba en juego era la estabilidad política del régimen. Por

Esta autonomía obrera, donde una mirada escudriñadora podría descubrir las huellas de la herencia lejana de los viejos precursores anarcosindicalistas de la organización obrera argentina, no surgió por supuesto de la noche a la mañana cuando el conflicto salió a la luz. Corre como un río subterráneo por dentro de la organización sindical de masas argentina desde que ésta se constituyó, con las características que hemos analizado, a mediados de los años 40. Su vitalidad, visible para quien considere desde adentro la práctica cotidiana de la clase obrera, puede detectarse con fidelidad sorprendente en este simple dato:

“De 1955 a 1966 las huelgas declaradas con prescindencia de los sindicatos nacionales y de la CGT (es decir, a nivel de planta o de sindicato local) fue llamativamente alto: 55,2 por ciento del total. Sin embargo, bajo las condiciones impuestas por el gobierno de Onganía, el porcentaje de huelgas ‘de base’ sobre el total saltó al 67,2 por ciento, para mantenerse a ese alto nivel durante los meses de gobierno de Levingston (69,4 por ciento) y durante el periodo de Lanusse (71,4 por ciento). Ratificamos, por eselado, que el conjunto de la clase estaba lejos de acompañar pasivamente las negociadoras tendencias de sus dirigentes a nivel nacional”.²⁶

Esta divergencia sorprendente, visible y creciente, continuará durante el gobierno peronista iniciado en 1973 y culminará precisamente en la huelga general de las Coordinadoras en julio de 1975. Para entonces las alas duras de las dos corporaciones gemelas, el ejército y la burocracia sindical, ya habían percibido la magnitud del desafío a la dominación del Estado, habían depuesto sus razones de disputa y valorado sus motivos de renovada alianza y habían unido sus fuerzas y su poder de fuego en la organización clandestina de las tres AAA. Se proponían resolver por la violencia armada la anomalía cuya presencia autónoma ya habían detectado inconfundiblemente pero cuyos contornos no podían todavía precisar. La

eso Perón reiteraría en sus habituales charlas doctrinarias en la CGT, durante 1973, que si bien el sindicalismo es un interlocutor político privilegiado y el movimiento obrero ‘la columna vertebral’ del peronismo, la lógica de sus intereses gremiales debe subordinarse a la lógica de la política (el Pacto Social, convenio colectivo al más alto nivel, no debe romperse). La oposición de intereses debe encuadrarse en la preocupación común entre obreros y empresarios (los socios del Pacto Social) por garantizar la estabilidad del sistema. Ambos deben respetar las reglas de la negociación. Al transferir al sindicalismo la corresponsabilidad de la gestión de la economía, Perón recortaba la capacidad de acción del mismo: tenían que ser peronistas primero y sindicalistas después”

²⁶ Guillermo O'Donnell, *op. cit.*, p. 456, nota.

empresa fue bendecida por la aliada histórica inseparable de la corporación militar en la estructura estatal argentina: la Iglesia Católica, la corporación eclesiástica. Será el ejército, con esa bendición, quien finalmente emprenderá a fondo la tarea, desde 1976, poniendo en juego absolutamente todos sus recursos morales y materiales.²⁷

Hasta entonces, la anomalía argentina es un planeta oscuro que no aparece en los radares del análisis político pero altera con su presencia el funcionamiento “normal” de la política y la democracia basadas en las leyes del intercambio mercantil. Su silueta no es registrada por el universo categorial en que se mueve la política estatal de la sociedad capitalista, a diferencia de otros fenómenos violentos como la guerrilla urbana, perfectamente discernibles y clasificables en dicho universo (y mucho más *efecto* o *consecuencia* de una crisis de dominación sin salida jurídico-legal que *causa* de esa crisis). Por eso, y no sólo por natural mala fe y voluntad confusionista, personajes de ese mundo político como Julio Alsogaray y Ricardo Balbín acuñaron términos como el de “guerrilla industrial”, cuya sola connotación implicaba ya una invitación a utilizar las armas del Estado contra esa autonomía de los trabajadores.

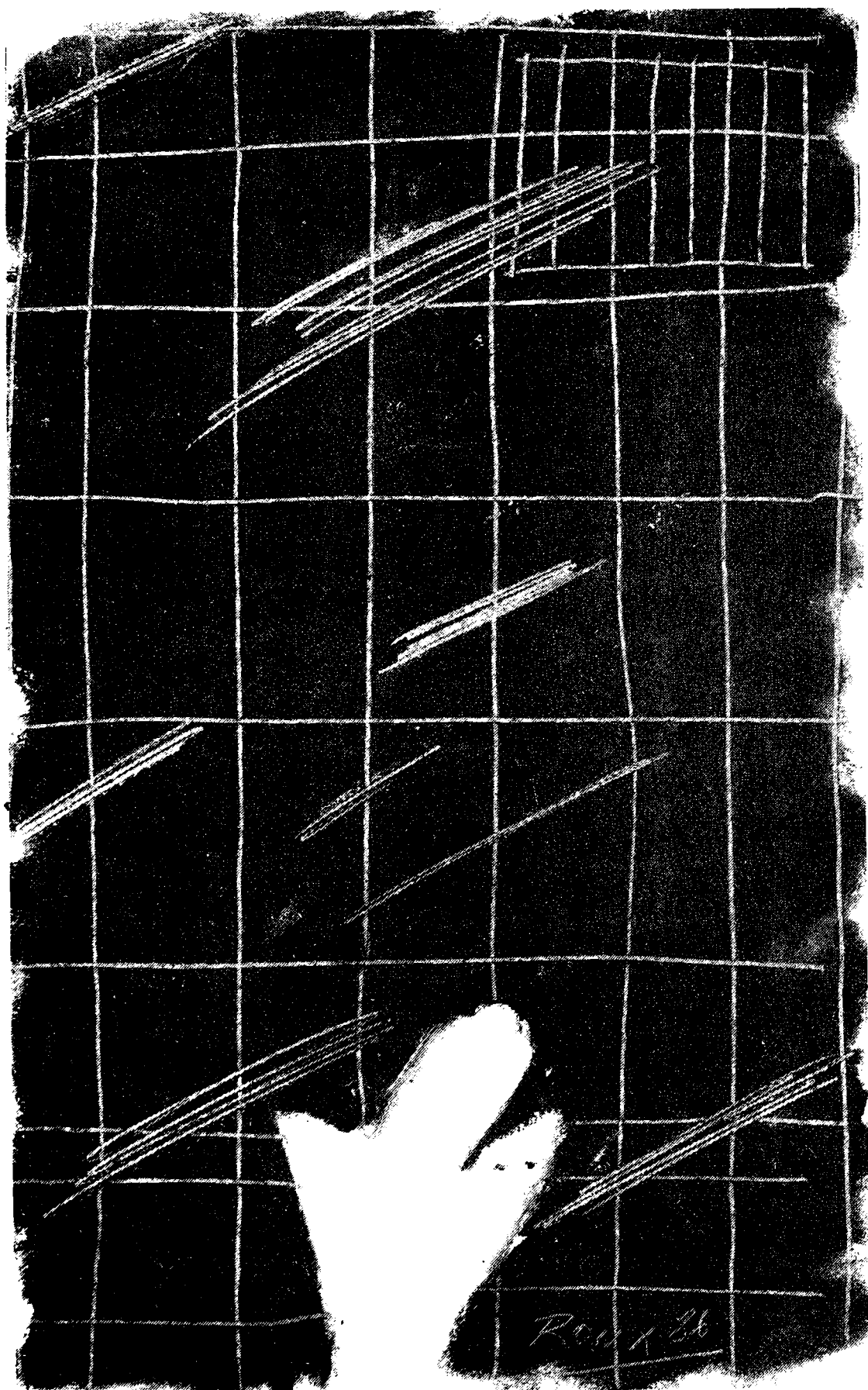
10.

Es preciso medir en su real magnitud la profundidad y la gravedad específica de esta crisis del Estado argentino (es decir, de todo el modo de dominación y de los fundamentos de las relaciones de dominación/subordinación entre las clases polares de la sociedad), para comprender la racionalidad última de una represión que parece sobrepasar los límites de la razón humana. Como reacción de una clase dominante que ve amenazado el núcleo central de su poder, es comparable con el nazismo, respuesta del capital alemán ante una amenaza semejante. También en este caso, como en el de Alemania, es en los dominios de la teoría del Estado, y no en la psicología individual o colectiva de las fuerzas armadas o del pueblo argentino, don-

²⁷ Planteo esta cuestión en “La larga marcha de la clase obrera argentina”, *op. cit.*, p. 53: “En Argentina el ejército —desorganizada y reducida a la impotencia su ala nacionalista en la cual se apoyaba Perón— está intentando una especie de ‘solución final’ contra un misterio único y hasta ahora irresoluble para él: la organización de masas del proletariado argentino, los sindicatos y el peronismo. Está llevando a término el plan que otras veces dejó a medias, sobrepasado por sus propias contradicciones interiores: romper, destruir, aniquilar en su raíz misma la organización de la clase obrera mediante la represión, el terror, la desocupación, la liquidación de sus conquistas sociales, el aislamiento político”



Richardo Ruy 16



de hay que buscar la explicación racional de lo que aparece como una perversión colectiva.

Cuando las fuerzas armadas argentinas decidieron realizar una intervención definitiva y tomar el poder el 24 de marzo de 1976, no lo hicieron como cuerpo ajeno a la sociedad. Fueron llamadas entonces por la totalidad de las fracciones de la burguesía argentina (gran burguesía asociada al imperialismo, multinacionales, burguesía agraria y burguesía nacional-industrial), con el apoyo de gran parte de la pequeña burguesía, frente al caos sangriento del gobierno de Isabel Perón y López Rega y alarmadas hasta el último extremo por esa amenaza suprema a la dominación (sin salida política alternativa) que fue la gran huelga general de las Coordinadoras en julio de 1975.

Los planes económicos del superministro de la dictadura, José Martínez de Hoz, fueron un intento coherente, desde el punto de vista de los intereses de la alianza entre la burguesía agraria, la gran burguesía, las multinacionales y el capital financiero (encarnados incluso físicamente en la persona y los negocios del propio Martínez de Hoz), de dar una respuesta duradera a la crisis de acumulación y a la necesidad de una nueva inserción del capitalismo argentino en el mercado mundial. No es esta respuesta económica — inseparable de los medios políticos con que fue implementada — el tema de este escrito.²⁸ Interesa aquí analizar la empresa central de las fuerzas armadas al ocupar el aparato del Estado: la “solución final” a la endémica crisis de dominación, a la permanente amenaza a la dominación celular, a lo que hemos llamado la anomalía argentina.

Toda la potencia represiva del Estado — ejército, marina, aviación, policía, servicios de inteligencia, cuerpos armados de la burocracia sindical, policías privados de las empresas — se concentró furiosamente sobre las fábricas, los trabajadores y sus aliados con todos los medios a su alcance: secuestros, desapariciones de activistas o de sus familiares, asesinatos, cadáveres en la vía pública, campos de concentración y de muerte, torturas, golpizas, despidos,

²⁸ Sobre los planes económicos de la dictadura, ver Adolfo Gilly “Las Malvinas, una guerra del capital”, en *Cuadernos Políticos*, Ediciones Era, México, enero-marzo 1983, núm. 32, reproducido en Alberto Pla y otros, *La década trágica (Ocho ensayos sobre la crisis argentina, 1973-1983)*, Editorial Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1984. Ver también, al respecto, los restantes ensayos de este volumen, en particular “Argentina: el proyecto económico y su carácter de clase” y “Argentina: economía y política en los años setenta”, trabajos colectivos de Alberto Spagnolo, Roberto Estesio, Oscar Cismondi y Héctor Capraro.

destrucción de sus viviendas con bombas, robo de sus pertenencias, todos los medios se valen. Es cierto que esta actividad se combina con la represión con los mismos métodos perversos a los guerrilleros (Montoneros y ERP), ya para entonces muy golpeados y desorganizados. Pero bajo los gobiernos del “Proceso” iniciado en 1976, *la mitad* de los desaparecidos son trabajadores industriales, en un país donde los obreros constituyen el 22 por ciento de la población económicamente activa y donde las filas de la guerrilla se nutren casi totalmente de la pequeña burguesía urbana.

Esta locura homicida, centrada en los trabajadores industriales, busca la “solución final” a la anomalía. Cuando la crisis económica desencadena nuevamente la disputa interburguesa y abre una nueva crisis del Estado represor, esa locura busca una última salida en otra aventura criminal a costa de la sangre de los trabajadores argentinos, esta vez utilizados como carne de cañón: la guerra de las Malvinas, cuyo curso y cuyo triste final son de sobra conocidos. Significativamente, esta vez los guerrilleros, los dirigentes de ese ambiguo conglomerado autodenominado “campo popular” y la izquierda marxista en su casi totalidad, además de todos los jefes políticos burgueses, apoyan con entusiasmo este nuevo crimen de los militares contra los trabajadores argentinos y contra el país, encandilados todos ellos por el mito chauvinista compartido de la “Argentina Potencia”. En abril de 1982 el Estado argentino dirigido por los militares parece haber logrado milagrosamente la siempre buscada y nunca encontrada “unidad nacional”, antes de precipitarse en el giro de pocas semanas a los despeñaderos de la humillante derrota militar frente al imperio británico. Es el fin de la aventura iniciada por los militares en marzo de 1976, la crisis más profunda de su Estado, la hora más oscura del país que es, al mismo tiempo, la hora de la verdad.

Nuevamente aquí, la anomalía: nadie ha podido presentar un solo indicador que muestre el apoyo de los trabajadores, como clase, a esta aventura de sus verdugos sostenida por sus dirigentes sindicales y sus supuestos teóricos políticos. El comportamiento de la clase sigue otros caminos y se determina según otros métodos y parámetros que el de quienes hablan en su nombre.²⁹

La guerra de las Malvinas, el complejo proceso de reorganización obrera posterior, las tres huelgas generales de diciembre 1982, mar-

²⁹ Sobre esta cuestión escribo en el ensayo “Las Malvinas, una guerra del capital” (ver nota precedente). Ver también Alejandro Dabat y Luis Lorenzano, *Conflicto malvinense y crisis nacional*, Teoría y Política, México, 1982.

zo 1983 y octubre 1985 y el proceso político democrático abierto con posterioridad a las elecciones del 30 de octubre de 1983, dicen que siete años de terror antiobrero llevado a sus últimas consecuencias legales, extralegales, materiales y morales pudieron hacer sufrir a los trabajadores argentinos una derrota sangrienta y de consecuencias tanto más duraderas cuanto que la crisis no es la coyuntura más favorable para su reorganización; pero no pudieron resolver ni disolver el enigma que continúa asediando la dominación burguesa en el Estado argentino (sin poder sin embargo sustituirla, y hoy menos que nunca).

Esta es la dificultad insoluble con que tropieza el restablecimiento del mercado de la política que se propone Alfonsín en su política de enfrentamiento-negociación-reconciliación con las corporaciones militar y sindical (y con la bendición, también ahora, de la corporación eclesiástica cuyos fueros están intactos), y en sus objetivos de modernización del Estado y del modo de dominación en Argentina.

11.

He utilizado la expresión “locura homicida”. Pero esa locura, esa irracionalidad, tiene una estricta racionalidad a nivel de sus actores individuales (del mismo modo como la irracionalidad general en el mercado capitalista corresponde a la suma y al antagonismo de las racionalidades particulares de cada uno de los actores, y a la irracionalidad global de la guerra nuclear corresponde la suma antagónica de la perfecta racionalidad particular del rearme perseguido por cada una de las potencias nucleares y de los Estados nacionales en general).

Aquella racionalidad está determinada en Argentina por la necesidad del poder del Estado, concentrado en sus fuerzas armadas, de suprimir esa amenaza vital a la dominación celular, es decir, a su existencia misma. Para lograr ese fin supremo de “salvación nacional” son válidos y admisibles todos los medios. La guerra, por definición, no puede reparar en medios para lograr su fin, la aniquilación del enemigo. Todas las limitaciones que se pongan a esos medios son convenciones que saltan en cuanto, dentro de sus marcos, resulta imposible alcanzar el fin buscado. Entonces se pasa a un nivel superior: si Vietnam no ha enseñado esto, no ha enseñado nada. El único límite es la fuerza contraria y equivalente del enemigo. La clase obrera argentina, frente al desencadenamiento de la ofensiva total de la alianza siniestra contra ella, no disponía de esa fuerza equivalente.

La locura homicida es perfectamente racional. Significa, en último análisis, *la puesta en libertad sin mediaciones del despotismo industrial*. Frente al desafío a la dominación que significa la actividad —no mediada políticamente, es decir, no integrada en el Estado— cuya base está en la *cooperación* y en la *solidaridad obrera*,³⁰ el Estado asume también sin mediaciones el ejercicio centralizado de la potencia antagónica, el mando despótico del capital. El conflicto directo, no mediado, permanente, que existe en el núcleo celular de la dominación, se generaliza al nivel de la sociedad.

Las fuerzas armadas se convierten en la encarnación material del despotismo del capital y la coerción cubre todo el espacio del comportamiento del Estado. Como respuesta a la anomalía de la autonomía obrera, terminó por desencadenarse otra anomalía en el Estado argentino: la *autonomía perversa* de los militares.

La racionalidad de su conducta exterminadora debe medirse por la magnitud del desafío y por el carácter específico del instrumento del Estado que aborda la tarea de resolver la crisis de dominación. Lo que cada jefe hace en su esfera particular de actividad es racional dentro de los fines de esa reducida esfera: secuestro, tortura, asesinato, desaparecimientos, robos de propiedades. El conjunto termina siendo completamente irracional (por eso desemboca en las Malvinas), irracionalidad que aparece ante los ojos de la clase dominante cuando entra en crisis el proyecto económico, se precipita la crisis interburguesa y los militares se involucran en esta crisis no sólo con los medios del mercado sino también con los que les da el poder de las armas y el terrorismo de Estado.

Dentro de esa racionalidad son funcionales los desaparecimientos y los cadáveres anónimos, que en 1984 comenzaron a aflorar de debajo de la tierra por centenares y millares. Al anonimato de la explotación capitalista, al anonimato de la fuerza de trabajo como mercancía, a la abstracción del despotismo industrial, corresponde el anonimato de los muertos intercambiables e irreconocibles. Es la conclusión última de la racionalidad capitalista frente a la fuerza de trabajo y a su rebeldía, tan diferente de la racionalidad medieval o precapitalista donde tanto los dominados y trabajadores como los muertos tienen sus nombres, imprescindibles en los lazos de dependencia personal que rigen la dominación en esas sociedades.

³⁰ Karl Marx, *El Capital*, Siglo XXI, Editores México, 1975, t. I., vol. 1, capítulo II, "La cooperación"

Para los militares cuanto hicieron no sólo es racional. Es también *moral*, es el cumplimiento estricto de la moral militar determinada por sus fines. Por eso los jefes militares, a quienes la clase burguesa en conjunto encargó la tarea de la “guerra sucia” contra los trabajadores argentinos mientras ella, la burguesía, miraba para otro lado, ahora se sienten traicionados por esa burguesía que, después de haberlos usado dejándolos que se cubrieran de crímenes y se ganaran el odio de la población, ahora los contempla con horror y finge no reconocerlos como sus leales servidores. Ellos sienten, con razón, que han cumplido. Y lo dicen. ¿Dónde pues está el delito?

El delito está, precisamente, en que creyeron cumplir pero fracasaron. La anomalía perversa del comportamiento militar, su autonomía asesina, logró imponer una derrota global a la clase obrera pero no pudo disolver los fundamentos de su autonomía en la sociedad argentina. Sus síntomas y símbolos, sus métodos y conductas vuelven a reaparecer cuando la clase obrera argentina se reorganiza, pese a la recomposición y la transformación profundas que dicha clase ha sufrido en la última década.

Una reflexión final a este respecto: el carácter extremadamente peligroso (para la propia clase) de la ruptura obrera que se inició con el cordobazo y culminó a nivel social (pero no político) en 1974-75, consistía en que planteaba el nivel máximo de amenaza a la dominación en la sociedad y el Estado argentinos, sin poder presentar una alternativa propia a esa dominación. Sin la resolución de este problema, tarea exquisitamente política si las hay, el peligro continuará siempre presente.

12.

No están de moda en Argentina la discusión y el análisis sociológico en términos de clases, sino en términos de “participación”, “democracia”, “unidad nacional” o “liberación nacional”. Este es el lenguaje común a los dos grandes partidos de la política nacional, el radical y el justicialista, y a varios de los menores. Ese lenguaje olvida u oculta voluntariamente que el mayor enemigo de los trabajadores no está afuera sino adentro, en las clases dominantes nacionales, que cuentan con aliados y socios externos muy fuertes pero cuyo poder y órganos coercitivos son nacionales y son los que siempre han reprimido a los trabajadores. En un país con una definición de clases tan nítida y tan arraigada históricamente en las conciencias como lo es Argentina, resulta erróneo plantear, por ejemplo, el problema de la deuda externa como el gran unificador de la nación: capital y tra-

bajo tienen intereses tan antagónicos y soluciones tan diferentes frente a la deuda como lo tuvieron frente a la guerra de las Malvinas; y ya sabemos lo que costó a la izquierda en esta guerra oscurecer ese antagonismo corriendo tras la ilusión de la “unidad nacional” sin distinciones de clases.

En la discusión sobre la salida de la crisis esto debe ser puesto en primer plano, porque sólo la confrontación y la lucha entre las clases internas y sus respectivos aliados decidirá en definitiva cuál de los polos opuestos, los dueños de la tierra y de la renta agraria y sus socios internacionales o los trabajadores asalariados, deberá ver castigados sus intereses y sus ingresos por los costos de la crisis.

El enemigo está adentro: esta constatación es un punto de partida ineludible para la reorganización sindical y política de los trabajadores. Sin esta reorganización no puede haber siquiera recuperación de los equilibrios en el Estado como relación social en la sociedad capitalista argentina contemporánea. En ella la confrontación dominante es entre el capital y el trabajo, a la cual está subordinada la antinomia “liberación o dependencia” que aquellos partidos quieren poner en primer plano.

En esa reorganización, *sin la cual no habrá reorganización democrática duradera de la vida nacional*, la capacidad de decisión de los trabajadores en el lugar de producción encarnada en su organización de empresa sigue siendo una cuestión crucial en la configuración de las relaciones de fuerzas históricamente dada en esa sociedad.

Los peronistas quieren mantener esa capacidad de deliberar y de *hacer política* encerrada en el ámbito estrecho de la fábrica para usufructuarla en provecho propio como punto de apoyo y moneda de cambio en el mercado de la política nacional al cual accede sólo la burocracia sindical como corporación, no los trabajadores. Pero mantener esta forma de representación corporativa implica necesariamente, al mismo tiempo y a la recíproca, consolidar la presencia corporativa del ejército y de la Iglesia y afirmar a las tres corporaciones como pilares del Estado. Los radicales, por el contrario, quieren quitar ese punto de apoyo al justicialismo, pero también a los trabajadores, disolviendo esa vida política existente en el lugar de producción y trasladándola al ámbito general de la sociedad, donde los trabajadores deberían hacer política no como tales, como productores, con el peso social específico que ello comporta, sino como simples ciudadanos, como unidades indiferenciadas en el con-

junto de los votantes. No es difícil observar que esto significa dos proyectos diferentes en cuanto a la estructura del Estado.

En la nueva reorganización democrática de los trabajadores argentinos, que como siempre ha ocurrido sólo puede provenir de una movilización en progreso, extendida durante cierto tiempo, desde los lugares de producción y por sus demandas, ellos podrán pesar en primera persona en las salidas políticas nacionales y en las configuraciones estatales si logran romper ese dilema en que los coloca la disputa entre los dos grandes partidos de la política argentina y si logran generar la fuerza, la organización y la comprensión para presentar un proyecto político nacional propio para el país. Sería ésta la única manera para generalizar y comunicar con la sociedad entera lo que todavía hoy es la politicidad cerrada de la fábrica. Dicho proyecto, que tradicionalmente ha sido el del *socialismo de los trabajadores*, está ausente en la organización de los asalariados argentinos aunque pequeños grupos lo proclaman como su objetivo.

Esa es una tarea de largo aliento, como la que encararon los fundadores socialistas y anarquistas de la época heroica del movimiento obrero argentino y fines del siglo pasado y comienzos del presente, sin cuya obra precursora jamás este movimiento habría alcanzado el papel protagónico que tiene en la sociedad argentina pese a derrotas, recomposiciones y transformaciones sufridas por la clase de los asalariados en los últimos diez a quince años. Pero es también, y por eso mismo, una tarea mucho más compleja social, política y culturalmente que la de aquel entonces.

Asumir ese proyecto socialista —lo cual no consiste en un acto sino en un proceso— es la condición para que la politicidad específica e intensa de los trabajadores en los lugares de producción no quede encerrada o incomunicada con la sociedad, o no se diluya y se disgregue indiferenciada en ésta, sino que se fortalezca, enriquezca y generalice invadiendo democráticamente la vida social para transformarse, de una anomalía, en la norma más general de la convivencia social y de su politicidad social. Esto prepararía, demandaría e implicaría un cambio radical de la relación social que llamamos Estado argentino, transformándola desde sus raíces de lo que hoy es, una relación del capital, en lo que mañana puede ser, una relación de trabajadores.

México, D.F., febrero 1985.

Orígenes del Partido Socialista Argentino (1896-1918)*

Alberto J. Pla

1.—En los orígenes del movimiento obrero argentino

El año 1857 es tomado siempre como el momento en el cual comienza a historiarse el movimiento obrero argentino. Esto se debe a un hecho de gran relevancia: en ese año aparece la Sociedad Tipográfica Bonaerense, primer sindicato organizado en el país. A partir de allí se puede seguir una evolución en la organización y en las ideas de lo que podríamos llamar los iniciadores o los precursores de las organizaciones que luego aparecerán con gran arraigo. Desde el principio se presentan diversas concepciones a nivel de lo que significan las luchas por reivindicaciones económicas, la ubicación de los obreros frente a los problemas políticos, etc.

No es nuestra intención seguir ese proceso en este período de gestación organizativa sindical. No obstante, para comprender el marco dentro del cual se desarrollará la polémica entre socialistas, es importante introducir un cuadro general de la época, de esta segunda mitad del siglo XIX, en lo que se refiere al movimiento obrero argentino.

Si bien las primeras organizaciones tienen poco de sindicato y mucho de sociedades de apoyo mutuo, el surgimiento de la clase obrera y como consecuencia de la introducción de relaciones capitalistas en la producción y la aparición de un salariado en relación al capital estarán relacionados con dos procesos convergentes: el inicio

* Extracto de un trabajo del autor, cuya versión completa ha sido publicada por la Universidad de Puebla, México, en 1985.

de la inmigración europea hacia el Río de la Plata y la influencia que van a ejercer estos inmigrantes en el nuevo sector de trabajadores asalariados urbanos criollos; y la existencia dentro de esa inmigración de algunos que militaron en las jornadas del 48 europeo y, un poco más adelante, de exiliados de la Comuna de París, que aportan una experiencia ya vivida por el proletariado europeo en general.

Señalemos al respecto que ya hacia 1870 se organizan los grupos de los “internacionalistas”. Para 1873 son numerosos, dentro de lo que es la sociedad de Buenos Aires de esa época: 130 franceses, 90 italianos, 45 españoles. El impacto de la crisis económica de 1873 afecta a la sociedad argentina y en 1875 los “internacionalistas” son reprimidos. Se los acusa de querer instaurar en el Río de la Plata una Comuna de la del tipo de París de 1871.

En 1876, por otra parte, y “siguiendo el camino adoptado por el Consejo de Nueva York”, las secciones argentinas se disuelven¹. El hecho de seguir las directivas del Consejo de Nueva York y también sus postulados de luchar por la formación de un gobierno de los trabajadores, muestra la influencia de Marx y los marxistas en estos primeros “internacionalistas” de Buenos Aires. Las ideas de Bakunin, con presencia en Montevideo, aún son ajenas a los argentinos. En cambio en Montevideo existen grupos bakuninistas desde 1872.²

Es más, señala el autor citado que es “interesante observar, que fueron los anarquistas uruguayos, quienes contribuyeron a crear el mito del carácter enteramente marxista de las secciones argentinas”. Son varios los autores que especifican claramente que no se puede clasificar de “marxistas” a los internacionalistas argentinos de la década del setenta, sino simplemente de estar ligados a Marx, Engels y al Consejo General. Para los anarquistas el hecho de calificarlos de “marxistas” era sinónimo de “autoritarios”, y en la base de ello estaba la diferente concepción respecto al Estado, al poder político y en definitiva sobre la táctica revolucionaria. Los internacionalistas argentinos eran más bien marxistas por ausencia de contraposición, que por asumir cada una de las alternativas marxistas en la polémica con los bakuninistas, tal como para la misma época sucedía en Europa.

Después de la disolución de 1876, comienza a reforzarse la presencia anarquista en Buenos Aires, y ello está ligado al auge de la in-

¹ Falcón, Ricardo, *La I.a. Internacional y los orígenes del movimiento obrero en Argentina: 1857-1879*. CEHSAL, París, 1980, cuaderno No. 2, p. 28.

² Falcón, Ricardo, *op.cit.*, p. 30.

migración italiana y española. No obstante, se da un receso en las actividades de los internacionalistas.

A nivel de la organización sindical, los artesanos son los grupos más numerosos que forman mutualidades y asociaciones gremiales. Cabe señalar que estas mutualidades de artesanos engloban también a pequeños patronos, lo que llevará a conflictos en la medida que hay allí, aunque en pequeña escala, intereses contrapuestos. En 1863, es de destacar la aparición de un periódico, "El Artesano", que es el más importante de todo este período. Apareció sólo ese año, entre marzo y julio, pero fue el punto de partida para afirmaciones programáticas o ideológicas y de ligazón también con la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional). "El Artesano" es el ejemplo de lo confuso y a veces contradictorio de las posiciones que se asumían. No obstante, está inscripto en la línea formativa de la clase obrera argentina y sus páginas son la palestra en las que se irán conformando posiciones más claras y asumidas con conciencia.

Este período que abarca hasta 1890 se muestra fluido, con experiencias organizativas que no perduran, pero que son el antecedente casi imprescindible para la organización sindical y política posterior. Por fin, hacia 1890 se dará la oportunidad en que todo lo anterior trate de expresarse a otro nivel. Efectivamente, en consonancia con lo que sucede a nivel internacional —donde hay que tener presente a la IIa. Internacional y a los mártires de Chicago cuya acción tuvo tanta repercusión en todo el mundo— los grupos argentinos van a organizar el primer acto con motivo del 1º de Mayo. Este acto del 1º de Mayo de 1890 no sólo alarmará a la burguesía, sino que será como el detonante que impulse la nueva organización sindical y política. Dos hechos son esenciales: en diciembre de 1890 Germán Ave Lallemand publica "El Obrero" y en 1894 aparecerá "La Vanguardia" editada por Juan B. Justo. Por fin, será en 1896 cuando se realizará el primer congreso del partido socialista argentino.

2.— Germán Ave Lallemand y Juan B. Justo

La polémica que se desarrolló entre los primeros socialistas en Argentina, se expresa de manera clara en las posiciones asumidas por Germán Ave Lallemand y Juan B. Justo, aunque las mismas están desfasadas levemente en el tiempo. Asimismo, la interpretación de lo que ambas corrientes significaban pone de manifiesto los desacuerdos entre los autores que las han estudiado. En general, Ave

Lallemant, cuyas ideas y las de su grupo —integrado especialmente por inmigrantes europeos— se expresaron en “El Obrero”, respondía a posiciones más coincidentes con las de la socialdemocracia en boga a finales del siglo XIX en Europa, especialmente los alemanes. Las posiciones de Juan B. Justo, por el contrario, podían identificarse más con las concepciones que iban desarrollando las corrientes “revisionistas” de la Segunda Internacional.

Si bien esto es así en términos generales, se debe tener en cuenta que un análisis realizado desde la perspectiva actual, no puede quedarse sólo en señalar o desentrañar el contenido de la polémica de sus principales actores, sino que contrapuestas estas posiciones a la realidad nacional e internacional deben servir para ubicar y ubicarnos en el contexto en que tales posiciones se desarrollaron y, al mismo tiempo, sacar conclusiones que se proyectan a una realidad contemporánea.

Es indudable que Germán Ave Lallemant desarrollaba posiciones que se referían a lo que se denominaba la necesidad de dar prioridad a la lucha económica, y nunca pudo establecer una concepción clara de la relación entre sindicato y partido. Por su parte Juan B. Justo rescataba el papel del partido y su reformismo parlamentarista está teñido, a veces, por tomas o posiciones más combativas, que no podía eludir en función de las luchas sociales de su época que muchas veces eran de gran violencia: a lo cual se unía la necesidad de competir con los anarquistas en el medio obrero y sindical.

Creemos exagerada la conclusión de José Ratzer cuando al mencionar el predominio que va a adquirir Justo se pregunta si era inevitable “el eclipse temporal del marxismo revolucionario y la hegemonía reformista en el futuro Partido Socialista”³. Pues el problema es que tampoco quienes se nucleaban en “El Obrero” representaban claramente la posición “marxista revolucionaria”, aunque podemos acordar que allí estaban más los obreros que sí buscaban ese camino. No sólo porque así lo proclamaban —hecho nada despreciable— sino porque trataron de dar a la acción obrera, desde las organizaciones sindicales, un carácter nítidamente obrero y en sus formulaciones invocaban al marxismo revolucionario. Si su concepción etapista impedía que sacaran las mejores conclusiones, de todas maneras estaban a tono con las preocupaciones existentes en la Segunda Internacional de la época. Será el Club Socialista Vörs, en el cual se nucleaban los internacionalistas alemanes y que

³ Ratzer, José. *Los marxistas argentinos del noventa*. Córdoba, 1969, p. 172.

existía desde 1882, donde el ingeniero Ave Lallemand comenzará sus prédicas.

Lallemand escribe en 1890 en el primer número de "El Obrero", que aparece luego de la gran manifestación del 1º de Mayo en Buenos Aires:

Obedeciendo a la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando el régimen puro de la sociedad burguesa... Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso, y nosotros que confesamos la ley fundamental del materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunitaria, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción.⁴

Es muy claro que la idea generalizada de que era necesaria una etapa capitalista para el ulterior desarrollo del ideal socialista era un pensamiento común tanto a la izquierda socialista representada por Ave Lallemand, como en el pensamiento parlamentarista de Juan B. Justo. De allí que Ave Lallemand saludara la presencia del radicalismo y la revolución de julio de 1890 encabezada por Leandro Alem contra el régimen de la oligarquía conservadora, pues pensaba que el radicalismo podría cumplir con la etapa capitalista para dar lugar más adelante a una etapa comunista.

"El Obrero" dice taxativamente lo que "La Vanguardia" va a callar:

Pero nosotros sabemos bien que la historia no es otra cosa que la lucha de clases, de que la era del régimen de la burguesía pura no importa otra cosa, sino una crecida apropiación del trabajo no pagado en forma de supervalía y la explotación más intensiva de la fuerza de trabajo de los obreros.⁵

Germán Ave Lallemand se pronuncia por lo tanto no sólo contra la propiedad individual sino también contra el proteccionismo. El

⁴ "El Obrero", No. 1 del 12 de diciembre de 1890.

⁵ "El Obrero", idem.

Partido Radical y el desarrollo del capitalismo garantizan el crecimiento de su antagonista, el proletariado, y como consecuencia, del socialismo. Es evidente que la concepción etapista pretende aquí reproducir la situación europea, y como consecuencia de ello el socialismo estaría a la orden del día.

Los socialistas poniéndose en una posición más “realista” y descartando el utopismo que supuestamente estaba expresado en la connotación revolucionaria de “El Obrero”, expresarán claramente en 1894 la defensa sólo de un programa mínimo y que se queda en el saludo a la sociedad capitalista, sin el mérito de conectar esos problemas de ese momento con los objetivos históricos del socialismo. Dice “La Vanguardia” en 1894, en artículo firmado E.G. (Esterban Giménez):

...aquí la acción revolucionaria del partido socialista es y será por muchos años completamente utópica... El mejor modo de impedir que los ciudadanos obreros vayan mezclándose estérilmente en los partidos existentes, es agitar entre ellos la opinión a favor de las reformas comprensibles para todos, que forman las principales cláusulas del programa mínimo del Partido Socialista.⁶

El sentido revolucionario de la prédica de Ave Lallemand quedaba negada con este tipo de argumentación. Pues Ave Lallemand al mismo tiempo que saluda la implantación del capitalismo en Argentina, decía que si bien el radicalismo era el “portador del capitalismo puro”... no es menos cierto que ese radicalismo percibe cuál es su “enemigo a muerte” (...) “el socialismo, en el cual adivina a su futuro domador y que siente levantarse tras él. Si los radicales nos temen y nos miran de reojo, a nosotros nos es muy simpática su lucha en favor de la democracia, aunque no sea más que de la democracia burguesa. *Nosotros somos los partidarios más decididos de la democracia aunque no participamos de sus ilusiones*”.⁷

Esta idea, común a la socialdemocracia europea, estará presente luego en la concepción de Lenin en las tesis constitutivas de la Tercera Internacional, en 1919, sobre la democracia burguesa y democracia obrera, para sustentar la concepción de la dictadura del proletariado como forma democrática de gobierno obrero y campesino.

⁶ “La Vanguardia”, 26 de mayo de 1894.

⁷ Texto citado por José Ratzer, *op. cit.*, p. 150 (subrayado A.J.P.).

Juan B. Justo no solamente no entendió el problema “nacional”, sino que su concepción revisionista lo hacía buscar su fuente de alimentación en el positivismo más que en el marxismo. A pesar de ciertas declaraciones principistas, copiadas de textos de la Segunda Internacional, desde el primer momento se orientó más a buscar su orientación en otras vertientes científicas e ideológicas. En el primer número de “La Vanguardia” se dice: “Venimos a representar en la prensa al proletariado inteligente y sensato”, lo cual no sólo indica la concepción elitista desde los orígenes del Partido Socialista, sino que equivale también a asumir como “insensato” al resto del proletariado influido por los socialistas revolucionarios y los anarquistas. Decía también: “Venimos a promover todas las reformas tendientes a mejorar la situación de la clase trabajadora: la jornada legal de ocho horas, la supresión de los impuestos indirectos, el amparo de las mujeres y los niños contra la explotación capitalista, y demás partes del programa mínimo internacional obrero”. Esta base del reformismo parlamentarista luego se desenvolverá en toda su amplitud. Decía también: “Venimos a difundir las doctrinas económicas creadas por Adam Smith, Ricardo y Marx...”, lo que muestra la manera en que Justo entendía al marxismo, ya que no se trata de una “doctrina económica” sino de algo más (y que fuera mejor definido ya antes por German Ave Lallemand), y por otra parte esta “doctrina” de Marx está puesta al mismo nivel que las de Ricardo y Smith, lo que no sólo es una incongruencia, sino una intención deliberada.

Pero lo que hay que destacar es que el pensamiento de Justo va a ir cambiando. Si en los años 1890 combinaba expresiones marxistas con positivistas, expresiones reformistas con planteos de lucha de clases, definiciones socialistas con benevolencia hacia ese capitalismo que todavía era insuficiente en Argentina y que debía mirarse en el espejo de Europa, lo significativo del cambio es que poco tiempo más adelante solo quedan las manifestaciones reformistas, parlamentaristas y conciliadoras, dejando atrás toda afirmación ecléctica y definiendo un reformismo completo y beligerante.

El año de 1896, cuando se celebra el primer congreso del Partido Socialista argentino, es el mismo año en que Bernstein comienza a publicar sus artículos sobre “Los problemas del socialismo”, discutiendo y revisando al marxismo en forma completa; y es también la fecha en que muere Friedrich Engels.

Sostenía Bernstein: “Nuestro lenguaje es, sobre todo en los Congresos, antiparlamentario y revolucionario, pero nuestra praxis es... antirrevolucionaria y parlamentaria. Nosotros no somos en

modo alguno un partido revolucionario, sino un partido que actúa en la legalidad parlamentaria; y cada año lo somos más", con lo que el discípulo argentino se quedaba atrás de su maestro, pues en él ni si el lenguaje era revolucionario.

La concepción de Bernstein de que "el porvenir del socialismo depende no de la disminución sino del aumento de la riqueza social", con lo que se concluía que estaba bien que hubiera ricos, se trasladaba a la Argentina con la concepción de que la riqueza social del sistema capitalista estaba mejor expresada en las metrópolis y no en los países atrasados.

En cuanto a la democracia, decía Bernstein en forma muy clara: "La democracia es al mismo tiempo medio y fin. Es el medio de lucha por el socialismo y es la forma de realización del socialismo". Y también: "La democracia es, en principio, la supresión de la dominación de clase... aún si ello no significaba *de hecho* la supresión de las clases". Esta concepción asumida plenamente por los socialistas de Justo, implica la concepción del Estado no como expresión de un dominio de clase, sino como la posibilidad (de ahí que la democracia es una estrategia), de que el Estado sólo sea un árbitro entre las distintas clases. La lucha de clases no puede enfilarse entonces contra el Estado, y los marcos del Estado (capitalista por cierto) son los marcos dentro de los cuales deben librarse las luchas por las conquistas "sociales", que en el programa socialista se reducen a la jornada de ocho horas, legislación social, de salubridad, etc. La diferencia entre un programa mínimo y uno máximo queda entonces como una mera abstracción formal, y de lo que se trata es de que en los límites del Estado sólo tiene real vigencia el programa llamado "mínimo".

Por eso Bernstein sostiene que Marx, "reducido por las insidias del método dialéctico hegeliano...", elaboró una concepción de la historia que sólo puede desarrollarse mediante la agudización de las contradicciones, es decir mediante revoluciones violentas. Despejado Marx de aquella insidiosa "dialéctica", el reformismo campea dentro de los límites del Estado burgués y las condiciones que guste imponer la clase dominante. Y todo ello es asimilado por los socialistas de Justo y aplicado como consecuente línea política en Argentina.

Si en 1898, en la polémica con Enrico Fermi, que negaba la posibilidad del socialismo en Argentina, Juan B. Justo aún defendía esta posibilidad, poco más adelante ya no lo hará.

En efecto, Fermi sostenía que dado que la Argentina es un país capitalista e industrial, el socialismo no podrá echar raíces, y entonces de lo que se trataba era de "orientar" a la burguesía progresista. La

diferencia entre Justo y Fermi será al nivel de la metafísica ya que si Justo no puede aceptar quedar reducido a ser un consejero de la burguesía progresista, sí acepta como posible un socialismo inscripto en un “programa máximo”, que como es para un futuro indeterminado, a nada compromete. Es interesante destacar los matices de la discusión que en épocas más recientes se expresarán como “nacionalistas”, abiertamente, sin asumir ni pizca de socialismo. Por eso no es incongruente encontrar que Justo escribiera hacia 1910: “El movimiento obrero latinoamericano en antagonismo con el capital extranjero tiene que ser nacionalista, nacionalismo sustancial porque tenderá ante todo a redimir material y moralmente al proletariado...”. Como se puede apreciar se ataca al capital extranjero y ello en mérito a los intereses del proletariado, lo cual es cierto, pero el Estado nacional y la burguesía nacional quedan al margen y salvadas en su perspectiva.

En el Congreso de Stuttgart de 1907 de la Segunda Internacional, los socialistas argentinos están abiertamente con Bernstein, y apoyarán la penetración colonialista, con el argumento de que Marx consideraba positiva la destrucción de las relaciones precapitalistas. Ello es lo que los hace apoyar la intervención norteamericana en Cuba en 1898. La concepción etapista de la evolución de las sociedades (no digamos de la revolución, aún) los lleva a sacar la conclusión delirante que será la burguesía del siglo XX, la que deberá destruir las relaciones precapitalistas, y no la revolución socialista. Y todo ello indilgado a Marx, que había planteado claramente en sus escritos sobre Rusia y en otros más, la posibilidad, es más, la necesidad, de saltar las etapas históricas; y Engels había desarrollado la idea de que existiendo el capitalismo maduro posterior a la revolución industrial, este hecho era un elemento de vigencia internacional y no sólo inglés, y que la revolución socialista era una realidad factible para cualquier sociedad por más dependiente que fuera. Por cierto, esto no era fatal, pero la historia reciente ha demostrado que sí era posible; y aquí no se trata de establecer si era correcto o no el planteo revisionista, sino de presentarlo tal como se mostró en el caso del Partido Socialista de Argentina. La historia posterior probó otras muchas cosas, además de probar que era posible una revolución socialista en países “atrasados” y que no había etapismo obligado.

Veamos más de cerca el pensamiento de Justo. Decía al referirse a las guerras coloniales:

esas guerras franquean a la civilización territorios inmensos, ¿puede reprocharse a los europeos su penetración en Africa porque se

acompañe de crueldades? Los africanos no han vivido ni viven entre sí, una paz idílica; todavía en nuestros días el jefe zulu Tschalba ha aniquilado sesenta tribus vecinas y hecho perecer cincuenta mil individuos de su propia nación. Crimen hubiera sido una guerra entre Argentina y Chile por el dominio político de algunos valles de los Andes, cuya población y cultivo se harán lo mismo bajo uno u otro gobierno. ¿Pero vamos a reprocharnos el haber quitado a los caciques indios el dominio de la pampa?"⁸

Según esta idea, hacia esa fecha las guerras colonialistas eran civilizadoras. Esta concepción encuadra con la del capitalismo bueno, que sería el metropolitano, ejemplo a seguir. En relación a un hecho contemporáneo suyo, como fue la independencia de Cuba, decía Justo en el mismo texto antes mencionado:

...apenas libres del gobernador español, los cubanos riñeron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner y mantener la paz a esos hombres de otra lengua y otras razas.

Lo cual si por un lado tergiversa la lucha por la independencia cubana (los norteamericanos intervinieron antes de que se acabara el poderío español y además intervinieron también directamente contra los cubanos al no reconocerlos ni como beligerantes, ocuparon la isla y la sometieron a un gobernador impuesto por la superioridad militar norteamericana, etc.), por otro es una clara justificación del imperialismo y de la política del "*big stick*" de Theodore Roosevelt. De allí será consecuente su apoyo a los aliados en la primera guerra mundial en lo cual coincidió con un sector mayoritario de la socialdemocracia europea. El problema de la crisis de la Segunda Internacional en 1914 es pasado por alto en lo esencial, y la posición pronorteamericana de los socialistas argentinos estará firmemente definida por muchas décadas.

El planteo "cientificista" de su época, identificado con el positivismo en forma taxativa, implica la defensa de la racionalidad científica a ultranza. Pero el hecho es que esa racionalidad científica esta previamente definida como todo lo que se asimile al capitalismo en ascenso. Así, dice Vazeilles que para Justo "el imperialismo es

⁸ Justo, Juan B., *Teoría y práctica de la historia*. Ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1947, p. 136.

parte de esa función civilizadora, es necesario dejar que la cumpla”.⁹ Por eso es que para Justo la política era lucha sólo en los países atrasados; en cambio en los que evolucionaban a la civilización se trataba sólo de saber o ignorancia. De ahí que las clases dominantes tengan problemas sólo por inepticia. De allí también que de lo que se trata, a lo cual puede coadyuvar el partido socialista, es de superar ese atraso por medio de la ciencia. La etapa científica de la sociedad será la etapa del socialismo: a ella se llegará por la educación y por el conocimiento racional y científico. Esto explica uno de los grandes problemas que siempre tuvieron los socialistas para ligarse a las grandes masas, a las cuales consideraban inferiores, por ignorantes.

Si era justificable la colonización imperialista de países o pueblos atrasados, con mayor razón se justificaba sólo una lucha política reformista en una sociedad en camino a la civilización, como la Argentina. En tanto la misma tuviera éxito, el socialismo maduraría. Del positivismo al liberalismo progresista y de allí al parlamentarismo, se cerraba el círculo de la fundamentación intelectual de la posición de los socialistas de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Los socialistas serían maestros y abogados de los obreros, pero abandonaban concientemente el papel de dirigentes políticos socialistas. He ahí una de las bases de coincidencia con otros reformismos, con los cuales se encontraron en la historia. A veces para complementarse (por ejemplo con los comunistas en la época del Frente Popular en Argentina entre 1936-39 y más especialmente entre 1941-46), en otras ocasiones para enfrentarse por competencia (con el nacionalismo peronista que hizo realidad mucha de la legislación social defendida por los socialistas), mostrando en la práctica que el reformismo a secas es sólo una política burguesa.

Por eso dice Vazeilles que para los socialistas “en la polaridad básica en que se desenvuelve la vida del mundo y del país, Civilización-Barbarie, Progreso-Atraso, vencerán inevitablemente y pacíficamente la Civilización y el Progreso, diluyéndose poco a poco la Barbarie y el Atraso”.¹⁰ Y por cierto que los más científicos y los más civilizados son los socialistas cortados a imagen y semejanza de Juan B. Justo. ¿Acaso no había dicho Justo: “adoptemos sin titubear todo lo que sea ciencia, y seremos revolucionarios por la verdad que

⁹ Vazeilles, José, *Los socialistas*, Jorge Alvarez Editor, Buenos Aires, 1987, p. 36.

¹⁰ Vazeilles, José, *op. cit.*, p. 40.

sostenemos"? El propio Dardo Cúneo, admirador de Justo, lo destaca:

Confianza en la ciencia. Ella está construyendo un mundo seguro. También ordenará la política. El socialismo es en la política, el método de la ordenación científica.¹¹

Esta confianza en la ciencia, bueno es señalarlo, no es la ciencia del "marxismo" o del "socialismo", sino la ciencia tal como se expresaba a fines del siglo XIX en la doctrina positivista, y en el campo ideológico el revisionismo bernsteniano.

La valoración de Juan B. Justo que han hecho los comunistas en épocas recientes ha sido siempre benévola, pues hay una coincidencia en aspectos sustanciales. Lo mismo puede decirse de la valoración que hace un excomunista convertido al nacionalismo como Rodolfo Puiggrós. Veamos por partes el problema.

Rodolfo Ghioldi —destacado dirigente comunista argentino— en un artículo escrito en 1965 y citado por José Ratzer, dice:

Justo fue un reformista pero nunca un reformista común y ordinario, ni muchísimo menos comparable a los dirigentes socialistas de derecha. Su reformismo no procedía de una ausencia cualquiera de odio a la burguesía, a la oligarquía y al imperialismo, sino de su incompreensión de los problemas de la revolución argentina, en particular. Esa limitación, vinculada a su desubicación global frente al materialismo dialéctico, lo empujó a posiciones reformistas, pero aun dentro de ellas Justo condujo una lucha, muchas veces enérgica y resuelta, contra las clases dominantes.¹²

De allí Ratzer correctamente saca la conclusión de que Rodolfo Ghioldi era un contradictor de Justo, pero al mismo tiempo su "admirador más ferviente". El etapismo y el frentepopulismo habían producido la coincidencia entre socialistas y comunistas en Argenti-

¹¹ Cúneo, Dardo, *Juan B. Justo y las luchas sociales en Argentina*, Alpe, Buenos Aires, 1956, p. 222.

¹² Ghioldi, Rodolfo, "Juan B. Justo", en *Revista Nueva Era*, Buenos Aires, julio de 1965, citado por José Ratzer, *op. cit.*, p. 163.

na, aun cuando no era ésa la opinión de los comunistas cuando rompen con Justo entre 1917 y 1919 y todavía un poco después. Pero esto lo vamos a considerar más adelante.

Desde una óptica reciente, vale la pena citar la opinión de Rodolfo Puiggrós para desentrañar dónde estaban las diferencias y dónde las coincidencias entre estos autores. Porque en definitiva lo que le critican a Justo es no haber entendido el problema “nacional”, y no el abandono de la posición socialista. Es más, Puiggrós va a terminar sosteniendo que era mejor la posición de Justo en 1917 que la de los “internacionalitas” que serán quienes, rompiendo con el partido socialista, formarán la base del futuro Partido Comunista, del cual durante muchos años Puiggrós fue militante y dirigente. Precisamente hasta 1946, cuando encontró en el nacionalismo peronista la justificación histórica de sus posiciones etapistas. Consecuente con ello se fue del Partido Comunista y se hizo peronista. Y como el nacionalismo está mezclado con la polémica entre socialismo reformista y socialismo revolucionario, es de destacar que el elogio de Puiggrós a Justo, al Justo de 1896 y 1917, y la crítica a la izquierda socialista de la época, es coherente con toda una concepción política “nacional” (o nacionalista), pero no “socialista”

Por fin es oportuno citar la opinión que le merece la figura de Juan B. Justo al militante e historiador del anarquismo Diego Abad de Santillán, quien dice:

el socialismo produce una figura... Juan B. Justo, que no puede considerarse como hombre aislado, sino en su medio y en su época. De inteligencia extraordinaria, desvirtuó el socialismo, haciendo una colaboración de clases, conciliando nacionalismo e internacionalismo y asae-teando la política de los terratenientes burgueses, formulando su credo reformista en la célebre frase “capitalismo sano y capitalismo espúreo”. El socialismo aborigen le debe su organización y su táctica que pueden sintetizarse en la palabra del Comité Ejecutivo en 1932: “El método evolutivo que consiste en capacitar al pueblo trabajador para la conquista progresiva de su bienestar y emancipación”.¹³

Consideremos ahora un trabajo reciente, el de José Aricó, donde hace también un gran elogio a Juan B. Justo.¹⁴ Cabe destacar que es-

¹³ Santillán, Diego Abad de. *La F.O.R.A.: ideología y trayectoria*. Ed. Proyección, Buenos Aires, 1971, p. 19. Es de señalar que este texto data en su primera edición de 1933.

¹⁴ Aricó, José, “La hipótesis de Justo”, en *Revista Estudios Contemporáneos*, Universidad Autónoma de Puebla, México, No. 3-4, julio-diciembre, 1980.

te elogio es de rigurosa actualidad, en una valoración de tipo ideológico e histórico.

Al referirse a Justo dice que hubo “en América Latina y más precisamente en la República Argentina, un pensador socialista, que sin tener ninguna posibilidad de conocer estas reflexiones marxianas, salvo las que podrían desprender del capítulo XXV del tomo I de “El Capital” (‘La teoría de la moderna colonización’), trató de encarar en un sentido convergente con estas observaciones la tarea histórica de construir un movimiento socialista en su país”.¹⁵

Vale decir que Justo, aun sin posibilidad de conocer del todo a Marx, planteó un socialismo “convergente” con el proyecto marxista. No obstante que Justo —dice Aricó— formuló “una propuesta de socialismo en la Argentina que partía del explícito rechazo de un modelo a imitar”.¹⁶

Entonces de qué se trata, de convergencia o de rechazo, pues ambas son las palabras utilizadas por Aricó.

El problema es que Aricó manipula la figura de Justo, empezando por ignorar en su estudio que Justo surgió cuando todavía tenían vigencia planteos como los de Germán Ave Lallemand quien llegó hasta la formación de una Federación de Trabajadores, de la cual fue vocero el periódico “El Obrero”. Asimismo oculta de hecho, al no tomarlo en cuenta, que Justo triunfó con su socialismo reformista y parlamentario frente a los socialistas revolucionarios tanto de fuera del Partido Socialista, como de adentro.

Aricó coincide así con la interpretación de Puiggrós y también con la interpretación del Partido Comunista de Argentina, posterior a la adopción de la línea de frente popular en los años treinta: Justo era así “mejor” que los izquierdistas de su propio partido, especie de cabezas calientes que rechazaban el reformismo como estrategia en sí misma y reivindicaban la lucha de clases y el concepto de socialismo obrero y revolucionario, planteo éste que sí estaba en la línea de convergencia con el pensamiento de Marx.

Por otra parte ¿es que se puede decir, como lo hace Aricó, que había alguna convergencia entre el marxismo —o entre Marx, si así se prefiere— y Justo en cuanto (¡nada menos!) a la teoría de la colo-

¹⁵ Aricó, José, *op. cit.*, p. 12.

¹⁶ *Ibidem*, p. 12.

nización, cuando el pensamiento de Marx estaba contra la explotación entre naciones y Justo apoyaba la intervención norteamericana en Cuba y el moderno colonialismo europeo en Africa, como elemento civilizador?

No obstante, el texto de Aricó es uno de esos textos que se pueden leer desde diversas posiciones o desde diversos ángulos, y aún tomando elementos contradictorios, siempre habrá alguna afirmación que relativiza a otra. Parece insinuar una crítica de izquierda para terminar justificando a la “inteligencia”, a la “ciencia” y a la “personalidad relevante”. Poco importa que todo ello esté al servicio de una política incorrecta (tema que Aricó no toma en consideración). Pero Justo era precisamente un político y no se lo puede analizar al margen o separado de la política. Qué hizo Justo, qué partido construyó, qué actividad hacía su partido, son problemas esenciales para el análisis, no así las abstracciones para llegar a descubrir que Justo era inteligente, o que supo rodearse de “un núcleo dirigente de la calidad y solidez que caracterizó al Partido Socialista argentino”.¹⁷

¿Era correcto, o signo de gran inteligencia y capacidad política, apoyar al colonialismo finisecular, justificar la ocupación de Cuba por parte de los Estados Unidos, cambiar a Marx por el positivismo cientificista, etcétera, como hizo Justo?

Sin embargo en el texto de Aricó —como ya lo señalamos— las afirmaciones se relativizan y los contornos se desdibujan en aras de algo no dicho expresamente, sólo insinuado, y en la insinuación está la proyección al presente. Hay un gran manejo “teórico” —si así se lo quiere llamar— por parte de Aricó, que se resume en la habilidad para empañar con una supuesta heterodoxia (como si Justo fuera un personaje de hoy), lo que era la polémica en el seno de la socialdemocracia argentina a principios de siglo. Todo ello utilizando un procedimiento metológico básicamente incorrecto, como es aislar al personaje (Justo) de su propia época. Y para ello debe ignorar en su evaluación todo lo que hicieron los socialistas, tanto anteriores como contemporáneos de Justo. Por otra parte: ¿cuáles fueron los resultados de esa “inteligencia” política justista? Una vulgar y generalizada copia de la claudicación socialdemócrata europea frente a sus propias burguesías.

Por ello no debe extrañar que Aricó releve como importante que Justo encontrara no sólo en Marx, sino también:

¹⁷ *Ibidem*, p. 13.

en otros pensadores un conjunto de ideas y de propuestas útiles para poder llevar adelante el propósito al que dedicó toda su inteligencia y su voluntad de lucha: el de crear en las condiciones específicas de la sociedad argentina, un movimiento social de definido carácter socialista y un cuerpo de ideas que, sintetizando los conocimientos aportados por la ciencia, y de los que derivan de la propia experiencia de ese movimiento, se constituyera en una guía certera para el logro del objetivo final de una sociedad socialista.¹⁸

Releamos el párrafo. Efectivamente —para Aricó— Justo encontró “en otros pensadores” (mezcla de Comte y Bernstein) el “cuerpo de ideas” que le permitió construir una “guía certera” (Aricó se solidariza políticamente con Justo) “para el logro de una sociedad socialista”. Como vemos el párrafo no tiene desperdicio, se asume el proyecto justista como certero y con ello queda desentrañando el fin último de la defensa ideológica que Aricó hace del proyecto justista, no sólo enunciado y defendido calurosamente, sino llevado efectivamente adelante por el Partido Socialista argentino, de un reformismo parlamentarista que fue tan tímido que, cuando la burguesía o un sector de la burguesía se hace nacionalista y reformista (el peronismo), supera a los propios proyectos de aquella inteligente socialdemocracia.

Y para no abundar demasiado en esto, completemos la valoración de Aricó sobre Justo, destacando algo que menciona este autor: “Justo fue un demócrata cabal, un consecuente perseguidor de las tradiciones liberales-democráticas”.¹⁹ No sabemos hasta dónde puede haber ironía en la frase, o si está dicha en serio. Lo que habría que preguntarse, es si Aricó cree que la tradición liberal-democrática era democrática o no. De todas formas, pongamos un solo ejemplo para mostrar que lo que quiere resaltar Aricó es falso. Justo no era un demócrata en su propio partido y para ello basta recordar que cuando realiza el Congreso del Partido Socialista en abril de 1918 (como veremos más adelante), los “internacionalistas” que coinciden con las posiciones revolucionarias o de izquierda dentro de la socialdemocracia, siendo minoría en el Comité Ejecutivo, consiguen la mayoría en el Congreso. El “demócrata” Justo, utilizando su “mayoría” en el Comité Ejecutivo que había sido desautorizada en el Congreso, expulsa a los que obtienen esa mayoría en el Congreso.

¹⁸ *Ibidem*, ps. 13-14.

¹⁹ *Ibidem*, p. 14.

Democracia de minoría esta democracia peculiar de Justo, que hace tabla rasa con la decisión del Congreso, simplemente por el uso y abuso del control del aparato de dirección. Como vemos en esta manera de tratar el problema, no sólo la inteligencia sino también la democracia son como entelequias que nada tienen que ver con la realidad.

Pero hay un punto en el cual Aricó no puede estar de acuerdo con Justo. Y éste ya es no un problema de estrategia, con la que ha coincidido. Se trata de un problema quizá de táctica. El hecho es que critica a Justo por no apoyar a Yrigoyen. Y ello porque califica al yrigoyenismo como:

Movimiento nacional y popular como era —no obstante todas sus limitaciones— el yrigoyenismo.²⁰

y dice que Justo no supo entender que había que apoyarlo, pues hacía una división entre economía y política que lo llevaba a un falso dilema. No se trataría entonces de reformismo o maximalismo, sino de comprender a ese movimiento “nacional y popular” (expresión muy en boga en la política argentina actual y puesta de moda por un sector del peronismo). Por otra parte aquellas “limitaciones” del yrigoyenismo incluía cosas como las represiones y matanzas de la Semana Trágica, de la Patagonia, de la Forestal. En el caso de Justo llevó a que no entendiera algo fundamental que Aricó expresa de la siguiente manera:

Las limitaciones de su pensamiento, que eran también y en buena parte, limitaciones de la propia realidad, impidieron a Justo tener una concepción certera de esta funcionalidad “hegemónica” de la clase obrera y de los trabajadores en general.²¹

Anotemos bien. Las limitaciones de Justo eran más bien las de “la propia realidad” que “impidieron” que Justo entendiera que era necesaria la “hegemonía” obrera. Aricó sigue salvando a su personaje y así sus limitaciones son las de su tiempo, lo cual no es verdad. ¿Cómo se explica entonces que existieran hombres y corrientes políticas —en esa misma realidad histórica— que lucharan por otro programa, que Aricó ignora o silencia? La maniobra intelectual de Aricó

²⁰ *Ibidem*, p. 19.

²¹ *Ibidem*, p. 20.

tiende a dos cosas, que al final se resumen o convergen en una sola. Por un lado, defender a Justo (representante conspicuo del pensamiento reformista y parlamentarista socialdemócrata) y por el otro defender una hegemonía obrera en lo que puede ser un “bloque histórico” que el movimiento nacional y popular del yrigoyenismo ya expresaba en su época. La sutil conclusión que surge lógicamente de allí es que hoy en la Argentina, mezclando un poco de socialdemocracia reformista (que es una “guía certera”) y un poco de peronismo (que sí tiene clase obrera), se podrá llegar a conformar un nuevo bloque histórico (nacional y popular). Queda así Justo revivido en una actualidad argentina que salva a la socialdemocracia y al movimiento nacional y popular. ¡Malabarismos que impone la ideología!

3.— Los primeros congresos del Partido Socialista

Empecemos por reseñar los datos referentes al Primer Congreso, el más importante no sólo por ser el de la fundación, sino porque en relación al mismo podemos sintetizar un cuadro sobre el socialismo argentino en sus orígenes.

Dice Jacinto Oddone: “El 28 de junio de 1896 tuvo lugar el Primer Congreso del partido Socialista, que más tarde bien podemos llamar Congreso Constituyente, pues su vida efectiva arranca de esa memorable asamblea”.²²

El Primer Congreso se caracterizó por el triunfo de las posiciones antirreformistas, y sus principales voceros fueron José Ingenieros y Leopoldo Lugones. Su antirreformismo es limitado en tanto se expresa enfrentando la concepción de Justo, pero sin precisar elementos centrales en cuanto a la estrategia, a la caracterización del país, a las medidas tácticas y repite un poco mecánicamente las ideas generales del marxismo preponderante en Europa en una época de auge de la Segunda Internacional.

La minoría encabezada por Juan B. Justo trató en vano de imponer sus puntos de vista. Para ello contaban con un arma poderosa, como era el periódico “La Vanguardia”, en circulación ya desde 1894. Al ser derrotadas las mociones de Justo y aprobadas las de la “izquierda”, Juan B. Justo no acepta ningún puesto en la dirección que

²² Oddone, Jacinto, *Historia del socialismo argentino*, Ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1934, 2 tomos.

se elige. Esta situación va a continuar hasta el Segundo Congreso cuando al revertirse la tendencia y ganar los reformistas una mayoría, Justo accederá a una dirección que no abandonará mientras viva. El Partido Socialista como tal estabilizó así su posición reformista. Es cierto que hubo algunos vaivenes; es más, es cierto que quedó también en minoría en otra oportunidad cuando se realiza el IIIº Congreso Extraordinario en 1917; pero sabrá maniobrar y contará con un aparato en el cual la línea exterior y la actuación del partido estuvieron siempre determinadas por Justo y sus adictos.

Esta situación llevó a algunas escisiones²³, pero el partido preservó su personalidad. Cuando se produce el conflicto con Alfredo Palacios por el problema del duelo, se mostrará claramente cómo las diferencias entre ellos se magnifican llegándose a la expulsión de Palacios, pero son ya rencillas internas en el grupo reformista y parlamentarista. Por otra parte las disidencias en un sentido revolucionario siempre debieron buscar el camino de la separación, hasta que la más importante de ellas, después del Congreso de 1917, constituye el Partido Socialista Internacional en 1918, anticipo de lo que será el Partido Comunista.

En el Primer Congreso (28-29 de junio de 1896), se enfrentan las concepciones que recogen la tradición de los orígenes socialistas expresados por Ave Lallemand y el periódico "El Obrero", pero sus voceros son intelectuales como Lugones o Ingenieros, y las posiciones reformistas expresadas en el parlamentarismo que defiende Justo.

²³ Rodolfo Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*, Jorge Alvarez, Editor, Buenos Aires, 1967, p. 69, menciona así las escisiones habidas en el Partido Socialista: "Las escisiones fueron cronológicamente: 1o) La de 1899, que dio origen a la Federación Socialista Obrera Argentina, o Federación Socialista Obrera Colectivista. Partió del Centro Socialista Revolucionario de Barracas al Sur y se opuso a la exigencia de que los extranjeros sacasen carta de ciudadanía para ingresar al Partido. Consideraba prematura la lucha política y previa a ella la lucha por mejoras económicas. Sus integrantes, entre los que figuraba Leopoldo Lugones, se titulaban "marxistas intransigentes". Duró poco tiempo. 2o) La sindicalista de 1906, encabezada por Julio Arriaga, Emilio Troise, Bartolomé Bosio, Aquiles Lorenzo, Gabriela L. de Coni y otros militantes que se oponían a la política electoral y pedían "todo el poder a los sindicatos". Decíanse "marxistas puros", y discípulos del sindicalista Sorel, autor de *Reflexiones sobre la Violencia*. 3o) La de Alfredo Palacios de 1915, porque el Partido prohibía el duelo... 4o) La que en 1918 fundó el Partido Socialista Internacional, luego Partido Comunista. 5o) La que en 1927 fundó el Partido Socialista Independiente. 6o) La que en 1937 fundó el Partido Socialista Obrero. 7o) La que creó, durante el gobierno de Perón, el Partido Socialista de la Revolución Nacional. 8o) La de 1958...

Justo reclama libertades democráticas y derechos electorales en sí mismos, mientras que la “izquierda” los postulaba como punto de partida para preparar la revolución proletaria. O sea, para Justo la lucha por la democracia es la estrategia misma, mientras que para la izquierda es parte de una táctica inscripta en una estrategia más amplia.

En este Primer Congreso se aprueba, como moción del ala “izquierda”, una resolución que estipulaba que “serán excluidos del partidos las colectividades o individuos que hagan pactos o alianzas con los partidos burgueses o sus candidatos”. Este punto pretendía garantizar un accionar obrero y socialista, y es un motivo central para que Justo no acepte ningún cargo partidario. En el Segundo Congreso se introduce una enmienda a esta resolución —propuesta por Justo— en donde se le agrega al final la frase “...salvo cuando estén autorizados por un voto general o local en las partes que sean de su jurisdicción”. Lo que era aguar el vino.

De tal manera el Segundo Congreso revisa profundamente la concepción del accionar socialista. Es interesante notar que Puiggrós, agudo crítico de Justo en muchos sentidos, llega a la conclusión de que era mejor la posición de Justo que la aprobada en el Primer Congreso. En ese caso la crítica de Puiggrós a la izquierda es más fuerte que a Justo. Puiggrós insiste en que el Partido Socialista surge sin tener una concepción sobre el problema nacional, pero en el fondo, el cuestionamiento es también al hecho de que la izquierda levantó un programa socialista, lo que marca las preferencias de Puiggrós por un programa que contemplara las necesidades de la etapa capitalista que “debía” recorrer la Argentina. No es de extrañar esta posición ya que el texto, escrito después de su rompimiento con el Partido Comunista, se hace desde la óptica del peronismo en el cual se encontraba inscripto.

Por eso la crítica de Puiggrós a Justo es formal. De tal manera prefiere embarcarse en la consideración de Justo, que se encuentra deslumbrado con el desarrollo del capitalismo europeo. Es así que para Justo el capitalismo europeo es un poco la muestra del destino que le depara el futuro a la Argentina. Y entonces dice que Justo distingue con “criterio maniqueo”, al “capitalismo sano del espúreo, al progresista del retrógrado, al inteligente del torpe en un cotejo del que salía perdiendo el capital nacional inferior al extranjero”.²⁴ En-

²⁴ Puiggrós, Rodolfo, *op.cit.*, p. 59.

faticemos: para Puiggrós, a nivel programático, había que defender al “capital nacional” y allí está el “maniqueísmo” de Justo.

Y como Puiggrós prefiere al capital nacional, lo del maniqueísmo tiene un límite preciso. ¿Pero es que acaso, a pesar de las citas de Lenin y Marx que trae a colación Puiggrós, no queda de toda forma centrada la polémica en relación a cuál es el capitalismo bueno y cuál es el malo? O dicho en otros términos ¿cuál es el capital “progresista”? Puiggrós, defensor del capital nacional, queda así atrapado en los límites de la discusión impuestos por Justo.

De lo que se trata, de esta manera, es de saber elegir, pero el reformismo parlamentarista (Justo) coincide con el reformismo nacionalista (Puiggrós) en la medida que ambos se quedan en los límites del capitalismo. Este planteo tiene vigencia en cuanto al Primer Congreso del Partido Socialista, como también en épocas más recientes, como se puede apreciar. Por ello no es de extrañar que el nacionalismo debe poner espacio con respecto a las tendencias socialistas de “izquierda”, y por eso los nacionalistas critican más a la izquierda socialista de 1896 que a Juan B. Justo.

Dice Puiggrós que los socialistas “desconocían lo particular en el capitalismo —sus etapas, sus desigualdades de desarrollo, su relación con otros sistemas—, lo cual hacía que Justo equiparara a la sociedad argentina, a la sociedad capitalista en general”.²⁵ Y cita a Justo cuando dice “...se han producido en la Argentina los caracteres de toda sociedad capitalista” (en “La Vanguardia” el 7 de abril de 1894).

Para Puiggrós, “el positivismo lógico no les permitía ver más que diferencias cuantitativas, en las desigualdades de desarrollo de otros países”.²⁶ Y esto, en los límites de la controversia que el mismo autor delimita, es significativo de su toma de posición: para Puiggrós entre el capitalismo nacional y el capitalismo internacional hay diferencias cualitativas. Por eso se justifica la defensa del capitalismo nacional en Argentina, cualitativamente distinto al extranjero. Con ello queda salvado el capital bueno (el nacional en este caso) como si allí no rigiera la plusvalía.

En el primero y el segundo congreso del partido continúa la lucha ideológica. La “izquierda” funda el periódico “La Montaña”, que aparece en 1897 y sólo llega a publicar doce números en ese año. Allí dirá Ingenieros:

²⁵ *Ibidem*, p. 43.

²⁶ *Ibidem*, p. 47.

El proletariado usará entonces la fuerza para expropiar a los expropiadores. No puede haber en este caso dos líneas de conducta: la fuerza se combate con la fuerza.²⁷

Este periódico se pronuncia por el “socialismo revolucionario”, pero al mismo tiempo que enfrenta a los reformistas, enfrenta también a los anarquistas que se oponen a la participación en las contiendas electorales.²⁸ Estos acusan a los socialistas de que “Votar es renunciar”, y “La Montaña” argumenta:

Nosotros creemos que votar es votar. No votar (pudiendo hacerlo) es renunciar a votar. El que vota, vota; no renuncia. No votar es renunciar.²⁹

y por eso sostienen que “es una mentira decir que los socialistas toman parte en la lucha política de los burgueses; toman parte en la lucha contra los burgueses”.

No obstante, cuando al año siguiente los socialistas de Justo dominan al partido, sí van a hacer lo que le critican los anarquistas, es decir “participar en la lucha de los burgueses”. Eso será a partir del Congreso de 1898 cuando es derrotada el ala izquierda, que por más limitaciones que tuviera, y por más inconsecuencias que podamos encontrar en el futuro de sus protagonistas, representaba en esos momentos una lucha válida. Si Ingenieros se hizo tan reformista como Justo, más adelante; o Lugones se hizo nacionalista e incluso fascista después, son problemas aparte.³⁰

En 1898 cuando el partido queda en manos de Justo y sus adictos, se va a producir la escisión de los “socialistas colectivistas”. Es la primera división y el motivo por el cual se produce es la discusión sobre

²⁷ “La Montaña”, 18 de abril de 1897; citado por Ricardo Falcón en “Lucha de tendencias en los primeros congresos del partido socialista obrero de Argentina: 1896-1900”, en revista *Apuntes*, No. 1, octubre-diciembre de 1979, Amsterdam, p. 62.

²⁸ “La Protesta” dice el 10 de marzo de 1906: “Votar es abdicar... El hombre que va a depositar su voto en las urnas, entrega su voluntad y todos sus derechos al hombre que ha elegido...” Y termina así: “¡Viva la huelga de electores!”

²⁹ “La Montaña”, *ídem*.

³⁰ En 1923, Leopoldo Lugones da tres conferencias en el Teatro Coliseo de Buenos Aires, alabando a Mussolini y al fascismo. Poco después, en Lima, proclamó que había llegado “la hora de la espada”.

los derechos de los extranjeros dentro del Partido. Hay que tener en cuenta que los extranjeros (inmigrantes en forma masiva y conformadores del proletariado de fines del siglo XIX en su mayoría) no tenían derechos políticos en el país.³¹ El Partido Socialista decide que sólo podrán votar internamente los que tengan derechos políticos; asimismo sólo podrán ser elegidos en puestos de dirección quienes se ciudadanicen, etcétera. Los colectivistas rechazan esta actitud y no concurren al segundo congreso. Poco después rompen con el Partido. Dice Falcón:

Los afiliados de Barracas no concurren al segundo congreso. Sin embargo otros centros disidentes sí lo hacen. Derrotadas sus posiciones en el Congreso, se unen a los ya escindidos de Barracas y en noviembre de 1898 realizan el Congreso constitutivo de la Federación Obrera Socialista Colectivista.³²

Los “socialistas colectivistas”³³ atacan en forma global a la política del partido, y acusan a Justo de alinearse con las posiciones de Bernstein. Esta escisión no es duradera y la mayoría de los escindidos volverán al partido poco tiempo después. Según Falcón, “la Federación Socialista Obrera Colectivista fue —en alguna medida— una especie de participación de la escisión de los sindicalistas que se produciría en 1906”

Si esta escisión sólo mostró las contradicciones internas del partido, en donde no están ausentes los argumentos de las disputas permanentes con los anarquistas en cuanto a las medidas a utilizar por la clase obrera en su lucha, y también en cuanto a la preponderancia

³¹ En Argentina en 1896 había 123.739 trabajadores empleados en empresas industriales, transportes y de la construcción, de los cuales 93.294 eran extranjeros y residían en Buenos Aires, según constata Alfredo Galletti, *La política y los partidos*. F.C.E., México, 1961, p. 56. Dice este autor: “De los 2.400.000 extranjeros que vivían en el país en 1914, el 81 % se había establecido en la zona oriental” (*op. cit.* p. 57). En 1914 los extranjeros eran el 29,9 % (la cifra que da el censo de ese año es de 2.357.952 personas) del total del país y en ese mismo censo se da como porcentaje de la población urbana el 51,6 % del total.

³² Falcón, Ricardo, “Lucha de tendencias...”, *op. cit.*, p. 76.

³³ La Federación Obrera Socialista Colectivista de 1898 la forman: Centro Socialista de Barracas al norte; Centro Socialista Carlos Marx; Sociedad de Curtidores y Centro de la Parroquia de Las Heras, según Jacinto Oddone, *op. cit.*, p. 211. A su vez formaron tres nuevos centros: Centro Socialista de Barracas al sur; Centro Socialista de Pilar; Centro Socialista Nueva Era. Pero esta Federación sólo tuvo vida durante un año aproximadamente.

de las luchas económicas o las luchas políticas, será recién la escisión de los sindicalistas revolucionarios de 1906 la que tendrá más importancia pues hubo previamente una discusión interna sobre problemas de principios, de tácticas, etc. Además, los sindicalistas revolucionarios fueron invitados a irse del Partido en el Congreso que se reúne en 1906. Si los sindicalistas revolucionarios son minoría en el partido, serán mayoría en la U.G.T., existente desde 1902, cuando los anarquistas se quedaron dominando a la F.O.A. fundada un año antes.

Ahora ya los socialistas tienen una banca en el Congreso Nacional desde 1904, cuando es electo diputado Alfredo L. Palacios: el parlamentarismo comienza a dar sus frutos. Los sindicalistas revolucionarios se irán del partido y desde la U.G.T. expondrán sus posiciones. De esta manera y teniendo en cuenta la existencia de la F.O.R.A. (Vº Congreso), quedarán plasmadas las tres corrientes del movimiento obrero argentino a principios el siglo XX: los socialistas reformistas, los sindicalistas revolucionarios y los anarquistas. Los marxistas "de izquierda", que reivindicaban las posiciones más avanzadas de la Segunda Internacional, desaparecen como tendencia y se da el caso de José Ingenieros que por ejemplo ya en 1910 escribe coincidentemente con la concepción de Justo, en lo esencial:

A mi juicio estos países latinoamericanos tienen que pasar por fases más avanzadas de la evolución económica capitalista antes de que sea posible la instauración de un régimen social fundado en la propiedad socializada de las fuerzas productivas.

Es oportuno señalar que Ingenieros ha sido levantado como paradigma de una posición revolucionaria y posteriormente rebelde, juvenil y de principios socialistas permanentes, por una literatura que trató de embellecer, no las primeras posiciones de Ingenieros, sino las que sostuvo a comienzos del siglo XX y que luego serán las de toda su vida, es decir un reformismo positivista, totalmente alejado del marxismo y que nada tenía que envidiar a Juan B. Justo.

Así valora Héctor Agosti, uno de los intelectuales más permanentes del Partido Comunista argentino, a José Ingenieros:

Ingenieros pudo hallar en su actividad socialista, apenas se hubiese curado el sarampión vocinglero de "La Montaña" la nueva orientación

“positiva” en cuya búsqueda consumió las energías mejores de su experiencia.³⁴

El “sarampión vocinglero” era precisamente las posiciones del socialismo revolucionario que defendió Ingenieros desde “La Montaña” contra Justo. Es evidente que Agosti prefiere al alumno aplicado de Justo y no al joven afectado de sarampión revolucionario.

Como delegado del Centro Universitario, Ingenieros concurreó el 13 de abril de 1895, a la fundación del Partido Socialista Obrero Internacional, y quedó señalado a los 18 años, para ocupar la secretaría del flamante comité central. Tres semanas después hablaba oficialmente en nombre de la entidad en la conmemoración del 1º de Mayo, y en octubre de ese mismo año era secretario de la Convención que en vez de “Internacional” denominó “Socialista Obrero Argentino”, al partido.³⁵

José Ingenieros escribió en “La Montaña”, subtulado “periódico socialista revolucionario”, lo siguiente:

La Revolución Social obedece pues, en primer término, a un cambio en el sistema de producción. Si la clase privilegiada fuese inteligente —cosa imposible porque el parasitismo trae consigo la degeneración— se adaptaría estoicamente a ella: pero la burguesía que por ser republicana es la más ignorante y ciega de todas las clases dominantes, es incapaz de comprenderlo, e intentará oponer la fuerza al desarrollo de la nueva organización social. El proletariado usará entonces la fuerza para expropiar a los explotadores. No puede en este caso haber dos líneas de conducta: la fuerza se combate con la fuerza.

No es extraño el juicio de Agosti que critica este sarampión juvenil y vocinglero, al que califica también de tormentoso y atropellante. Dice Agosti:

“La presunción de ortodoxia marxista, sin embargo, estaba más

³⁴ Agosti, Héctor, P. *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Ed. S. Rueda, Buenos Aires, 1950, p. 24.

³⁵ *Ibidem*, p. 50.

próxima a la retórica anarquista que cosa alguna”.³⁶ Lo que muestra solamente lo alejado del marxismo que está el propio Agosti.

Ingenieros dice: “La barricada es el altar del pueblo”. Y Agosti comenta que es un grito “con tempestuosos trémulos de socialismo dinamitero”. Es evidente que la ideología de la “coexistencia pacífica”, nuevo reformismo puesta en boga por el stalinismo, no puede aceptar la idea misma de la revolución socialista.

Es mucho más del gusto de los comunistas stalinistas argentinos el Ingenieros positivista y reposado, a pesar de que deban tragarse algunas frases molestas, pero en última instancia son frases que no comprometen. Dirá Ingenieros para el año 1910:

El concepto marxista de la dictadura obrera es un error sociológico: ninguna sociedad puede cambiarse bruscamente; no hay transformación repentina: son sueños de fanáticos y de ilusos. El concepto de la dictadura obrera tiene su origen en el anuncio marxista del mejoramiento rápido de la clase explotada: esa teoría ha sido uno de los errores más grandes propagados por los socialistas de antaño; la sostienen los retóricos del socialismo y los anarquistas. En cambio todos los sociólogos socialistas constatan que la transformación del capitalismo en un régimen socialista, que tenga por base la propiedad colectiva de los medios de producción, es un proceso lento y progresivo, que se opera de una manera constante e inevitable, algunas veces a pesar del proletariado mismo que es favorecido por él. Todas las instituciones —económicas, políticas, jurídicas, morales— evolucionan lentamente en sentido favorable al proletariado, enaltecéndolo y adaptándolo a condiciones de vida cada vez mejores.

Por ello Ricaurte Soler puede decir que para Ingenieros:

El marxismo debe reformarse en el sentido de un socialismo positivo, científicista, que tome en consideración las conclusiones más exactas de la ciencia, y en particular de las ciencias biológicas.³⁷

Consecuente con lo expresado antes, Ingenieros concluirá —mostrando la concepción evolucionista y fatalista del desenvolvi-

³⁶ *Ibidem*, p. 57.

³⁷ Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1968, p. 231.

miento social— justificando su reformismo al declarar: “Los hombres no hacen la historia y los socialistas no hacen el socialismo”.³⁸ El revolucionario de 1896-97 ha sido ganado por el positivista Juan B. Justo; a los efectos de este trabajo, es suficientemente con lo ya dicho.

Mientras tanto, en la socialdemocracia europea esta es la época en la cual irán definiéndose posiciones. A la división entre mencheviques y bolcheviques de la socialdemocracia rusa, le seguirá poco después el agudo enfrentamiento de 1914-15 cuando estalle la primera guerra mundial y se plantee el voto a los créditos de guerra por parte de los socialdemócratas, excepto las minorías que luego entrarán en la Tercera Internacional después del triunfo de la revolución Rusa de 1917, junto a los bolcheviques.

4.— La escisión de 1918

Existe un documento de primera importancia, aparte de “La Vanguardia” que sigue siendo el órgano oficial del Partido, para estudiar la escisión de los marxistas en 1918. Se trata del documento que aprueba en 1919 el Partido Socialista Internacional, que es enviado a todos los partidos integrantes de la Internacional Socialista y a todos los partidos socialistas. Lleva por título: “Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del partido Socialista Internacional”.³⁹ Lo tenemos a la vista para resumir lo esencial.

El Congreso del Partido Socialista se reúne los días 28 y 29 de abril de 1917. Allí se expresará la discrepancia que ahora se centra en la posición frente a la guerra. Ya la Segunda Internacional está desgarrada y la caída del zarismo en Rusia es un trasfondo en el cual los bolcheviques están camino al poder. La posición frente a la guerra divide al partido. La minoría del Comité Ejecutivo se hará mayoría del Congreso. La mayoría del Comité Ejecutivo y el grupo parlamentario piden que se les deje a ellos resolver cualquier cuestión sobre la guerra y fijar posición. Su argumento principal es que se debe garantizar por todos los medios el comercio de exportación de Argentina. La minoría del Comité Ejecutivo caracteriza a la guerra

³⁸ José Ingenieros en un artículo sobre “La evolución del socialismo en Italia” aparecido en 1906.

³⁹ Partido Socialista Internacional, *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, marzo de 1919, 67 páginas.

como capitalista y sostienen que “los intereses del país son los de la paz y del trabajo y no los de la guerra”, en palabras del delegado José F. Penelón. Los “internacionalistas” llamarán a Justo y su mayoría del Comité Ejecutivo como “guerreristas”. En el Congreso se vota la resolución sobre la guerra: la minoría obtiene 4204 votos y la mayoría del Comité Ejecutivo sólo 3564 votos. La maniobra estalla enseguida ya que la minoría real del Congreso —donde están Justo y los parlamentarios—, actúan desconociendo las resoluciones del Congreso Extraordinario. Entonces los internacionalistas van a formar el “Comité Pro-Defensa de las Resoluciones del III Congreso Extraordinario”, y al no aceptar la conminación de la dirección para disolverlo, serán expulsados por la minoría del Partido, dueña del aparato y del Comité Ejecutivo.

Dice Dardo Cúneo:

En los primeros días de enero de 1918 se reunirán los delegados de las agrupaciones expulsadas del Partido Socialista y que se habían organizado en torno del Comité Pro-Defensa. En esa Asamblea se constituye el Partido Socialista Internacional.⁴⁰

En el documento de los “internacionalistas”, ya citado, se pueden registrar las acusaciones que hacen a los socialistas:

- 1º El grupo parlamentario votó siempre los presupuestos de guerra y marina...
- 2º Pidieron en un proyecto la construcción de nuevos cuarteles, pretextando razones de higiene.
- 3º En otro proyecto aceptaban que la jornada de ocho horas de trabajo no rigiera en caso de guerra.
- 4º Colaboraron en proyectar un nuevo Código Militar.
- 5º Colaboró en la redacción de un nuevo Código Penal y su única disidencia fue en lo relativo al duelo.
- 6º Apoyaron un proyecto de legislación agraria en donde sólo contemplan la situación de los pequeños capitalistas. “Hablan despectivamente de los trabajadores del campo sin recursos, a quienes llaman descamisados”
- 7º Votó la ruptura de relaciones con Alemania e incitó a adoptar una actitud bélica.

⁴⁰ Cúneo, Dardo, *op. cit.*, p. 369.

8º Presentó un proyecto de divorcio en el cual se mantiene la cláusula reaccionaria de la separación de cuerpos. Asimismo aceptaron que el divorcio sólo se podría cumplir en “matrimonios unidos sin la intervención de la Iglesia Católica”

Las posiciones reformistas y revisionistas de los socialistas se suceden en la misma medida en que se van asimilando al parlamentarismo, ya no como principio sino como ejercicio real. Una a una van quedando atrás las tímidas formulaciones originales. El diputado Emilio Dickmann, director de “La Vanguardia”, afirma que las teorías marxistas son viejas y arcaicas (“La Vanguardia”, 1º de mayo de 1915).⁴¹ El diputado Mario Bravo se manifiesta nacionalista y no internacionalista.⁴² Ya no se habla de que la bandera argentina representa los intereses de las clases dominantes, sino que el pabellón nacional es la única bandera para los socialistas, etcétera.

Hacia 1912, cuando el reformismo es palpable la minoría que luego serán los internacionalistas sacan un periódico, “Palabra Socialista”, y en él critican que la dirección del partido está asumiendo las posiciones de Bernstein.⁴³

Refiriéndose al IIIº Congreso Extraordinario de 1917, señalan que uno de los problemas centrales que dividió a los participantes fue el de la guerra mundial. La minoría del Comité Ejecutivo acusó al grupo parlamentario de violar las decisiones partidarias por su posición pro ruptura. La minoría, ante las maniobras de la mayoría del Comité Ejecutivo que no respeta las decisiones del Congreso, forma el “Comité Pro-Defensa” de las resoluciones del IIIº Congreso Extraordinario y dice:

⁴¹ “La Vanguardia” del 10. de mayo de 1915, citada en el folleto de los internacionalistas, p. 8.

⁴² Sesión de la Cámara de Diputados del 15 de septiembre de 1916, citado en el folleto de los internacionalistas.

⁴³ Es interesante comparar la progresión de votos de la social-democracia en diversos países. Alemania en 1867-30.000 votos; en 1903-3 millones. Francia en 1893-440.000 votos; en 1904-800.000. Italia en 1895-40.000 votos, en 1904-300.000.

En la Argentina la progresión de la votación socialista fue la siguiente: en 1896 sacó 134 votos; en 1902-204 votos; en 1904-1257 votos (1 diputado); en 1906-3495 votos; en 1908-7462 votos; en 1912 dos diputados (uno con 35.000 votos y otro con 23.000 votos); en 1913-48.000 votos (tres diputados); en 1920-86.420 votos; en 1924-101.516 votos; en 1930 123.621 votos.

No podíamos permitir que el partido estuviera a merced de los parlamentarios y que el partido modificara sus ideas en homenaje a un grupo encumbrado para defender los ideales del partido, no para esclavizarlo ni para entregarlo maniatado a la burguesía. Preferíamos mil veces que se perdieran si fuera necesario todas las bancas, pero que se mantuvieran incólumes los principios de la Internacional. La determinación del grupo de no respetar la resolución del Congreso no podía ser más manifiesta.⁴⁴

Y más adelante:

Ellos, los violadores de la resolución del Congreso, los que arrasaron con el Estatuto, dictaron una resolución diciendo que la constitución del Comité Pro-Defensa de la Resolución del IIIº Congreso era ideal, disolvente y anarquizante y pidieron a los centros que tomaran contra los afiliados a aquel Comité, medidas disciplinarias.

En estas condiciones se va a realizar un Congreso de los centros disueltos y de las minorías expulsadas, y los días 5 y 6 de enero de 1918 van a constituir el Partido Socialista Internacional. Allí se aprueba una Declaración de Principios que es exactamente la misma del Partido Socialista aprobada en 1896, menos el último párrafo que ya se lo había quitado el Congreso de 1898, y que decía:

Que por este camino el proletariado podrá llegar al poder político, constituirá esa fuerza, y se formará una conciencia de clase, que le servirá para practicar con resultado otro método de acción, cuando las circunstancias lo hagan conveniente.⁴⁵

El “otro camino” o “el otro método de acción” que se reivindicaba en 1896, que ya fue suprimido en 1898 y que no sintieron la necesidad de incluir en su Declaración los Internacionalistas en 1918, es significativamente importante. Pues si bien era necesario mantenerse en la legalidad para poder dar una lucha, también era necesario dejar

⁴⁴ Folleto de los internacionalistas, ps. 37-38.

⁴⁵ La Declaración de Principios aprobada en 1896, así como otros importantes documentos se pueden consultar en Hobart Spalding, *La clase trabajadora argentina. Documentós para su historia 1890-1912*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1970.

abierto el “otro camino” de acción, que ahora quedaba ignorado.

El nuevo Partido Socialista Internacional dice, no obstante, algo muy significativo:

Sosteniendo que la colaboración de clases y la política de conciliación y oportunismo son trabas puestas en el camino recto conducente a la finalidad señalada por esta Declaración, el Partido Socialista Internacional llama al pueblo trabajador a alistarse en sus filas de partido de clase y desarrollar sus fuerzas y preparar su emancipación, sosteniendo el siguiente programa mínimo.⁴⁶

Uno de los puntos centrales aprobados por el P.S.I. y que estaba en relación directa con su polémica con los dirigentes reformistas, se refiere a la cuestión del nacionalismo. Adoptan una resolución especial sobre el nacionalismo donde declaran la incompatibilidad entre nacionalismo e internacionalismo y manifiestan en uno de sus puntos:

- 1º Que toda tendencia nacionalista, por más que se le califique de inteligente, sana y fecunda, por más que se la disfrace, es incompatible con las doctrinas en que se funda el socialismo y es antagónica con los intereses obreros que éste defiende y representa.⁴⁷

Y agrega también más adelante que el nacionalismo es la bandera bajo la que se cobijan “las clases privilegiadas que oprimen y explotan al pueblo trabajador”; afirmando: “6º. Que los llamados ‘intereses nacionales’ coinciden siempre con los intereses de las burguesías, pero nunca con los del proletariado de cada nación...”

Por fin, declara solemnemente que el llamado Partido Socialista no pertenece más al socialismo, ya que “se ha desviado de la recta socialista”.

Es decir, no sólo el Partido Socialista se ha plegado a la concepción revisionista prevaleciente en la Segunda Internacional, sino que en concreto ante la guerra mundial de 1914 su actitud ha sido la misma que la de la socialdemocracia europea que se mantuvo en esta Internacional. La ruptura con ella por parte de los bolcheviques rusos, se

⁴⁶ Folleto de los internacionalistas, p. 51.

⁴⁷ Folleto de los internacionalistas, p. 52.

expresa en la Argentina en la aparición y desarrollo de los internacionalistas, que van a dirigirse en marzo de 1919 a la nueva Internacional fundada por Lenin. La guerra y la revolución rusa habían servido para acelerar las definiciones entre los socialistas argentinos, pero esas definiciones en 1918 fueron la conclusión de una lucha constante entablada dentro del partido socialista desde su mismo primer congreso de 1896.

Si en 1896 los reformistas estaban en minoría, pronto coparon la mayoría en 1898 y luego la lucha siguió con los colectivistas, con los sindicalistas, con los que defendían una concepción marxista y enfrentaban el revisionismo bernsteniano y por fin, ante la guerra mundial y la revolución rusa, con los internacionalistas. El pensamiento socialdemócrata —socialista y reformista— se quedó con la sigla del partido, pero también se quedó para siempre prisionero de ese reformismo, que lo hizo incluso apoyar el golpe militar contra Yrigoyen en 1930 y la Unión Democrática en 1946. Es obvio que no se trata aquí de seguir la actividad de los internacionalistas. Son el antecedente del partido comunista y los comunistas afirman que el Congreso del 5 y 6 de enero de 1918 donde se constituyó el P.S.I. “fue el Congreso constitutivo de nuestro partido”.⁴⁸

En este Congreso estuvieron presentes 76 delegados de la Capital Federal, provincia de Buenos Aires y Córdoba. Poco después se agregan otros centros.

El Manifiesto de fundación del partido explica a la clase obrera y al pueblo su razón de ser con las palabras siguientes:

No existía pues el verdadero Partido Socialista de la República Argentina. Acabamos de fundarlo. El Partido Socialista ha expulsado de su seno, deliberada y concientemente, al socialismo. No pertenecemos más al Partido Socialista. Pero el Partido Socialista no pertenece más al Socialismo.

Denunciar esta verdad a los trabajadores y fundar el verdadero Partido Socialista Internacional son deberes morales imperativos a los cuales no podemos sustraernos sin traicionar cobardemente al proleta-

⁴⁸ Partido Comunista, *Esbozo de Historia del Partido Comunista*, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1947, p. 25.

Ya en el mes de agosto anterior habían fundado “La Internacional” y la “Revista Socialista”, en donde proclamaban que su objeto era “difundir el socialismo sobre la base de la lucha de clases, el internacionalismo y la crítica marxista de la sociedad burguesa”

riado y a nuestra conciencia socialista. Lucharemos en defensa de los intereses de los trabajadores... Pero cuando breguemos por el programa mínimo será a condición de abonarlo, de empaparlo por decirlo así, en la levadura revolucionaria del programa máximo, consistente en la propiedad colectiva, por cuya implantación a la mayor brevedad, lucharemos sin descanso y sin temores.

Trabajadores. La barbarie capitalista ha cometido su crimen más nefando y abominable, al desencadenar la guerra mundial. Ningún sacrificio más cruento e inhumano. Demuestra él, como dice el Manifiesto de Zimmerwald, que el capitalismo no sólo no es compatible con el socialismo, sino ni con las condiciones más elementales de toda la comunidad humana...⁴⁹.

Continúa el Manifiesto condenando al imperialismo y planteando una posición revolucionaria acorde con las enseñanzas de la revolución rusa de 1917. Es de destacar que esta concepción será abandonada por el futuro Partido Comunista a partir de la era stalinista, aún cuando se reclame al Congreso de enero de 1918 como su propio Congreso de fundación.

Los internacionalistas participarán en los grandes movimientos huelguísticos de esa época (huelgas ferroviarias, de Vasena en la Semana Trágica de 1919, etc.); asimismo participarán en el movimiento de la Reforma Universitaria iniciado en Córdoba en junio de 1918, cuya proyección continental es de gran envergadura.⁵⁰

Dentro del Partido Socialista aún quedaba un sector opositor a los planteos ideológicos y programáticos de la mayoría de Justo. Son los llamados "terceristas" en ese momento. El Partido Socialista realiza un Congreso a fines de 1920 y rechaza la moción de los "terceristas" de adherir a la Tercera Internacional. Estos "terceristas" se nuclean fundamentalmente en el grupo "Claridad", del cual forman parte Carlos Mauli, Silvano Santander, José Semino, Orestes Ghioldi, José P. Barreiro, entre otros muchos. Sin embargo la figura más destacada del grupo es Enrique del Valle Iberlucea, que era entonces senador electo del Partido Socialista.

El Partido Socialista expulsó a los "terceristas" después del Congreso, aún cuando su proposición obtuvo 3656 votos contra

⁴⁹ Partido Comunista, *Esbozo...*, *op. cit.*, ps. 24-25.

⁵⁰ Si en 1917 y 1918 había habido 136.062 y 133.042 huelguistas respectivamente, en 1919 su número se eleva a la cifra de 308.967, y muestra el auge del movimiento reivindicativo social del momento, que goza de la coyuntura mundial favorable, señalada por el fin de la guerra y el triunfo de la revolución rusa.

5013 de la mayoría reformista. Al ser expulsado el grupo "Claridad" y centros y militantes que habían promovido aquella proposición, del Valle se rehúsa a seguir a los expulsados. Sin embargo defendió a la revolución rusa y en 1921 el Senado aprueba su desafuero. Muere en ese mismo año de 1921.

El P.S.I. hace, por su lado un Congreso los días 25 y 26 de diciembre de 1920 y allí se decide cambiar el nombre por el de Partido Comunista, aceptándose las 21 Condiciones de Ingreso a la Internacional Comunista. Los "terceristas" hacen por su parte un Congreso los días 26 y 27 de febrero de 1921, donde por mayoría se decidió la adhesión incondicional al nuevo Partido Comunista.

De esta manera, a comienzos de 1921, quienes vienen del viejo tronco del socialismo genérico del siglo XIX, básicamente socialdemócrata, llegarán a delimitar las dos posiciones en que también a nivel internacional queda dividida la socialdemocracia. Por un lado la Segunda Internacional que seguirá llamándose socialdemócrata, asumiendo plena y abiertamente su concepción reformista, revisionista del marxismo, que vota los créditos de guerra y basa su acción en el parlamentarismo y lucha por el programa mínimo como estrategia. Por otro lado la Tercera Internacional que con la revolución rusa se plasma a partir de las tendencias que, en las primeras décadas del siglo XX, ha enfrentado a la anterior concepción dentro de la socialdemocracia, que mantuvieron una posición revolucionaria, de defensa del marxismo; y que producirán el proceso histórico de la revolución rusa de 1917. En la Argentina, socialistas y comunistas quedan así identificados con sus afines internacionales de ese momento.

Hasta aquí llegamos. Otro problema es la historia posterior de ambas corrientes. Hubo muchos desencuentros entre ambos, pero hay que destacar que también hubo muchas coincidencias entre ellas en el futuro de la historia argentina y de su movimiento obrero, especialmente a partir del VIIº Congreso de la Internacional Comunista.

Crisis y reestructuración productiva en América Latina

**(Una aproximación a la catástrofe
social que vive América Latina)**

Alejandro Dabat

En las condiciones de crisis generalizada que vive la región, se está desarrollando un proceso de reestructuración de la producción que —aunque en un nuevo marco económico, tecnológico y político— constituye una profundización de procesos iniciados hace un cuarto de siglo, con el paso de la mayor parte de la organización socio-económica, a un estadio superior del desarrollo del capitalismo. Con independencia de los aspectos más o menos progresistas de la reestructuración en curso, como podría ser la búsqueda de un elevamiento de la productividad social del trabajo o la modernización de la infraestructura productiva, sin embargo, también trae consigo un deterioro sustancial de la producción y asignación de bienes y servicios consumidos por las grandes masas de la población de nuestros países, llegando a afectar —como lo comprueban numerosos estudios sobre mortalidad infantil, desnutrición, aumento del alcoholismo y delincuencia o la deserción escolar— las propias condiciones sociales, culturales y biológicas de la fuerza de trabajo.

El presente trabajo trata de buscar una explicación al fenómeno en el análisis de las condiciones materiales de la reproducción del capital en la fase actual, y en su anudamiento con las nuevas condiciones internacionales, omitiendo expresamente la consideración de los factores propiamente subjetivos (ideológicos, políticos) que, aunque muy importantes, operan a partir del marco material conformado por la dinámica y contradicciones objetivas del sistema social prevaleciente. Aunque nuestro propósito es analizar las fuerzas objetivas que actúan en el presente, para una mejor ubicación de las mismas y una más adecuada precisión del marco teórico

metodológico de nuestro trabajo, comenzaremos nuestro análisis haciendo una comparación con un período más conocido y estudiado de la historia reciente de América Latina, el que la CEPAL llamó de “crecimiento hacia adentro” o de “sustitución de importaciones”

Industrialización ligera y reproducción de fuerza de trabajo

Limitándonos a una síntesis extremadamente apretada, y por lo tanto incompleta, puede decirse que a partir de la década de los treinta hasta la segunda mitad de los 50, tuvo lugar en América Latina el comienzo de su proceso de *industrialización moderna*,¹ que abarcó a los países más grandes y económicamente desarrollados (Argentina, Brasil, Chile, México, Colombia). Si bien este proceso atravesó por diferentes estadios, que expresaron sucesivos niveles de maduración de la acumulación capitalista, es posible establecer rasgos comunes al conjunto de la etapa.

Durante este período se desarrolló una industria específicamente fabril, productora de bienes de consumo no duradero (textil, alimenticia, maderera) y de bienes de producción para la construcción (cemento, metalurgia liviana, etc.) caracterizada por el uso de tecnología “tradicional”, baja composición orgánica de capital, utilización de materias primas de origen nacional y débiles economías de escala, orientada casi exclusivamente hacia mercados internos altamente protegidos por tarifas arancelarias

¹ Utilizamos aquí el concepto “industrialización” como diferente al de establecimiento de plantas industriales o simple crecimiento de la producción industrial, ya que nos referimos a un proceso social global caracterizado por la extensión de la base fabril a la gran mayoría de los procesos de transformación (artesanía doméstico-rural, artesanía urbana orientada al mercado o manufactura capitalista); a la conversión de la producción industrial fabril en el eje de la reproducción del capital social, en la aparición del capital social, en la aparición de la burguesía industrial (cualesquiera sean sus nexos con otras clases y fracciones de clase); y la clase obrera moderna como principales categorías sociales conformadoras de la estructura de clases. De acuerdo con esta concepción, existió en América Latina una importante industria moderna desde fines del siglo pasado que —como con entera razón plantean autores como Salomón Kalmanovitz— constituyó el punto de partida de un proceso ulterior que no partió de cero. Pero sólo existió un verdadero proceso de industrialización moderna a partir de las nuevas condiciones generadas por la crisis de los 30.

prohibitivas y licencias de importación. Dicho proceso tuvo lugar a partir de una infraestructura de transportes, comunicaciones y energética atrasada y de un sistema educacional y ocupacional preindustrial.

En términos del desarrollo del mercado y la generación de excedentes que financiaran el desarrollo, la explicación tradicional difundida por la CEPAL, adoptó como punto de partida las consecuencias de la “sustitución de importaciones”, que hizo posible la ocupación progresiva del mercado interior (antes ocupado por las importaciones de bienes de consumo) por la industria nacional de cada país y el consiguiente elevamiento del empleo industrial y urbano, que implicó un traslado de población del campo a la ciudad y constituyó la base de la ampliación de la demanda. Conforme este tipo de concepción, el financiamiento de la industrialización se basó en la conjunción de factores vinculados a la ampliación de la demanda y el elevamiento de la rentabilidad generado por el alto margen de protección externa² y el ulterior elevamiento de los precios, la asignación promotora del Estado a partir de instrumentos tales como el desarrollo del crédito público a tasas de interés negativas, el establecimiento en algunos países del control y los diferenciales de cambio o el establecimiento de diferentes formas de subsidios fiscales indirectos a partir del gasto público deficitario cubierto por medio de la emisión monetaria.

Pero ese primer nivel de explicación es completamente insuficiente porque no permite identificar la fuente social primaria de la generación de recursos, tanto en términos internos como externos, pues las propias porciones del mercado interno de bienes de consumo quitadas a la industria de los países avanzados por la sustitución de importaciones, fue más que devuelta bajo la forma de medios de producción. Una respuesta adecuada debe explicar el origen de los

² Esta y todas las cuestiones referidas a la explicación de las fuentes de las altas tasas de rentabilidad empresarial de la época, son un tema completamente descuidado por los autores cepalinos. Más bien son autores como Reynolds y Vernon en el caso de México, o autores latinoamericanos no formados en el pensamiento regional como Díaz Alejandro (estudios sobre Argentina), los que tratan el tema, que está directamente vinculado a la prematura estructuración de mercados oligopólicos determinados por la conjunción entre protección arancelaria y cambiaria y otras formas de subsidio al capital. En tal sentido resulta extremadamente interesante el análisis que efectúa recientemente Canitrot sobre la economía argentina “Teoría y Práctica del Liberalismo” donde establece la relación que guardan la determinación oligopólica de precios, tasas de protección y tipo de cambio en ese país.

recursos de los compradores que pagaron precios muy altos por los productos industriales nacionales y demás bienes y servicios encarecidos por la inflación y —sobre todo— de los recursos reasignados por el Estado con base en mecanismos fiscales, monetarios y cambiarios, pues sin ellos el nuevo capital industrial no habría podido generar los empleos y las compras de medios de producción efectuadas ni, mucho menos, haber garantizado temporalmente altas ganancias.

Si eliminamos del análisis la consideración de la evolución de los términos del intercambio,³ las fuerzas que determinaron el proceso de liberación y reasignación de recursos que hicieron posible la rápida irrupción del proceso de industrialización, son el resultado de la notable aceleración de los procesos de acumulación capitalista originaria⁴ que tuvieron lugar en los países donde los mismos se hallaban más desarrollados, en las condiciones de drástica alteración de la estructura de precios relativos generados por la coyuntura internacional (crisis y guerra) y la emergencia de un capitalismo de Estado premonopolista, francamente orientado hacia el impulso a la industrialización.

El proceso de acumulación originario de capital consiste, como es sabido, en el fenómeno de ruptura del “complejo rural autosuficiente” constituido por la economía campesina (unidad de recolec-

³ A partir de la década de los 30 los términos del intercambio regional cambian en diferentes sentidos, por lo que no pueden considerárselos como un factor que actúe en un solo sentido. Se derrumban hasta 1934-35, mejoran considerablemente hacia 1935-39, caen fuertemente durante la guerra y tienen un crecimiento explosivo entre 1946 y 1954. Si hubiera que efectuar una síntesis podría decirse que el derrumbe inicial crea condiciones favorables para la reorientación de la producción lo mismo durante la guerra, y que los mejoramientos ulteriores favorecen el equipamiento impuesto por el arranque inicial.

⁴ “Sólo la gran industria aporta, con la maquinaria, la base constante de la agricultura capitalista, expropia radicalmente a la inmensa mayoría de la población del campo y remata el divorcio entre la agricultura y la industria doméstico-rural, cuyas raíces —la industria de hilados y tejidos— arranca. Sólo ella conquista por tanto el capital industrial que necesita el mercado interior íntegro” (Marx *El capital*. I, cap. 24). En Inglaterra la culminación del movimiento de los “cercamientos” se dio recién hacia 1810, en pleno proceso de generalización de la revolución industrial a la industria textil (Mantoux, *La revolución industrial en el siglo XVIII*). La peculiaridad del caso de América Latina no consiste por lo tanto en su conjunción con el comienzo de la industrialización, sino —como en el caso de Italia o Japón— con la prolongación del proceso prácticamente hasta el presente en países como Brasil o México, aunque ya completamente subordinado a la acumulación propiamente capitalista, en una posición cada vez más marginal en relación a ella.

ción, producción agraria de autoconsumo y artesanía doméstica, sólo integrada complementariamente al mercado) que da lugar a la separación del campesinado de la tierra y los medios de producción, a la conversión de su fuerza de trabajo y sus anteriores condiciones de producción de mercancías para su intercambio con la producción industrial capitalista, de la que pasan a ser sus componentes. Si bien se trata de un proceso extremadamente largo y gradual, la disolución, puede llegar como resultado del avance de la gran industria.

Durante el arranque de la industrialización moderna en América Latina (años 30 y 40) el proceso expuesto juega un papel decisivo. En México la parte de la producción agraria dirigida al autoconsumo desciende entre 1940 y 1950 de casi la mitad del producto total a menos del 20 %, lo que constituye un fenómeno claramente extensivo al noroeste, el litoral argentino y el campo brasileño. La expulsión de población rural es muy importante en la mayoría de los países, destacándose los que atraviesan por procesos de industrialización y/o urbanización (como es el caso de Venezuela, donde el auge petrolero estimula el rápido crecimiento urbano). En los países que cuentan con fuerza de trabajo rural de reserva muy amplia como Brasil o México,⁵ los salarios reales caen en forma impresionante ante la oferta inagotable de trabajo a precio barato. En los países previamente urbanizados y de muy débil reserva de fuerza de trabajo rural, como Argentina y Chile, la tendencia fue distinta, ya que la oleada más débil de trabajo migratorio sólo permitió impedir el elevamiento de los costos salariales entre 1935-44, los que se dispararon hacia arriba a partir de entonces, explosivamente en Argentina y más suavemente en Chile.⁶ En términos generales independientemente del juego de las fuerzas del mercado laboral y la correlación política de clases, el valor de la fuerza de trabajo tendió a deprimirse especialmente en los primeros años como resultado de hábitos de consumo inicialmente bajos de los

⁵ Para México puede verse Merlo, *El costo de la vida* y López Rosado y Noyola, *Los salarios reales en México*; para el caso de Brasil puede verse O. Ianni, *Estado e Planejamento Econômico do Brasil*.

⁶ Para la evolución del salario real argentino puede verse Díaz Alejandro, *Ensayos sobre la historia económica de Argentina*, y para un análisis de los factores específicos que intervinieron en el caso argentino Dabat y Lorenzano, *Conflicto Malvinense y Crisis Nacional*. Para conocer las series históricas de salarios en el caso chileno, puede verse J. Ramos, *Política de Remuneraciones en Inflaciones persistentes. El caso chileno*.

nuevos trabajadores, complementación entre el salario urbano y el ingreso rural-familiar de parte de la familia o los costos iniciales industriales, que por ese entonces tuvo lugar sobre zonas relativamente vacías de población.

El papel del Estado como reasignador de fondos fue muy importante en todos los países, a partir de los siguientes mecanismos: a) Apropiación de una parte sustancial de la renta del suelo a partir de medidas fiscales y cambiarias, de reformas agrarias (caso mexicano), nacionalizaciones y creación de agencias comerciales de carácter público. Merece especial consideración el caso de la renta urbana, muy poco estudiado, pero que implicó en muchos casos la expropiación de una vieja clase de rentistas y casatenientes en beneficio de la acumulación industrial; b) Centralización financiera a partir de una nueva banca estatal de fomento y de diversas agencias promotoras del proceso de industrialización, que tendió a desplazar a la vieja banca vinculada tradicionalmente al capital agroexportador, así como al capital usurario en el campo; c) Expropiación por medio de inflación de los rentistas en dinero perceptores de ingresos fijos; y d) Comienzo de apropiación de las sobreganancias de monopolios obtenidas por el capital extranjero en el sector agroexportador por vía de las nacionalizaciones y los impuestos. En su conjunto, se trata de medidas de centralización de las diversas formas del excedente económico diferentes a la ganancia empresarial del capital industrial, a los efectos de su capitalización en la industria en desarrollo a partir de la conformación de una nueva burguesía de rasgos fuertemente “burocráticos” enfrentada a las viejas formas dominantes del capital. Fenómeno que estuvo en la base de la ruptura de los tradicionales bloques de poder y el desarrollo de los modernos movimientos populistas.

La “industrialización sustitutiva” se agota hacia mediados de los 50, cuando comienzan a conjugarse las consecuencias del “estrangulamiento externo” (caída drástica de los ingresos de las exportaciones primarias, cuando más tienden a crecer los requerimientos de importación) con los de la “crisis de ahorro” (descenso de la generación de excedentes internos, en momentos en que resulta más necesario ampliar el coeficiente de inversión). Si bien la magnitud de la crisis varía de país a país, y es bastante mayor en los países que contaban con una baja tasa de plusvalor por sus altos salarios (casos de Argentina y Chile), en todos los casos que analizamos está expresado el agotamiento de las viejas fuentes de financiamiento y de la modalidad de acumulación extensiva en que se basó el crecimen-

to, sustentado en la expansión del mercado y el empleo más que en la expansión de equipo productivo moderno, tecnología y desarrollo de una infraestructura eficiente de transportes, comunicaciones y capacitación de fuerza de trabajo.

Industrialización pesada, acumulación intensiva y reestructuración de la fuerza de trabajo

Tras un período de transición de desigual duración en los diferentes países, caracterizado por la agudización de la lucha de clases y las pugnas interburguesas, tienen lugar en los años 60 cambios fundamentales en la estructura productiva regional. La base industrial de los países ya considerados sufre una rápida transformación dando lugar al desarrollo de industrias pesadas productoras de medios de producción, de medios de transporte y equipo de producción ligero, mecánico y electrónico. Conjuntamente, comienza a extenderse ampliamente la construcción de una infraestructura energética moderna, a modernizarse los servicios y a transformarse muy desigualmente la agricultura a partir del desarrollo de la agroindustria y el avance acelerado de la mecanización. Mientras ello sucede en los países más desarrollados (especialmente Brasil, México y Argentina), la mayoría de los países de la región se incorporan tardíamente al proceso de industrialización, especialmente Venezuela, Perú, Ecuador, República Dominicana y el área del Mercado Común Centroamericano. Algunos de estos países, como Venezuela y en menor medida Perú, conjugan el tipo de industrialización sustitutiva desarrollada por los países más adelantados 20 o 30 años antes, con considerables avances en la nueva.

La transformación expuesta tuvo múltiples consecuencias económicas. En primer lugar requirió una alteración sustancial de las tasas de acumulación. Como consecuencia del elevamiento sustancial de la composición orgánica media y el alargamiento de los ciclos de rotación del capital, la ocupación de una determinada cantidad de trabajadores demandó cantidades crecientemente elevadas de inversión. En los países más industrializados de la región la inversión bruta fija, que entre 1950 y 1954 había demandado entre un 9 % y un 15 % del PIB⁷ se eleva hacia comienzos de la déca-

⁷ Aparentemente la excepción pareciera ser Argentina, ya que —conforme a las cifras de su contabilidad nacional— la inversión fija bruta habría significado entre

da de los 70 a niveles que oscilan entre el 20 y el 25 % del mismo. Como las nuevas inversiones se desplazan hacia ramas nuevas, basadas en tecnologías relativamente avanzadas y el uso de insumos que no se producen originariamente en el país (caso de la química orgánica, partes y componentes de las industrias metalmecánicas, etc.) tienden a elevarse muy rápidamente los coeficientes de importación y las transferencias de tecnología. A este hecho se le suma el agotamiento de los procesos sustitutivos de importaciones en los sectores de bienes de consumo y medios de producción tradicionales (insumos básicos fundamentalmente como el cemento, el acero o los componentes químicos inorgánicos) lo que impele a los gobiernos y a las empresas a lanzarse a una frenética carrera en torno a la obtención de fondos y divisas adicionales.

La obtención de fondos nuevos tiene lugar recurriendo a expedientes internos y externos. En el plano interno de cada país se conjuga el elevamiento de las cargas impositivas, la implantación de políticas de ingreso y el estímulo a la intermediación financiera y la centralización del capital. En el plano externo se establecen regímenes promocionales para la inversión extranjera directa; comienza a recurrirse a ritmos cada vez más desmedidos al endeudamiento con la banca privada internacional, y se instauran sistemas de estímulo de importancia variable a las exportaciones no tradicionales, que en muchos casos implican importantes subsidios pagados con el financiamiento público o transferencias de ingresos de otros sectores. Conforme a las posibilidades de cada país, se establecen asimismo distintos regímenes para la promoción del turismo u otros expedientes de obtención de divisas.

El conjunto de estos procesos cuyo punto regional de arranque debe situarse hacia fines de la década de los 50, empalman hacia mediados de la década siguiente con los acelerados cambios que se operan en la economía internacional, en el contexto del proceso

1950 y 1954 un 18 % medio en relación al PIB. Pero se trata solamente de una de las tantas paradojas de la contabilidad, permanentemente sesgada por la distorsión de los precios relativos, ya que la cifra mencionada resulta del desmedido encarecimiento de los precios de los componentes de la formación bruta de capital en relación al resto de los precios internos. Si tenemos en cuenta que el precio de los primeros se eleva en un 833 % entre 1935 y 1950, contra sólo un 400 % del deflactor implícito del PIB, tenemos que el monto de la inversión fija bruta a precios de 1935 se reduce (para los años 1950-54) a una cifra cercana al 9 % del PIB, o sea una cifra similar a la de Chile (Los datos de los precios implícitos son tomados de Díaz Alejandro, ob, cit).

ampliamente conocido de internacionalización del capital. Al compás del vertiginoso crecimiento del mercado del “eurodólar”, de los avances de la “nueva división internacional del trabajo”, de la rápida expansión de la empresa transnacional, de la aceleración de los flujos migratorios de fuerza de trabajo y de otras múltiples expresiones de internacionalización de la vida económica y social (boom turístico, auge desconocido del tráfico de estupefacientes, mundialización del mercado de las marcas y patentes, etc.) se produce un ajuste coyuntural entre las exigencias internas de la acumulación de nuestros países y las nuevas condiciones internacionales que las favorecían.⁸

Aparte de hacer posible el elevamiento de los coeficientes de inversión e importación, las nuevas condiciones internas e internacionales tornan posible una transformación cualitativa de la estructura del capital y la fuerza de trabajo. Las empresas transnacionales pasan a ocupar una importante posición en las ramas más dinámicas de la industria manufacturera y la agricultura industrial, produciendo principalmente para los mercados internos, y en medida creciente, para la exportación (generalmente, como parte de la segmentación internacional de los procesos productivos intra-empresa). El gran capital privado de base nacional se articula en grupos financieros, que centralizan intereses industriales, bancarios, agrarios y comerciales bajo una misma unidad de propiedad y gestión,⁹ tiende a absorber y subordinar al pequeño y mediano capital y a transnacionalizarse aceleradamente bajo diferentes formas: adquisición y arrendamiento de marcas y patentes, coinversiones con capitales extranjeros, exportaciones hacia nuevos mercados e inversiones de capital en el exterior, ya sea bajo una forma

⁸ Para un desarrollo “in extenso” de nuestra concepción sobre este punto, ver nuestro trabajo *La economía mundial y los países periféricos a partir de la segunda mitad de la década de los 60* en revista “Teoría y Política” No. 1.

⁹ Utilizamos el término “capital financiero” para mencionar la parte del capital social total articulada en torno a núcleos de propiedad accionaria y control financiero, que centralizan en sus manos la dirección de múltiples unidades empresariales ubicadas en diversas ramas de los negocios, a partir de una lógica grupal (supra-empresarial en el sentido estricto del término). Dentro de esta concepción resulta completamente secundario el carácter bancario (grupos estructurados en torno a bancos o grupos poseedores de bancos) o no bancario del grupo, lo que constituye modalidad del mismo. Ver al efecto el trabajo de Jorge Basave, *Capital financiero y expansión bancaria*, revista “Teoría y Política” No. 5. Enero-marzo 1983.

empresarial (directa) o como simple colocación de activos financieros varios.

Dentro de ese proceso general los Estados latinoamericanos de los países más adelantados tienden a jugar un nuevo papel en la reproducción del capital nacional global (incluyendo aquí al conjunto del capital invertido en cada país, sea nacional o extranjero). En primer lugar, tienden a desarrollar una importante área de empresas públicas industriales, productoras esencialmente de insumos básicos, en menor medida de bienes de producción y crecientemente de armamentos. El peso de estas áreas tiende a ubicarse entre el 10 y el 20 % del producto industrial en México, Brasil, Argentina, Chile o Venezuela, lo que hace que el peso total del sector público en las economías nacionales (considerando asimismo los servicios públicos: la banca estatal, las empresas comercializadoras, etc.) tienda a ser muy grande. El papel de las empresas públicas ha estado dirigido prioritariamente durante la etapa que analizamos a subsidiar indirectamente a la empresa privada mediante la provisión de insumos y servicios a precios de costo o por debajo de él. En segundo lugar, la empresa pública pasó a ser el principal intermediario entre los ingresos de capital extranjero y la inversión en el país a partir de dos modalidades principales: el endeudamiento en los mercados internacionales (forma principal) y la empresa mixta con el capital extranjero (forma complementaria).

En cuanto a la naturaleza de la fuerza de trabajo y las modalidades de su subordinación al capital, también existieron cambios muy importantes. Surgió una nueva clase obrera mucho más concentrada y culta (como resultado de los nuevos requerimientos de escolaridad y peso de ramas industriales que exigían una proporción más alta de trabajo calificado) sometida a regímenes de trabajo mucho más intensivos, y las condiciones más favorables de sindicalización y obtención de conquistas en los sectores industriales de punta en donde el impacto de los desembolsos salariales constituían una parte más reducida de los costos empresariales y cuyo mercado laboral estaba menos presionado por la abundante oferta de fuerza de trabajo simple que de otros sectores de la industria y los servicios. A ello se le agregaba la existencia de un sector amplio de trabajadores de los servicios de un nivel de calificación laboral muy superior a los tradicionales servicios personales (trabajo doméstico, gastronómico, etc.) y la particular problemática de la reproducción de trabajo en las grandes aglomeraciones urbanas, en condiciones de sobrepoblación reciente y fuertísima

presión sobre el suelo urbano y los servicios escasos (luz, agua, drenaje, vivienda),¹⁰ especialmente en las nuevas barriadas populares donde se concentraba el grueso de los trabajadores intermitentes de la ciudad. Como resultado de todo ello tenía lugar una amplísima presión social por el acceso a los nuevos servicios y bienes de consumo (electrodomésticos, de transporte, etc.) “que, en conjunción con el fortalecimiento de la capacidad de organización de importantes sectores tiende a generar un fuerte incremento de los ingresos necesarios para reproducir la nueva fuerza de trabajo, tanto del salario monetario como del llamado “social”.¹¹ En términos de salario monetario real, se advierte en los diversos países una tendencia apreciable al alza. En México los salarios reales medios de los trabajadores industriales se elevan persistentemente entre 1958 y 1976, mientras que en Brasil la tendencia fue cortada drásticamente por el golpe militar de 1964 y una política sistemática de contención salarial, sin que ello obstara a la ampliación cada vez mayor de la presión reivindicativa. En Argentina —donde la tendencia al alza había comenzado bastante antes inducida por otro tipo de causas— su reaparición se volvió a manifestar una y otra vez tras cada golpe de la reacción patronal y gubernamental contra las condiciones de vida de los trabajadores (1959, 1963, 1966/68, 1976/82).

El conjunto de los fenómenos mencionados se concretó en una nueva modalidad de acumulación de naturaleza intensiva,¹² caracteri-

¹⁰ Para las nuevas condiciones de reproducción del trabajo asalariado se dan más elementos en nuestros trabajos *La evolución de los salarios reales de la clase obrera mexicana en la década de los 60*, revista “Problemas del Desarrollo” No. 33 y *La economía mundial y los países periféricos*, Ob. Cit. apartado II-d. Sobre la reproducción global de la fuerza de trabajo urbano puede verse Moctezuma y Navarro. “Teoría y Política” No. 2.

¹¹ En un estudio (*Reproducción de la fuerza de trabajo y desarrollo*) Paul Singer demuestra que la demanda de nuevos productos por los obreros paulistas en la década de los 60 tuvo tal magnitud, que sus gastos de transporte, equipamiento doméstico (principalmente televisores y otros equipos electrónicos) y educación y cultura se elevaron considerablemente a pesar de la caída del salario real del orden del 10 % entre 1958 y 1979 y a costa de una brutal compresión en los gastos de alimentación que se manifestó en la degradación física de la clase obrera (tendencia constante a la desnutrición y al incremento de la mortalidad infantil. Situación, obviamente, que sólo puede explicarse por la existencia de un régimen político terrorista.

¹² Llamamos modalidad intensiva de acumulación de capital, al proceso basado en el elevamiento permanente de la composición técnica del capital y la explotación intensiva de la fuerza de trabajo por la vía del elevamiento sistemático de la productividad y el desarrollo de los métodos de trabajo propios del taylorismo y el fordismo.

zada por un tipo de crecimiento basado en el incremento de la productividad del trabajo más que por la mera extensión del mercado y la ampliación del volumen de la producción y el empleo (o modalidad extensiva, predominante hasta antes de la década de los 60 en los países más desarrollados de la región y todavía prevaleciente en el resto). La lógica de esa modalidad supone no sólo el incremento permanente de la productividad del trabajo en los sectores industriales dinámicos, sino también el revolucionamiento progresivo del resto de los sectores productivos y circulatorios, así como el propio aparato del Estado para hacer posible dos tipos de objetivos sin cuyo alcance no puede funcionar el sistema: (a) el elevamiento permanente de la densidad (composición) del capital; y (b) el ascenso del excedente generado por trabajador, por encima del incremento de la composición del capital, para que el movimiento (a) no se traduzca en caída de la rentabilidad del capital y caída de la inversión, generándose a partir de allí una crisis global de sobreproducción,¹³ conforme tendería luego a suceder en los distintos países.

El desarrollo de la nueva modalidad de acumulación expresó en términos sociales, la dominación económica y hegemonía político-

Tal modalidad de acumulación tiende a imponerse necesariamente a algún nivel de desarrollo del proceso de industrialización, en conjunción con la reestructuración de otros aspectos de la relación capitalista, tales como la expansión del crédito y el capital financiero, la extensión de la gran empresa, la modernización del Estado, la internacionalización del capital, etc. Ello sucede cuando se agota el impulso inicial del crecimiento capitalista predominantemente extensivo y la continuidad de la expansión económica requiere cada vez más del abaratamiento sistemático de costos. Esto no implica, por cierto, y en países con importantes reservas de fuerza de trabajo barata y subsistencia de bolsones de producción precapitalista, que durante un largo período histórico el desarrollo capitalista intensivo se conjugue e interrelacione con formas extensivas y aún "primitivas" (originarias). Para una aproximación al estudio de esta modalidad de acumulación en América Latina, puede verse Rivera y Gómez, México, *Acumulación y crisis*, revista "Teoría y Política" número 2, Lipietz, *¿Hacia una mundialización del fordismo?* revista "Teoría y Política" No. 7/8 y Dabat, *La economía mundial*, ob. cit.

¹³ Carlos Marx, *El Capital*, III, Sección Tercera. También Henry Grossman, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, parte 2, y Jaffe y Bullock, *La inflación, la crisis y el auge de la posguerra*, especialmente primera y segunda parte. Para un análisis del desarrollo de la tendencia a nivel internacional en el período 1965-75 puede verse nuestro trabajo *La economía mundial y los países periféricos* ya citado. En cuanto aplicación del marco conceptual al caso del desarrollo reciente de México puede verse el trabajo de Rivera y Gómez al que ya hicimos referencia (*México: acumulación y crisis*) y el de Joaquín Vela, *Estudio histórico sobre la crisis en México (1954-1983)* en "Teoría y Política" No. 11. Julio-diciembre, 1983.

social del capital monopolista-financiero sobre las restantes fracciones de la burguesía y su acceso por medios violentos o pacíficos a la dirección de los nuevos bloques de poder. Fenómeno que se expresó en términos de condiciones concretas de reestructuración del aparato productivo, reinserción en el mercado mundial, remodelamiento de las relaciones sociales entre las clases y reestructuración del Estado, siguiendo caminos y ritmos distintos en los diferentes países, atendiendo tanto a condiciones político-sociales específicas, como a las condiciones más o menos favorables para integrarse adecuadamente al mercado mundial.

La racionalidad de la nueva modalidad en desarrollo no estribó, sin embargo, solamente en un intento de elevar la composición del capital y la productividad del trabajo, como podría señalarse apologeticamente, pues el sello de clase del proyecto inyectó el conjunto de las manifestaciones del mismo tanto en términos sociales y políticos como puramente económicos. Sin entrar aquí a efectuar consideraciones políticas —por escapar al ámbito de este trabajo— pueden plantearse por lo menos cinco factores económicos que conformaron permanentemente la nueva modalidad:

- a) Un notable impulso a la jerarquización social en todos los planos, mediante el elevamiento desmedido de los ingresos del conjunto de las capas superiores de la administración y restantes aparatos de Estado. Fenómeno éste profundamente interrelacionado con el ascenso de una nueva capa de “managers” en la cúspide de la gestión empresarial y financiera del capital monopolista, con tendencias hacia una reproducción hacia los niveles medios-altos de las actividades empresariales y una creciente simbiosis y/o movilidad en relación a la burocracia superior de los Estados, conforme observó agudamente Wright Mills para el capitalismo norteamericano. El resultado propiamente económico del fenómeno expuesto, fue el incremento sustancial del gasto suntuario.
- b) Un nuevo papel de las castas militares en los asuntos públicos, cuando no en la gestión directa de los mismos Estados. Este fenómeno coincidió con las necesidades del sistema de reforzar sus instrumentos represivos y tendió a coincidir con el agudizamiento de los conflictos regionales (Argentina-Chile; Chile-Perú; Perú-Ecuador; Venezuela-Guyana; Guatemala-Belice; Argentina-Brasil; etc.) por la redefinición del espacio limítrofe geográfico y económico. Ello resultó en términos económicos en

un impresionante y generalmente oculto gasto militar en casi todos los países.¹⁴

- c) La incorporación vertiginosa de la burguesía latinoamericana a un ámbito internacional signado por la especulación financiera y el auge de actividades clandestinas muy lucrativas como el tráfico de drogas, aceleró las tendencias especulativas muy marcadas del capital regional y las proyectó a un nuevo nivel (auge del contrabando, el tráfico de divisas, los negocios “negros”, las “fugas” de capitales, etc.). En este camino se encontraron no sólo los nuevos magnates del mundo de las finanzas, sino también la nueva cúspide gerencial, militar y burocrática que se hallaba en condiciones de capitalizar libremente por la vía especulativa una parte sustancial de sus “salarios”
- d) Los rasgos burocráticos y especulativos del sistema se expresaron también en tendencias a la sobreinversión innecesaria en la industria y la infraestructura física, que afectaron otras áreas de inversión como la agricultura (cuya crisis tendió a acentuarse en la mayoría de los países) exacerbando el desarrollo desigual, y la composición técnica del capital que por esta razón tendió a sobrevalorarse artificialmente.
- e) Finalmente, la consecuencia más grave de todas, es la tendencia a la contención y compresión del consumo individual y social de los trabajadores —cuando sus necesidades de reproducción más exigían lo contrario— como expediente principal utilizado para la generación de recursos de inversión en prácticamente todos los países, en alguno u otro momento, dependiendo ello tanto de la correlación político-social de fuerzas, como de la posibilidad de financiamiento.¹⁵ Se trata de una magnitud enor-

¹⁴ A pesar de no contar con cifras precisas por las razones señaladas, hay evidencias de que la industria bélica se encuentra entre las de más rápido crecimiento, lo que ha llevado a Brasil a convertirse en uno de los grandes exportadores de armamentos y a Argentina y Chile en importantes importadores. En cuanto al gasto militar ha tendido a crecer en casi todos los países por encima del producto, habiendo alcanzado en Argentina hacia 1976-78 un nivel superior a los gastos de educación. En cuanto a las importaciones de armas, países como Argentina y Perú han utilizado una enorme magnitud de su excedente y los ingresos de la deuda externa para costearlo (gasto de cerca de 20,000 millones de dólares por Argentina entre 1980-82, que implica casi la mitad de la deuda externa).

¹⁵ La nueva era de la ofensiva del capital contra el salario comenzó en Brasil, especialmente a partir de 1968; continuó en Chile desde 1973 en adelante y adquirió particular brutalidad en Argentina a partir de 1976 (lugar en donde apareció como una

me, que en los países que más han avanzado en la nueva modalidad de acumulación implica, en períodos de años, entre un tercio y la mitad del salario real anterior y del 10 al 20 % del ingreso nacional. O sea, una magnitud que excede toda comparación con otras experiencias históricas situadas a niveles parecidos de desarrollo económico y en tiempos de paz.¹⁶ Desde un punto de vista estrictamente económico, la utilización persistente de este expediente por los gobiernos durante períodos prolongados, amenaza con degradar cultural y biológicamente el potencial demográfico y laboral de la región, afectando ello la potencialidad de la principal fuerza productiva social de que dispone cada país.

En términos de reproducción del producto social global, las tendencias expuestas se expresaron en los siguientes cambios. Como resultado de la nueva modalidad de acumulación, impulsada por el capital monopolista financiero, se ha vivido un proceso de reestructuración consistente en el fuerte incremento de la composición orgánica del capital, que se ha expresado en un importante crecimiento de la producción e importación de medios de producción, con el propósito de reencauzar el proceso de acumulación de capital, elevar la productividad media del trabajo y acceder a nuevas formas de integración al mercado mundial a partir del desarrollo de las exportaciones industriales. Simultáneamente, y como resultado de las modificaciones en las relaciones sociales de producción prevalecientes, los cambios en la división del trabajo que ella implica y el nuevo lugar de los aparatos represivos en la

continuación de efímeros esfuerzos en 1959, 1963, 1966-68). En México tuvo lugar con posterioridad a 1977, profundizándose ulteriormente en 1982. Durante los últimos años se generalizó a prácticamente todos los países de la región. Un hecho muy importante que debe tenerse en cuenta es que la ofensiva contra el salario no estableció diferencias entre períodos de crisis y de auge, como lo demuestran palmariamente los dos casos de más rápido crecimiento: el “milagro brasileño de los 60” y el “boom petrolero” de México de 1978-81.

¹⁶ Durante el período de consolidación del capital monopolista en Europa (años 1895-1914), cuando requería liberar fondos para costear las grandes inversiones en capital fijo que estuvieron en la base de la llamada “Segunda Revolución Tecnológica” y contener la evolución alcista del salario y vigente desde los 60, se vivió un proceso opresivo de ofensiva del Estado que logró sustanciales éxitos en Inglaterra y otros países.

cúspide del sistema han tendido a incrementarse simultáneamente, un conjunto de ramas de la producción destinadas a producir bienes y servicios de consumo improductivo (suntuario, armamentos, etc.), al tiempo que a la sobreacumulación dispendiosa y especulativa. Lo expuesto se ha correspondido con una consiguiente redistribución del ingreso y el gasto, que ha consistido en el elevamiento simultáneo de las dos partes que componen el plusvalor o plusproducto social (plusvalía acumulada y consumida improductivamente), lo que supone necesariamente la reducción de la parte del producto social orientada a la reproducción de la fuerza de trabajo y su expresión en términos de ingresos materializada en el salario (suma de los salarios individuales más los llamados gastos sociales del Estado).

Conforme lo expuesto, la parte del producto social que compone la masa salarial, tiende a ser comprimida en un juego de pinzas por la lógica de acumulación y las peculiaridades del consumo propias del capitalismo monopolista-financiero imperante, la que a su vez constituye un engranaje del capitalismo internacional y su lógica concurrencial. Si incorporamos al análisis los flujos internacionales, nos hallamos ante un panorama todavía más grave.

Economía internacional, crisis y flujos financieros

A partir de 1965 —época en que las modificaciones en la economía internacional comienzan a tener una importancia decisiva en torno a la evolución del capitalismo en la región— la economía mundial atraviesa por dos fases claramente diferenciadas, separadas por la crisis mundial de 1974-75.

Sin embargo, dada la enorme importancia que tiene el endeudamiento externo para la región, y el hecho de que el mercado del crédito internacional sólo ha sufrido una inflexión fundamental hacia 1981-82, nos hace escoger una distinción en dos períodos separados por 1982.

Entre 1965 y 1981 tuvo lugar en América Latina una gran expansión económica, como ya vimos, que dio lugar a que el PIB regional creciera a tasas aceleradas. Pero mientras el PIB real de la región se multiplicó en el período por dos veces y media, las exportaciones lo hicieron por cuatro y media y los flujos externos netos de

capital por 16 veces;¹⁷ situación esta que no sólo permitió superar el “estrangulamiento comercial” de fines de los 50 y comienzos de los 60, sino también convertir al capitalismo regional en un subcentro secundario del capitalismo financiero mundial, estrechamente articulado a los centros principales.

Dentro del período mencionado cabe efectuar una distinción entre los subperíodos anterior y posterior a 1974, porque a partir de entonces se producen modificaciones muy importantes en la economía internacional como el cambio global en la dinámica del sistema (finalización del auge prolongado de postguerra) y el conocido cambio radical en las condiciones de funcionamiento del mercado petrolero. Durante el primer subperíodo, las condiciones del comercio internacional son mucho más favorables para América Latina (exceptuando el petróleo) tanto para los productos primarios que hacia comienzos de los 70 viven un “boom” de precios sólo conocido en la inmediata postguerra, como para los productos industriales en pleno desarrollo que encuentran fácil colocación en los mercados internacionales.

A partir del estallido de la crisis mundial de 1974-75 y la ulterior depresión relativa de la economía internacional, las condiciones comerciales se hacen más difíciles para los productos no petroleros por la inflexión descendente de los precios de los productos primarios y la mayor dificultad para colocar exportaciones industriales por el creciente proteccionismo en los países desarrollados. Todo lo contrario sucede para el comercio del petróleo que —a partir de los incrementos de precios de 1973 y 1980— transfiere hacia los países exportadores una enorme masa de recursos que debe ser pagada por los países importadores. La consecuencia de esto para América Latina fue contradictoria, porque en ella coexistían importantes exportadores como Venezuela, México (primero de la región desde 1980), Ecuador y —en menor medida— Trinidad Tobago, junto a grandes importadores como Brasil, Chile, o los países centroamericanos y la mayoría de los caribeños. En términos generales, sin embargo, tendió a implicar un creciente saldo favorable para la región en la medida en que crecían las exportaciones mexicanas y

¹⁷ El cálculo está hecho a partir de deflactar a dólares de 1965 (índice de precios mayoristas de EU) los valores de las exportaciones y flujos de capital y redondear en 100 millones de dls. Los ingresos netos de capital para 1965, dado que los ingresos de ese año fueron excepcionalmente bajos, por lo que preferimos, para no distorsionar la tendencia, utilizar una media aproximada del conjunto de años 1964-66.

descendían las importaciones de los principales compradores. Saldo favorable, que por otra parte implicó en un momento una alteración drástica del peso de las dos economías nacionales más importantes de la región, ya que mientras México tendió a obtener sólo en virtud de renta petrolera unos 40,000 millones de dólares entre 1978 y 1982, Brasil tendió a suministrar la mitad de esa cifra. Si integramos el petróleo en el análisis general, y tenemos en cuenta que Brasil logra impresionantes avances en materia de exportaciones (6,000 millones de dólares en 1973, 20,000 millones en 1982) al igual que la mayoría de los países en medida algo menor,¹⁸ tenemos un saldo favorable para la región que en el marco de una coyuntura depresiva del comercio internacional no deja de ser un hecho que llama la atención.

Pero el fenómeno más significativo es el comportamiento del mercado del crédito, que no es afectado en lo fundamental por la crisis mundial y continúa funcionando con tasas negativas de interés o ligeramente positivas hasta fines de la década de los 70, por causas que no analizaremos en este trabajo. En esas condiciones, los países latinoamericanos continúan el ritmo anterior de endeudamiento con tendencia a acelerarlo hacia fines del decenio, precisamente cuando comenzaba a elevarse la tasa de interés. El resultado de lo expuesto es que la crisis internacional no afecta aparentemente los ingresos externos excepcionalmente altos de los países de la región, lo que permite mantener una tasa muy rápida de crecimiento medio del orden del 5.4 % entre 1973 y 1980 (apenas inferior a la de 5.9 % de 1960-73), mientras que en esos mismos lapsos el producto de los países industriales cae del 5.1 % al 2.5 %. En términos financieros, la repentina holgura en el manejo de los recursos monetarios externos conduce a los gobiernos de varios de los países más grandes de la región a sobrevaluar exageradamente sus respectivas monedas nacionales como son los casos de Argentina, México, Venezuela, Colombia, Chile o Uruguay, lo que muy pronto —en conjunción con el sobreendeudamiento— se convertirá en un trágico “boomerang”, ya que estimulará excepcionalmente la fuerte corriente que comenzaba a desarrollarse de fugas de capi-

¹⁸ Utilizando el mismo método de deflación que en la nota 15, las exportaciones de los principales países de AL crecieron entre 1973 y 1982 en términos reales conforme a la siguiente escala: México 425 %, Ecuador 130 %, Venezuela 110 % (todos ellos países petroleros), Brasil 100 %, Chile 90 %, Uruguay 85 %, Perú 75 %, Colombia 50 %, Argentina 40 %. (Las cifras han sido redondeadas).

tales hacia los centros financieros internacionales. De esta manera, la mayoría de la deuda contratada a partir de 1978, comienza a salir de la economía de la región con las consecuencias catastróficas conocidas tal como se manifiestan a partir de 1981-82: derrumbe de las economías argentina, mexicana, brasileña, venezolana, chilena, etc.

La crisis generalizada de la economía regional se expresa en una caída del PIB global que pasa de una media positiva del 6.2 % en 1979-80 a otra del 1.5 % en 1981 y del -0.9 % en 1982. Ello implica evidentemente el fin del auge sostenido de América Latina; pero, a su vez, de la afluencia neta de recursos financieros externos que permitieron preservar las bases de acumulación sin necesidad de apretar exageradamente el torniquete de la contención y la redistribución sistemática del ingreso en perjuicio del consumo popular. Fenómeno este que pasa nuevamente a primer plano a partir de esta coyuntura.

El período abierto claramente a partir de 1982 no se deriva de una situación puramente coyuntural, dado que expresa un fenómeno internacional de gran importancia: la reversión de la tendencia del crédito internacional de una fase expansiva e inflacionaria a otra contractiva y deflacionaria, cuya manifestación más evidente es la aparición simultánea de "escasez" de capital de crédito y encarecimiento consiguiente del precio del dinero (tasa de interés). Ello implica para nuestros países abordar pagos externos en conceptos de intereses de la deuda y remesas de utilidades del capital extranjero invertido en la región (remesas de plusvalía en sentido estricto), que comienzan a superar ampliamente el monto de los nuevos ingresos de capital. Este fenómeno ha llevado impropriamente a muchos economistas y políticos de la región a señalar que América Latina había pasado a ser una "exportadora neta de capitales" Ojalá fuera verdad. Lo cierto es que los pagos en conceptos de plusvalía reembolsada por el uso de capital ajeno, son cualitativamente diferentes a las inversiones de capital, porque no producen beneficio o renta alguna y son sólo desembolsos que saltaron desde unos 11,000 millones de dólares en 1978 a algo menos de 20,000 millones en 1980 y a más de 34,000 millones en 1982, mientras que los ingresos netos de capital siguen un camino inverso tras haber ascendido hasta 1981 (42,000 millones en ese año; 19,000 millones en 1982).

Si los pagos mencionados no constituyen inversiones de capital, sí lo son en cambio las "fugas" ya mencionadas que condujeron a los capitalistas de la región a invertir en sólo cinco o seis años una

cantidad ubicable entre los 120 a 150 millones de dólares;¹⁹ suma presumiblemente superior a las remisiones de plusvalía en el mismo lapso. La paradoja en este caso, es que —en términos de balanza de pagos de la región— el signo de ambas operaciones produce resultados similares porque ambas implican sustracciones netas de recursos no compensadas.

La nueva situación internacional plantea muchos interrogantes, cuyo análisis escapa desgraciadamente al objetivo de este trabajo. En términos de esos objetivos es posible, sin embargo, extraer algunas conclusiones que nos permitan retomar al nivel en que dejamos el análisis sobre la base de suponer lo que entendemos que son las perspectivas más probables:

a) la economía internacional se mantiene en el estado de depresión relativa actual, caracterizada por suaves ondas oscilatorias dentro de la tendencia general; b) a pesar de alguna mejoría en las condiciones del pago del servicio de la deuda, los diversos países latinoamericanos se ven forzados finalmente a soportar la sangría que implica el mismo, y c) el capital latinoamericano “fugado” sólo se reintegra muy lentamente y sólo en la medida en que mejoren sustancialmente las condiciones internas de rentabilidad y crecimiento económico.

Sobre la base de estos supuestos completamente probables, es posible señalar que se han producido modificaciones radicales en las condiciones de la acumulación de capital que se mantendrán por un período relativamente largo, que consisten en dos factores fundamentales: a) A diferencia de lo que sucedió a partir de 1965 (cuando la tasa de inversión tendió a elevarse claramente sobre la tasa de ahorro interno como resultado de flujos netos muy apreciables del exterior), todo incremento significativo de la tasa de in-

¹⁹ No existe ninguna fuente contable que permita medir con alguna exactitud el monto de las fugas de capital entre 1978 y el presente, por lo que la mayor parte de ellas no se hayan registradas en las balanzas de pagos de países, más que en mínima medida y por medios indirectos. Pero en cambio existen importantes estimaciones de organismos gubernamentales, bancarios y de revistas especializadas. Sobre la base del cotejo de información proporcionada por la Morgan Guaranty Trust, la Reserva Federal de los Estados Unidos, la Unión de Bancos Suizos y la revista *International Business Week* es posible llegar al rango que señalamos en el texto. La mayoría de los fondos parecen hallarse depositados en la banca norteamericana y suiza. Pero también parecen ser muy grandes las inversiones en Panamá, Bahamas, Punta del Este, así como en centros europeos.

versión deberá sustentarse en un aumento más que proporcional de la tasa de ahorro (plusvalor disponible); b) Solamente será posible compatibilizar el pago del servicio de la deuda con el restablecimiento del crecimiento sobre la base de aumentos permanentes en el volumen de las exportaciones, a un nivel que suponemos superior al del crecimiento del producto por las consideraciones que señalamos en otra parte de este trabajo (relación acumulación-inversión en la fase actual del desarrollo de los principales países de América Latina). Situación esta que supone el reforzamiento de la acumulación de capital sobre bases intensivas en las áreas de exportación y la reducción radical de costos para mantener competitividad a toda costa, y c) la situación planteada elevará seguramente el tipo de cambio en la mayoría de los países a niveles mucho más altos; en la medida que sólo un margen grande de subvaluación podrá abrir mercados exteriores protegidos, ya que es dable prever restricciones en la disponibilidad de divisas por un largo período. Ello implica, a su vez, que el costo de la deuda en moneda nacional será más alto que a un tipo más reducido de cambio y que el costo de las importaciones será más alto en términos de trabajo social y su expresión monetaria interna.

Algunas reflexiones finales

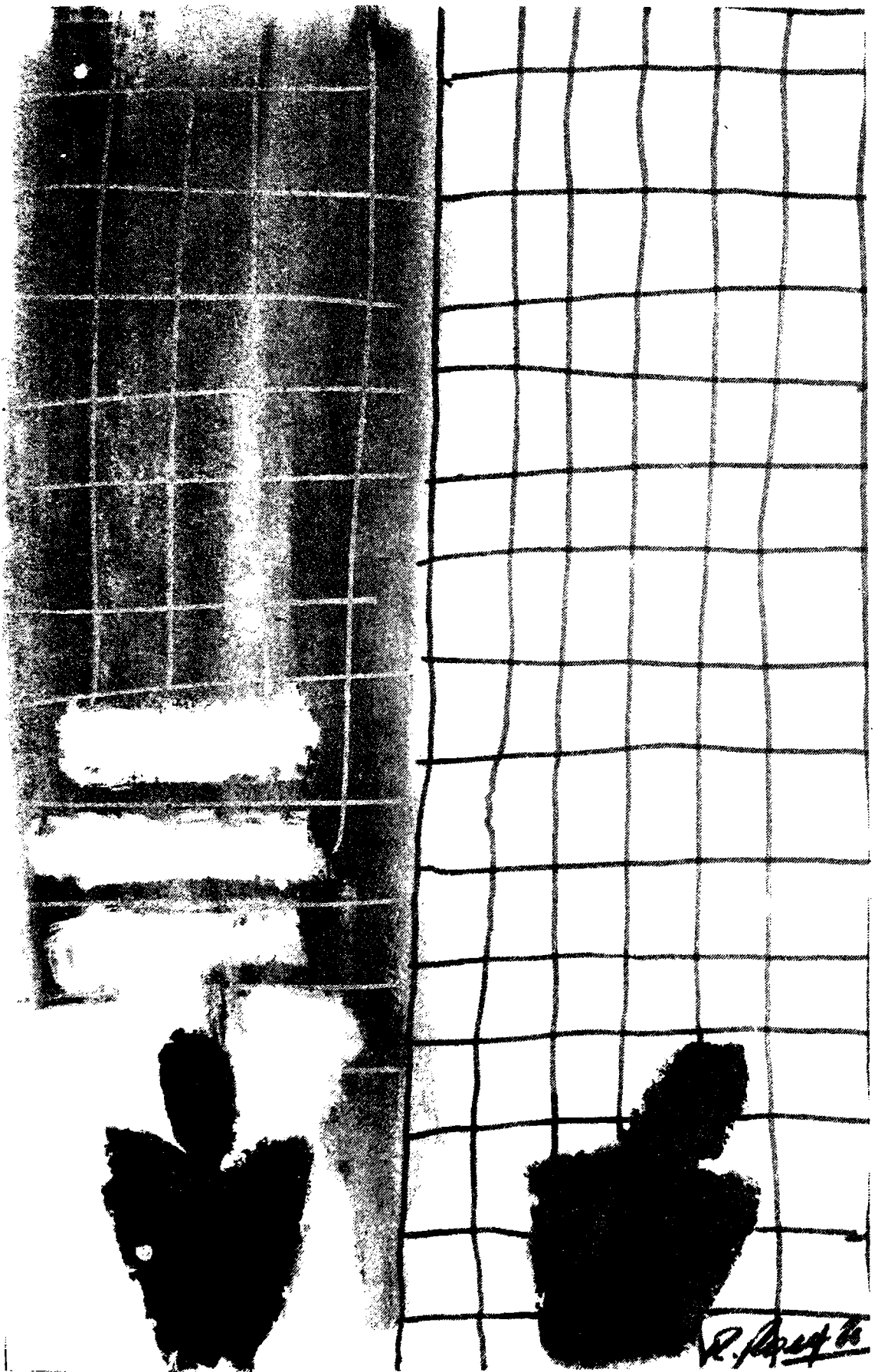
El conjunto de las condiciones expuestas tenderán a apretar aún más el juego de pinzas que —como señalábamos— comprimía la capacidad de consumo de los trabajadores, conforme lo demuestran las impresionantes caídas del salario real, en sus expresiones monetaria y social, en prácticamente todos los países de la región. Esta situación, conforme lo ya expuesto, debiera constituir una condición de la recuperación económica, dado que la misma opera conforme la lógica ya señalada, de la reproducción del capital monopolista financiero dominante en las condiciones estructurales ya estudiadas y a partir de la profundización de la modalidad intensiva de acumulación.

Dentro de la propia lógica del sistema de desarrollo expuesto, la contradicción planteada podría resolverse a partir de la profundización de la misma lógica de crecimiento, cuando —a partir de la generalización exitosa del desarrollo intensivo a casi todos los sectores fundamentales de la economía (agricultura, transportes y comunicaciones, servicios)— y una racionalización radical de las actividades circulatorias y las actividades del Estado y la administra-

ción, lo que podría implicar generalizar la producción de plusvalor relativo y dar comienzo a un proceso persistente de elevamiento rápido del salario real. O sea algo que nos parece imposible en el futuro más o menos cercano, dado el insuficiente desarrollo alcanzado por la productividad del trabajo social, la gigantesca hipoteca del gasto suntuario represivo y burocrático, y la restricción ya señalada a la capacidad interna de invertir sin arrancar recursos adicionales al consumidor popular.

¿Qué hacer entonces? ¿Es posible persistir en un camino que ya ha comenzado en varios países a producir síntomas de degradación y embrutecimiento de la población? Un amplio camino alternativo sería el rechazo de los supuestos más generales del “modelo” vigente, en términos de retornar al “desarrollo hacia adentro” sobre la base de favorecer la autosuficiencia tecnológica y productiva y el retorno a formas “extensivas” de acumulación sobre la base de favorecer al empleo sobre la incorporación de medios de producción. Nos parece que es una alternativa simplista y ahistórica que no da respuesta a problemas cruciales tales como el de la incorporación de nuestros países a la revolución tecnológica en curso en el mundo, la provisión masiva de agua y electricidad a la población y la industria, la resolución rápida del problema de las viviendas de las grandes mayorías de la población, a acceder ampliamente al consumo de bienes electrodomésticos y de transporte moderno.

Pero tampoco es socialmente aceptable el camino modernizador que nos proponen la gran burguesía y el capitalismo internacional, basada en la degradación de las condiciones de vida y trabajo de la población y la jerarquización creciente de la sociedad. La brutalidad de la crisis y la obsolescencia de las opciones tradicionales a la modernización capitalista, imponen la necesidad de un camino radicalmente nuevo. Si el nacionalismo populista hoy obsoleto ofrece preservar el consumo a expensas de la inversión y la modernización, englobando en su defensa tanto al consumo popular como al parasitario; y si la alternativa modernizadora del gran capital es la opción por la inversión y el consumo parasitario a expensas del consumo popular, la opción de la clase obrera, el pueblo y la opción democrática y progresista de nuestros países debe consistir en buscar una nueva alternativa de tipo socialista y democrático en la que se conjuguen la defensa del consumo y la cultura y popular, y un nuevo tipo de modernización no autoritaria, a expensas del consumo y el gasto parasitario y suntuario de los capitalistas, los militares y los burócratas.



Reagan: En pos del milenio

Mike Davis*

La reelección de Ronald Reagan desencadenará un nuevo debate sobre las causas de la permanente escalada conservadora en Estados Unidos y Europa Occidental. En una continuación de las desgastadas y rutinarias discusiones de 1980-81, algunos sectores subrayarán la renovada importancia del discurso social reaccionario-populista, centrado en el tradicionalismo familiar, el oscurantismo religioso y el “derecho a la vida”. Otros, atentos sobre todo a su impacto sobre las mentes vulnerables de la generación de los videojuegos, insistirán en la euforia alucinante del *revival* patriotero que se hizo presente en el Coliseo de los Angeles y en una pequeña isla del Caribe. Otros más, conscientes de que ahora, más que nunca, los medios de comunicación siguen siendo su propio mensaje, darán mayor importancia a la hollywoodización de la presidencia, apuntalada por una red sicópata de noticias.

Cada uno de estos puntos de vista encuadra una serie importante de factores. Pero más allá de cualquier refinamiento en el discurso del análisis político, está el hecho simple y contundente del auge de Reagan y su capacidad de movilizar usando el interés de la gente en su economía personal. Las principales encuestas previas a las elecciones, lo mismo que los sondeos postelectorales del 6 de noviembre, revelaron la importancia fundamental del índice “bienestar-malestar” de la situación económica familiar en la preferencia de los

* Miembro del consejo editorial de *New Left Review* de Londres, que también publicará este trabajo. Davis lo envió como contribución al seminario “Norte-Sur: nuevas tecnologías e integración industrial”, que organizó la Facultad de CPyS de la UNAM del 21 al 23 de noviembre de 1984. Hace poco Davis publicó en *New Left Review* un extenso estudio sobre las tendencias de hoy en Estados Unidos con el título *The Political Economy of Late-Imperial America*.

votantes. Cerca de un 60 % de los votantes para los que la situación económica estaba mejor que en 1980, se pasaron al lado de Reagan por un margen de seis a uno mientras que, por otro lado, el 40 % de los que pensaban que la situación económica, o ellos mismos, estaban peor, se pasaron al bando de Mondale a razón de cuatro a uno. El papel central de la prosperidad —sobre todo en el contexto de unas elecciones donde el candidato demócrata logró restarle importancia, y exitosamente, a la dimensión de guerra y paz— se vio en el hecho de que más del 20 % de los partidarios de Reagan dijeron “discrepar a fondo” con su trato a la cuestión social y con su política exterior, pero también dijeron estar dispuestos a correr el riesgo con tal de obtener la política continua de recuperación. Es un hecho irónico: lo que garantizó la elección de Reagan fue su adhesión vehemente a Maynard Keynes, el falso Dios de los demócratas, mientras Mondale y la AFL-CIO volvieron a parecer republicanos con su insistencia conservadora en la integridad fiscal y el crecimiento restringido.¹

Pero el auge en curso ha logrado algo más que la reelección del profeta: también ha confirmado su profecía. Los partidarios acérrimos de la reaganomía —desde los primeros apóstoles de la producción como Jack Kemp y Paul Craig Roberts, hasta los neoconservadores de la “alta tecnología” que liderea el republicano Newt Gingrich (de Georgia)— están atareados depurando al Partido Republicano de incrédulos y deflacionistas. Para el año fiscal de 1989, la Casa Blanca planea oficialmente una asombrosa expansión: una disminución de déficits y un crecimiento de 38 % del PNB en 28 regiones. A varios keynesianos desconsolados como Walter Heller, incómodos porque Reagan, digamos, los dejó en cueros al robarles la idea, sólo les queda argumentar que el piano de la producción en realidad está tocando la música de la demanda pura. Mientras tanto, la reagonomía logra conversiones entusiastas en la Europa hereje, como se vanaglorió el *Business Week* a fines del verano, los franceses están “asombrados” y los periódicos considerados de izquierda se preguntan, “¿será posible que Reagan tenga la razón?” Por supuesto que la Gran Bretaña conservadora ha recibido este “boom” con verdadero éxtasis, aunque se le hace pasar cuidadosamente por el filtro de la

¹ El *New York Times* caracterizó la política económica de Mondale como: “rotundamente conservadora... no hay un solo programa de empleo, no hay medidas claras contra la pobreza y no hay una sola medida sustantiva de vivienda y bienestar social” (11 de septiembre de 1984, p. A24).

mentalidad thatcheriana, que censura la existencia de déficits federales para poder subrayar las maravillas de los mercados de trabajo norteamericanos que no están sindicalizados.

Sin embargo, este cambio económico que ha renovado el mandato de la Nueva Derecha norteamericana, que le ha dado cohesión internacional a la escalada militar de la guerra fría y que ha acelerado, más de lo que se esperaba, la ruptura de coaliciones políticas partidarias de la asistencia social, llega ahora a su tercer año y da señas evidentes de disminución en la demanda y baja en las inversiones. Como lo dejan ver las altas tasas de interés, la confianza empresarial se ha vuelto cualitativamente más precaria y esquiva por lo que ocurrió en las recesiones de 1974-75 y de 1980-82: cualquier titubeo en la celebrada expansión puede traer el pánico financiero, la caída del “superdólar”, los incrementos compensatorios a las tasas de interés y el probable colapso de la pirámide mundial de la deuda. Al mismo tiempo los reaganistas están conscientes de que, por lo menos para la clase media suburbana y los especuladores, la muy aclamada “realineación partidista” en sus filas depende exclusivamente de que continúe esta prosperidad. Por todo esto es obvio que el gobierno de Reagan llegará a grados peligrosos y extremos para sostener la expansión actual y para evitar un desenlace precipitado de su triunfante bloque electoral.

Para entender el modo en que puede surgir una nueva fase crítica y las consecuencias políticas que traería, primero hay que ocuparse de los reacomodos que el auge de Reagan ha introducido en las estructuras capitalistas norteamericanas y en las del mercado internacional. A diferencia de Ernest Mandel, quien hace poco argumentó que el crecimiento alimentado a base de deudas no hace sino restringir una “verdadera” restructuración de la economía mundial, al prolongar las tendencias básicas de la decadencia norteamericana, yo intentaré demostrar cómo este cambio ha disparado dramáticamente la transformación de la hegemonía norteamericana hacia rumbos que están lejos del “fordismo” o del modelo de acumulación masiva. En esta expansión sobresalen tres tendencias por su particular interés teórico. Primero el viraje general que se está dando, en el proceso de distribución de las ganancias, hacia los ingresos que salen de los intereses; de esto resulta el fortalecimiento de un bloque neo-rentista que recuerda al capitalismo especulador de los años 20. Segundo, la impresionante reorientación de las principales corporaciones industriales estadounidenses, que se alejan de los mercados de masas (cuyos consumidores son estables) para dirigirse hacia los sectores no fijos pero de grandes ganancias como los ligados a la

producción militar y los servicios financieros; esta tendencia se fortalece con la nueva manía de fusionarse. Tercero, la dislocación sistemática de los flujos de capital y las relaciones comerciales dominantes, conforme el centro de acumulación de las nuevas tecnologías se ha desplazado de los circuitos de capital del Atlántico a los del Pacífico.

I. Estados Unidos: una prosperidad patológica

Según hemos visto, el gobierno de Reagan ha celebrado la recuperación de 1983-84 como una ruptura con el "yugo de los años 70 y un retorno a los niveles de crecimiento de los 60". De hecho, hace rato que la Casa Blanca defiende la reaganomía refiriéndose al supuesto papel de estímulo que jugaron las reducciones fiscales de Kennedy y Johnson en el auge de los 60. Sin embargo, el estímulo fiscal de la Nueva Frontera fue minúsculo comparado con la revolución del impuesto que hizo Reagan en 1981; incluso con el aumento en los impuestos de 1982 y 1984, las reducciones de Reagan representan un porcentaje cuatro veces mayor en el PNB. Más aún, aunque en efecto el programa fiscal de Kennedy y Johnson representó una regresión, palidece si se compara con la distribución (hacia arriba) del ingreso que efectuó Reagan. La evaluación que hizo el Instituto Urbano — y que se dio a la publicidad con tanto bombo — de las cifras del gobierno de Reagan, revela los siguientes cambios:

CUADRO 1

*Cambios en los ingresos, sin impuestos, por quinquenio
("ingresos familiares promedio")*

(1) en dólares

	I	II	III	IV	V
1980	\$6,913	13,391	18,857	24,886	37,618
1984	6,391	13,163	18,043	25,724	40,880
dif.	- 7.6%	1.7%	+0.9%	+3.4%	+ 8.7%

(2) % del PNB

1980	6.8	13.2	18.5	24.5	37.0
1984	6.1	12.5	18.1	24.5	38.9

Los efectos redistributivos de la reaganomía deben estudiarse combinados con los cambios en el tamaño de los diferentes grupos de ingresos. Según uno de los estudios que utilizó la AFL-CIO, en 1978 los ingresos de aproximadamente un 55 % de la población norteamericana oscilaban entre 17,000 y hasta 40,000 dólares (en dólares de 1983). Para 1983, sólo un 42 % de la población quedaba entre estos parámetros de ingresos medios. La cuarta parte del faltante 13 % se desplazó a las capas superiores y pasó a formar parte de los ricos; las otras tres cuartas partes cayeron al limbo de la clase trabajadora pobre. Esta tendencia es otro índice del viraje hacia un modelo de acumulación “superconsumista” y basado en que la regulación de la economía tiende a sustituir a la clase media superior por un consumo de clase obrera. Un fenómeno relacionado con lo anterior es que el modelo actual de ventas para los consumidores estables, lo dominan las mercancías de lujo, sobre todo la demanda lucrativa de coches grandes y lujosos que ha llevado a la recuperación de Detroit.

Normalmente sería de suponerse que una relativa pérdida de importancia del papel central de los bienes manufacturados en la recuperación económica para beneficio de la producción militar y sustentaria, acarrearía rápidamente la inflación. Visto en la superficie, el aspecto más extraño de esta subida es la coexistencia, que se supone incompatible, de grandes déficits con baja en la inflación. Este es el muy precario resultado de mantener, artificialmente, un bajo nivel interno de precios creado por el aumento del dólar en las transacciones comerciales (un 50 % en relación con otras monedas de la ODEC desde 1980) y por la resultante inundación de importaciones baratas. El mantenimiento del “superdólar”, sostenido por una tasa de interés real de 8 % + (algo sin precedentes), le ha permitido al gobierno internacionalizar el financiamiento de su nueva deuda acumulativa que asciende a 500 mil millones de dólares. El Banco Internacional de Pagos, calcula que más de la tercera parte de la demanda total de crédito norteamericano (del sector gubernamental más el sector privado), se satisface mediante la entrada de capital extranjero.

De hecho, por primera vez desde 1914 la deuda externa de los Estados Unidos excede sus acervos (aproximadamente en 8000 millones de dólares) y de continuar las tendencias actuales, para 1990 se volvería un deudor neto con una deuda que llegaría hasta un increíble 16 % de su PNB. (En 1967, en la cumbre de su ascenso como inversionista exterior, Estados Unidos era un acreedor neto con cifras de sólo el 9 % de su PNB.) Sin embargo, Estados Unidos no es un país deudor del modo en que lo son otros países como México y Brasil.

Los bancos del centro monetario de Wall Street y el Tesoro de los Estados Unidos tienen aún la suficiente hegemonía como para imponer intereses tributarios al Tercer Mundo y un inusitado “Plan Marshall al revés” a Europa y Japón. Algo particularmente importante para la actual expansión es la capacidad del sistema financiero norteamericano —que rápidamente echa abajo las regulaciones— para atraer depósitos de euro-dólares que antes se quedaban en Europa o en puertos monetarios isleños. El ascenso de los fondos del mercado monetario y la remoción de los topes a las tasas de interés ha borrado la diferencia entre el ahorro y la especulación y han apuntalado el papel mundial del dólar. Nueva York afirma que eclipsó a Londres como la capital bancaria mundial y esta afirmación se basa en su éxito para atraer el tipo de liquidez internacional que antes buscaba abrigo en Curazao o en la isla del Gran Caimán.

El abatimiento de la regularidad financiera, al dismantelar muchas de las restricciones del Nuevo Trato que subordina el capital monetario al capital productivo (digamos los topes a las tasas de interés, la separación definida de la banca comercial y de la banca de inversiones, y lo demás), también ha estimulado la formación de una nueva clase rentista. Entre 1979 y 1983, el interés *bruto* aumentó de un 26 % del PNB a un 34 %, una tasa de crecimiento dos veces mayor a la de otras categorías de ingresos. De un modo similar, en los últimos cinco años se han duplicado los ingresos personales que se derivan de los intereses: tan sólo en el primer año de la presidencia de Reagan aumentaron un 24 %. A partir de los cambios en diciembre de 1983 que permitieron a los bancos ofrecer tasas de mercado en las cuentas de depósito, un segmento más amplio de la clase media ha podido sacar ventaja de tasas de interés más altas. Del mismo modo a varios inversionistas acaudalados los han atraído los lucrativos Bonos del Tesoro (BT) que producen un 12.5 % de interés; un BT trimestral de 20,000 dólares, con reinversión cuatrimestral durante un año, producía en 1975 un interés equivalente a siete semanas de salario promedio; hoy iguala a tres meses de ingreso de salario promedio. En efecto, conforme el elevado interés de la deuda federal (1.5 millones de dólares) aumenta el gasto federal más rápido de lo que Stockman se lleva en encontrar el modo de suprimir almuerzos escolares o reducir los pagos de seguridad social, el efecto neto es simplemente el de un viraje del gasto público: de la clase pobre a la clase de los poseedores endeudados. Así, en abril de este año por primera vez desde el *New Deal* el interés sobrepasó a los pagos de transferencia como la tercera categoría más grande de ingresos.

En una modalidad un tanto más colectivista, el papel de los inversionistas de instituciones (fondos de pensiones, fideicomisos, fondos mutuos), muestra hasta qué punto ha avanzado el interés rentista en la economía. Con 1 billón de dólares en inversiones, las instituciones casi han desplazado a los inversionistas individuales en los mercados de acciones. Al atraer un 80-90 % del comercio diario y al poseer el 60 % de las acciones y los bonos, al buscar el más alto rendimiento de corto plazo, y al no haber incentivos que lleven a preferir las ganancias de capital (largo plazo) en lugar de dividendos (corto plazo), pues no pagan impuestos corrientes, las instituciones reestructuran sin miramientos sus carteras, con efímera lealtad a cualquier inversión específica. De modo que el movimiento promedio de acciones en manos de instituciones se ha incrementado de un 21 % anual en 1974 a un 62 % actualmente. El resultado ha sido el deterioro de los horizontes de inversión de largo plazo de las corporaciones, “disminuyendo el número de operaciones de instalación, teniendo un menor desarrollo de nuevos productos, de instalaciones mineras o de campos petroleros, y con más empresas proveedoras de servicios a costa de la manufacturación intensiva en capital” (V. *Business Week*, agosto 16, 1984; y también el *New York Times*, del 8 de agosto de 1984, p. 4F.).

Las corporaciones han reaccionado de diferentes maneras a la presión de los inversionistas institucionales y al nuevo interés rentista. Primero, una cuantiosa proporción de la liquidez generada por las recientes exenciones salariales, las exenciones fiscales y otras gangas adicionales —estimadas en alrededor de 20 mil millones de dólares tan sólo en 1984— se ha destinado no a la inversión de capital, sino más bien a incrementar los valores de las acciones a través de su recompra y del pago de crecientes dividendos. Alternativamente, los tesoros de las corporaciones han inflado los préstamos a corto plazo con el objeto de conservar la autonomía en las operaciones y de disminuir la presión para el incremento de los dividendos. Conforme la cifra de reducción de la deuda de largo plazo a la de corto plazo ha bajado de 2.5 hasta la paridad, las hojas de balance financiero fuertemente apalancadas se han hecho, en consecuencia, vulnerables a las alzas de la tasa de interés. Al igual que muchos pequeños países del Tercer Mundo, los estados de cuenta de las 500 corporaciones de *Fortune* amenazan con volverse depósitos de recursos financieros en un nuevo período de recesión.

Sustitución de importaciones al estilo de Reagan

La otra cara de la moneda en la recaudación internacional de ahorros del superdólar, ha sido su efecto depresivo en las tradicionales exportaciones manufactureras de los Estados Unidos. El alza del dólar ha borrado cualquier competitividad que pudo haber surgido del 10 % de aumentos en la productividad industrial de los últimos tres años. En muchos casos los sindicatos locales han hecho que rijan el trabajo arrollador y las concesiones salariales para “seguir siendo competitivos”, y todo para encontrarse con que al final de ese mismo día ya les cerraron su planta o la reubicaron. Según un estudio econométrico de Chase, en 1980 los Estados Unidos aún conservaban una firme ventaja competitiva, con precios promedio, o de exportación de manufacturas, 10 % menor al promedio de la ODEC. Hoy estos precios se encuentran 25 % arriba del promedio de la ODEC y no es sorprendente que la participación global de los Estados Unidos en las exportaciones mundiales —participación que se mantuvo estable desde 1972 hasta 1983— ha bajado velozmente en el auge de ahora. Visto de un modo sectorial ha aumentado la participación en las exportaciones de 15 industrias norteamericanas, pero en otras 26 ha disminuido notablemente; el índice sectorial de competitividad en Japón es exactamente a la inversa.

Un poco más adelante me ocuparé del papel que tiene el déficit comercial norteamericano de 1984 —130 mil millones de dólares— en promover una estructuración desequilibrada de la división internacional del trabajo; pero primero es importante ocuparse del impacto específico que tiene sobre la base industrial norteamericana. La invasión de importaciones en curso puede verse como la tercera oleada en la “internacionalización” gradual de la economía norteamericana, ya que la proporción del PNB estadounidense que toma parte en el comercio mundial ha crecido: de un casi autárquico un doceavo a principios de los sesenta, al actual un quinto. Al primer auge de importaciones de los sesenta lo integraban sobre todo bienes de consumo *labour-intensive* y aparatos electrónicos baratos (aunque esta fue también la época en que la pionera Volkswagen conquistó un lugar en el mercado automotriz); la segunda ola de audacia de los setenta se debió sobre todo a un aumento en las importaciones de energía. Pero a la tercera ola de hoy la distingue el papel tan importante de los bienes de capital y la alta tecnología, cuyo valor de importación prácticamente se ha duplicado a partir de 1979 (hasta unos 58 millones de dólares) y es catorce veces mayor que el nivel de 1970.

CUADRO 2

Participación de las importaciones en los mercados norteamericanos

	1960	1984
Automotriz	4.1	22 (aprox.)
Aceró	4.2	25.4
Vestido	1.8	30
Maquinaria, herramientas	3.2	42

El ejemplo más dramático es el de la industria norteamericana de maquinaria y herramientas que está casi paralizada después del flujo repentino de importaciones durante el último año, de 32.5 % a 42 %. La decisión de la General Motors de equiparse con herramientas de importación italiana con un valor de 100 millones de dólares, simboliza la creciente apertura de lo que hasta hace poco eran oligopólicas industrias nacionales de producción automotriz. Otras industrias golpeadas son la llantera (con un aumento del 8 % en la participación de las importaciones a fines de los setenta); hoy rebasa el 20 % el equipo agrícola que antes era un monopolio norteamericano de exportaciones y hoy está en manos de los japoneses y la industria del vestido (cuya participación en las importaciones se ha incrementado hasta un 25 % anual). Hace diez años las gigantescas compañías constructoras norteamericanas como Bechtel y Fluor, controlaban la mitad del mercado internacional de la construcción: representaban más del 20 % de la producción y el 10 % de los servicios en las exportaciones norteamericanas. Hoy su participación en el mercado mundial se ha retraído a menos del 30 % mientras que toda la industria norteamericana de la construcción se ha reducido a la mitad de su extensión anterior. No obstante, el sector de la construcción sin duda es más saludable que la industria siderúrgica que, de no contar con el proteccionismo que la salve en el último minuto, seguirá con su caída hasta volverse una mesa operadora de acabado para el acero de importación.

Mientras las exportaciones crecían en un 28 % durante 1983, la inversión extranjera también trepó hasta un 17 %, estadística sorpren-

dente si no se toma en cuenta el alza que causó el superdólar en el costo de los acervos norteamericanos. Esto se explica por el relativo estancamiento en los mercados nacionales europeos e incluso en el mercado japonés, que ha hundido a las tasas de ganancia por debajo de los índices de interés prevalecientes, y que ha llevado a las multinacionales extranjeras a luchar por una mayor participación permanente en el mercado norteamericano. Enfrentadas al lento proteccionismo norteamericano, pero atraídas por los salarios relativamente bajos y las condiciones laborales que excluyen a los sindicatos de la industria norteamericana, las compañías extranjeras siguen adquiriendo plantas productivas en territorio norteamericano, y con frecuencia utilizan la ruta más costeable de comprar acciones norteamericanas subvaluadas. Así también con el torrente de adquisiciones extranjeras que culminaron con la compra de la compañía Carnation por parte de la Nestlé, el acuerdo no petrolero más grande de la historia de las finanzas: 3 mil millones de dólares. El gigante suizo de los alimentos explicó este paso como una estrategia para elevar las ventas norteamericanas, de modo que sus ingresos mundiales subirían en un 30 %.

Esta creciente dependencia de las multinacionales con matriz extranjera del mercado norteamericano es correspondida por los esfuerzos del capital norteamericano de producir desde el exterior para esquivar las ventajas competitivas del dólar fuerte. En los casos más extremos, como el plan de la US Steel de importar acero británico, los principales productores norteamericanos simplemente se han vuelto intermediarios de la invasión de importaciones. También hay la posibilidad de que algunos productores estadounidenses, que antes eran oligopólicos o protegidos, se decidan por la opción de “rentar” algo de su participación tradicional en el mercado —especialmente en la posición terminal baja del mercado— a competidores extranjeros con precios menores.

Así, ya que la General Motors abandonó el tan alardeado plan de sacar un nuevo coche pequeño en 1983, ahora adoptará una “estrategia asiática” de importación de subcompactos de la Suzuki y la Isuzu, a la que seguirá, para 1987, la importación de Daewoos coreanos todavía más baratos, y todo esto tendrá su complemento con los 250,000 Toyotas al año, resultado de una coproducción, con dirección japonesa, en la vieja planta que General Motors tiene en Fremont, California.

Estos acuerdos de ventas y coproducción se han hecho pasar como paliativos temporales hasta que el futuro “proyecto Sa’ arno” de la General Motors logre automatizar la producción de coches chicos

en Estados Unidos con costos por debajo de los japoneses. De hecho el sindicato de trabajadores automotrices ha hecho concesiones definitivas en su contrato de 1984 (entre ellas se incluye el abandono implícito de su demanda tradicional de un año de trabajo más corto y la aceptación de despidos masivos de trabajadores excedentes) a cambio de las vagas promesas de la GM para poner en marcha la estrategia Saturno. Por otro lado, el presidente de la Chrysler, Lee Iacocca, se ha preguntado por las medidas verdaderas de la GM, insinuando que la compañía automotriz más grande de los Estados Unidos consolida un acuerdo de condominio con los japoneses que de hecho va para largo, y que consiste en rentarles el mercado del coche pequeño mientras la GM concentra su competitividad suprema en los mercados del automóvil mediano y de lujo. Haciendo sus planes a partir de esta eventualidad, las compañías Ford y Chrysler de inmediato han echado mano de sus propias estrategias asiáticas con consecuencias nefastas para el empleo en la industria norteamericana del automóvil (que ya está 1/4 por debajo de los niveles de 1978). Los analistas de la industria automotriz coinciden en que si las cuotas a las importaciones japonesas se suprimen en 1985 (tal como se piensa hacer), es probable que la participación de la industria japonesa en el mercado norteamericano duplique su actual 19%, con una pérdida de 250,000 empleos locales.

El nuevo orden corporativo

Se ha hecho una gran alharaca por el papel que juega el gasto de capital en la recuperación y la garantía de prosperidad para toda la década. Durante su campaña electoral Reagan se repitió en el manejo de cifras que hablaban de “el más grande aumento en las inversiones de los últimos 28 años”, de “un gasto de capital tres veces más alto que la tasa de consumo”, etcétera. De hecho, los altos índices de aumento son, en primer lugar y solamente, un efecto del bajo punto de partida que hubo a principios de 1983, y que siguió a la severa caída de las inversiones durante la recesión de 1981-82.

A mediados de 1984 la participación de las inversiones en el PNB estaban todavía un 6% por abajo del nivel de 1981, a pesar de que el consumo era 1% superior, índice muy ambiguo para una expansión encabezada por las inversiones. Más aún, *Business Week* predice que en 1985 el gasto de capital será tan sólo de 1/4 de la extensión que tuvo el año anterior.

Al celebrado papel que según esto jugarán las nuevas empresas para promover el giro reaganiano —lo cual es un artículo de fe en los homenajes franceses y británicos a la reaganomía— lo desmienten la baja en curso de las ventas de acciones de pequeñas compañías y oferta neta de capital de riesgo, la cual se mantiene en un mero sesenta y nueveavo (69avo) del volumen del capital involucrado en los recientes acuerdos de fusión (aprox. $.0145 = 1/69$). El impulso real de la expansión proviene del sector servicios, que ha tenido a su cargo la mayor parte del crecimiento, la inversión, y el 85 % de la creación de nuevos empleos.² Finalmente, de las nuevas inversiones en la manufactura, la principal tendencia se encamina a racionalizar la supresión de empleos en vez de aumentar la capacidad de crearlos. Con el estancamiento de la construcción de nuevas plantas que llega ya a niveles de pre-recesión, la mayor parte del gasto de capital se ha dirigido a cosas como las computadoras chicas, la maquinaria importada y los robots; un reflejo de las leyes federales de impuesto que favorecen la situación de trabajadores por máquinas.

Sin embargo, tal vez la tendencia más significativa de los últimos dos años ha sido el notable tropismo del capital de manufactura y transportes hacia sectores que dejan altas ganancias como los de reservas energéticas, servicios financieros, bienes raíces, nueva tecnología y, sobre todo, la defensa militar. En algunos casos la metamorfosis es sorprendente, como ocurre con la US Steel que hace poco se transformó en compañía petrolera de mediano tamaño. Cuando en 1982 la corporación adquirió Marathon Oil en 6 mil millones de dólares, hubo una protesta de los miles de trabajadores de la industria del acero que habían hecho concesiones salariales para permitirle a la compañía la “revitalización de la producción básica de acero”. Ahora David Roderick, el presidente de la compañía, olvidándose de los 100,000 trabajadores desempleados tan sólo en Pennsylvania, el estado matriz de la US Steel, acelera la desindustrialización al desviar hacia el desarrollo petrolero el 80 % del presupuesto de la corporación, y a esto lo siguió la compra de una segunda compañía petrolera (la Husky Oil) en abril de 1984, con un costo de 505 millones de dólares. De un modo similar, aunque menos dramático, el sistema ferroviario Santa Fe y Southern Pacific que acaba de

² *Business Week*, 29 de octubre de 1984, p. 15 Para septiembre la recuperación industrial parecía haber perdido fuerza, ya que el empleo en la fabricación había bajado en un número de 124,000 con perspectivas de mayores despidos. (Ver también el *Wall Street Journal* del 26 de octubre de 1984).

fusionarse ha extendido sus operaciones a los bienes raíces y plantea destinar otros 3 mil millones de dólares para zonas residenciales en las costas de San Francisco y San Diego.

Los cambios de sexo de los fabricantes de acero en petroleros rentistas, o de los ferrocarriles en propietarios marítimos son, sin embargo, tan sólo ejemplos extremos de un movimiento general hacia la diversificación corporativa. De ahí que la American Carn, la Ashland Oil, Ethyl, Greyhound y St. Regis se hayan vuelto importantes vendedores de seguros, mientras que National Steel se ha metido en el campo de los préstamos y el ahorro, la RCA en los financiamientos privados, la Weyerhauser se ha vuelto banca hipotecaria, la General Electric alquila aviones y Xerox se volvió banca de inversiones.³ Mientras tanto, en los seis años que siguieron al despilfarro de 500 millones de dólares de la Exxon con su fallido intento de capturar el mercado de la automatización de oficinas, varias de las más grandes corporaciones industriales han devorado a más de 500 nuevas firmas de tecnología, casi siempre con resultados desastrosos. La mayor excepción podría ser la compra que hizo la General Motors, por 2.5 mil millones de dólares en efectivo y en valores; la GM —que como hemos visto, lleva a cabo una reestructuración radical de toda su producción automotriz— intenta que EDS se vuelva el gigante de los servicios computarizados; Según cálculos, el presidente de la GM Roger Smith, experto financiero que surgió en la división de defensa militar de la GM, proyecta que en el conjunto de sus transacciones se dé un alza de hasta un 45 % en la participación de tecnologías superiores y nuevas adquisiciones no automotrices.

Sin embargo, la tendencia aislada más importante en el sector inversiones es la fiebre por trabajar la veta mayor en el Departamento de Estado de Caspar Weinberger. Como podía haberse pronosticado, la nueva carrera armamentista ha proporcionado el más importante impulso a la recuperación de los sectores industriales clave, aportando la mitad de la creciente demanda aeroespacial y una quinta parte de la de metales básicos y elaborados.

³ La diversificación de las corporaciones industriales en servicios financieros no ha sido estimulada por las leyes fiscales de Carter/Reagan que permiten a los subsidios financieros proteger la "sombra" fiscal de la depreciación y las pérdidas de la compañía madre. Así protegida, la Compañía de Crédito GE, para poner un ejemplo, ha logrado convertirse en un participante principal del juego de adquisiciones por medio de influencias. Ver *Business Week*, 13 de septiembre de 1984, p. 82; *New York Times*, 3 de junio de 1984, p. 28F.

Como podemos ver en el cuadro 3, la demanda militar ha sido también el sector más dinámico en el avance de los aparatos electrónicos y se predice que, conforme empiecen a producirse nuevas tecnologías militares en la próxima década, la defensa militar aumentará en un 30 % su gasto en material electrónico.

CUADRO 3

*Mercado norteamericano de la electrónica
(miles de millones de dólares)*

<i>Sector</i>	<i>1983</i>	<i>1984</i>	<i>% de cambio</i>
computadoras/ oficinas	41	48	17%
<i>Militar</i>	34	44	29%
comunicaciones	23	26	13%
industrial	19	22	16%
consumo	11	12	9%
Total	128	152	16%

Sobre todo, se espera que el gasto militar de 1 billón de dólares que se proyecta para 1985-87, iguale el impacto económico de la Guerra de Vietnam en su punto mayor, buscando una proporción igual de producción nacional de bienes duraderos (13 %) aunque el efecto en el empleo sea menor (1.2 millones de nuevos empleos relacionados con la defensa militar).

Para el viejo núcleo industrial “fordista” de la economía norteamericana —es decir, para el complejo industrial de producción masiva y sus proveedores, a los que ahora amenaza la competencia de las importaciones— el Pentágono ha sido el instrumento primordial de la reestructuración. Por ejemplo, la Goodyear se ocupa y se apura en canibalizar su producción de llantas para volcarse al espacio militar aéreo (tanto como el petróleo y el gas). La General Tire (con 607 millones de dólares en contratos vinculados con la defensa militar) forma ya un conglomerado de industrias militares con Aerojet General, los fabricantes de refacciones automotrices Bendix/Autolite

forman otro de estos conglomerados (Allied Corporation), y tanto la Ford como la GM obtienen gran parte de su flujo de capital de contratos con el Pentágono por miles de millones de dólares. Mientras tanto, las compañías que tradicionalmente han estado entre las diez mayores contratistas con la defensa militar, como General Dynamics, Lockheed, Douglas y Raytheon, se diversifican cada día menos y dependen más de las inyecciones que da el Pentágono, mientras esas compañías abandonan la línea, menos lucrativa, de la producción civil. Willard Rockwell, legendario fundador de la Rockwell International, fabricante de los sistemas MX y B-1, causó revuelo cuando renunció a su cargo en la Junta Directiva y dijo que el futuro de la compañía se había hipotecado de un modo irresponsable al programa militar de Reagan. (No es sorprendente entonces, que su sucesor, Robert Anderson, intente llevar una relación especial con la Casa Blanca y que hasta la fecha Reagan lo haya nombrado dos veces presidente del Día Nacional de las Naciones Unidas).

Uno de los resultados de estas tendencias es que en la macroeconomía se debilitan la coherencia y el sitio central que ocupaban las más antiguas industrias de producción masiva; otro resultado es el considerable fortalecimiento en la organización corporativa, del principio de conglomeración financiera. La transformación de corporaciones manufactureras en compañías de grandes *holdings* a los que rigen estrategias financieras especulativas (y apuntaladas por las nuevas tecnologías de control centralizado), está echando por tierra la famosa revolución "sloaniana" que racionalizaba la administración de oligopolios manufactureros integrados verticalmente según el modelo de Alfred Sloan para la General Motors de los años 20. Junto con esto, lo anterior también debilita poco a poco, y muy probablemente de un modo irreversible, al sistema de relaciones industriales y al "compromiso" sindicato-compañía, que se asocian con el paradigma de racionalidad corporativa de la General Motors. A discusión: la compañía IBM —que ahora tiene un flujo de capital en efectivo mayor al de la GM⁴— puede verse como el pionero de un modelo nuevo y más avanzado de integración industrial, con su práctica correspondiente de relaciones industriales (no sindicalizados).

⁴ *Dun's*, julio de 1984, p. 49. Los ingresos de la IBM siguen siendo aproximadamente un 55% de los de GM, pero se calcula que se duplicarán en la próxima década. Por tanto, para la década de los 90 la IBM y la GM podrían tener el mismo tamaño.

Sin embargo, al igual que la GM de los años 30, la IBM resulta ese caso único del gigante que se financia por sí solo, que obtiene superganancias y que puede llevar a cabo sus grandes programas de inversión en períodos recesivos y con intereses altísimos, mientras crecen y prosperan sus mercados de diversos productos. Pocas de las corporaciones de hoy, incluyendo a las más importantes, tienen tal libertad financiera de maniobra como la GM o la IBM y pocas cuentan con sus horizontes de planificación.

En lugar de eso, los rápidos desplazamientos de capital industrial rumbo a las inversiones en los sectores primario, terciario o militar, sólo tienen paralelo en la búsqueda predatoria de los acervos de otras compañías. Lo que Robert Reich ha llamado “empresarialismo de papel”, “el reacomodo de fondos industriales en espera de ganancias a corto plazo” se ha incrementado inexorablemente en la última década, conforme las diversas fusiones se han tragado a 82 miembros de los 500 de *Fortune* y entre ellos mismos se han distribuido 398 mil millones de dólares equivalentes al PNB de Italia. La recuperación Reaganiana ha provocado esta manía de fusión y la ha llevado a una fiebre que recuerda los últimos días del auge de los años 20; hacia el final del último verano se habían realizado fusiones por 15 mil millones de dólares más y se había establecido un récord en el volumen agregado de dólares.

Aunque el brote de esta epidemia fusionante podría marcarse con el desastroso *ménage à trois* entre Bendix, Martin Marietta y Allied en 1982, los actores principales han sido las compañías petroleras, que cumplen con la máxima de que Wall Street es el lugar más barato para encontrar petróleo. Así, la Texaco pagó 10.1 mil millones de dólares por Getty, mientras que Standard de California (ahora Chevron) desembolsó 13.1 mil millones de dólares por la Gulf. En la mayoría de los casos y en cierta forma, las compañías en fusión han sido matrimonios a la fuerza, obligados por alianzas con accionistas institucionales, y financiadas por capitales de préstamo. De hecho la mayor parte de las llamadas “compras apalancadas” (leveraged buyouts, LBO) están “sobreinfluenciadas” por los incentivos que dieron los proyectos fiscales de Carter y Reagan, con la sustitución de deudas por acciones. Están, como dice *Forbes*, “subsidiados por el ciudadano que paga impuestos”.

El fenómeno de las LBO ha permitido que un grupo de extravagantes especuladores —que incluye a los arrendatarios petroleros independientes como T. Bonne Pickens, a la familia Bass, el hotelero J. Willard Marriott Jr. y otros— se conviertan en los bucaneros con-

temporáneos de Wall Street. Su estrategia consiste en intervenir en las disputas que están en proceso, entre las principales empresas petroleras u otras empresas gigantes, apalancando acciones o accionistas prestanombres para exigir chantajes lucrativos. Así, los Bass Brothers hicieron una ganancia previa a los impuestos de 400 millones de dólares por medio de su amenaza de retiro a la Texaco (que terminó pagando un total de \$1.29 mil millones de dólares para poder obtener el 10 % de acciones de Bass y su promesa de no entrometerse durante diez años), y una tarde a principios del año pasado, Pickens se agenció 500 millones de dólares cuando Chevron compró su desestimiento de adquirir la Gulf. Los Bass se unieron a Marriot, un famoso empresario que no permite sindicatos a sus empleados, para la obtención de Conrail (compitiendo contra una oferta de los mismos empleados del ferrocarril) mientras que el temible Pickens, cuya compañía Mesa Petroleum tiene un movimiento anual de sólo 422 millones de dólares, construye una empresa de guerra de 6 mil millones de dólares para colocarse contra la Mobil Oil de 60 mil millones de dólares.⁵

Según Thomas Edsall en “The New Politics of Inequality” (La nueva política de la desigualdad), los petroleros independientes que se hicieron de miles de millones de dólares con la explosión de los precios energéticos en 1970, y que de inmediato se diversificaron a los bienes raíces y la industria del ocio, han proporcionado el elemento de cohesión entre la Nueva Derecha y el Partido Republicano. Los petroleros independientes, que constituyen una tercera parte de los principales contribuyentes a las causas republicana y conservadora, son el centro de un nuevo bloque de poder que gracias al continuo movimiento de capital y de los ingresos fiscales hacia el Oeste y hacia el Sur, está desplazando a las multinacionales del noroeste en el control activo del aparato republicano. En este sentido, la casi-extinción del “republicanismo moderado” —es decir, el ala Dewey-

⁵ Cathleen Stauder: “How the Bass Brothers Do Their Deals”, *Fortune*, 17 de septiembre de 1984. La lista de las acciones de la familia Bass parece más bien una recopilación al azar de una enciclopedia china: un fabricante de ropa interior de Minnesota, el fabricante nacional más importante de salsa para pizza, un complejo de tiendas en San Francisco, un curso de golf de Jack Nicklaus, 5 % de Walt Disney, 5 % de una cadena de pollo frito, nueve parques industriales en Chicago, Baltimore y Atlanta; un proyecto subsidiado de construcción de viviendas en Puerto Rico, propiedades en Florida, Carolina del Norte y California, 100 millones de dólares en efectivo por la venta reciente del casino Atlantic City Sands y, por último, la mayor parte del centro de Fort Worth.

Rockefeller que reinó de 1940 a 1964— es parte del modelo más amplio que suplanta al fordismo y del ascenso de nuevas cadenas de rentistas contratistas militares. Aprovechando en gran forma la reciente infusión que significó el gasto en la deuda y la defensa militar, junto con el auge de estas industrias, es poco probable que los nuevos corredores de poder del republicanismo, con todo y su retórica anti-estatista, dejen de ser los más ávidos seguidores de la actual prosperidad patológica.

II. Los ejes inestables del comercio mundial

El creciente déficit comercial norteamericano excederá los 130 mil millones de dólares (o casi 3 % del PNB). Y es lo primero que ha permitido la débil recuperación del comercio mundial. Las exportaciones hacia los Estados Unidos abarcan de un 25 a 40 % del crecimiento del PNB de Europa Occidental y del Este asiático capitalista. Pero la celebrada “locomotora” de Reagan no está dando un impulso parejo a las naciones con las que comercia. Mientras que Japón y algunas naciones del Este asiático han alcanzado e incluso han sobrepasado a los Estados Unidos, la CEE se mueve con lentitud y las principales economías de América Latina y África siguen descarriladas. El carácter desigual y contradictorio de la “recuperación” es un signo externo de la desarticulación estructural en la economía mundial.

Abstrayendo el papel redistributivo de los balances de comercio energético en la economía mundial (y por tanto el papel de la OPEP) en los años setenta hubo una coherencia en la acumulación mundial que se basaba en estas interrelaciones: 1) Los Estados Unidos equilibraron su déficit de manufactura con el Este asiático (automóviles, aparatos electrónicos, vestido), con un excedente más o menos equivalente (20 mil millones de dólares en 1980) con Europa (computadoras, aeroespaciales). 2) Simultáneamente, el excedente comercial neto de Estados Unidos con América Latina se compensaba con un flujo de inversión directa norteamericana sobre todo en Brasil y México). 3) Los déficits de producción europeos con los Estados Unidos y Japón se equilibraban con enormes excedentes de bienes de capital con el Tercer Mundo, sobre todo África. 4) Finalmente, los excedentes japoneses con Europa y Estados Unidos permitían a Japón pagar sus cuentas de energía y materias primas, exportando al mismo tiempo capital a varias naciones del Este asiático y Australasia.

La hegemonía militar norteamericana y su soberanía monetaria

alguna vez dieron coherencia a este sistema de interrelaciones, y ahora se han vuelto la principal fuerza desorganizadora. En primer lugar, como vimos, el vuelco en la demanda interna norteamericana de bienes de consumo masivo hacia mercados sustitutos de especulación y bienes militares, ha generado la espiral de déficits presupuestarios y comerciales que han desequilibrado aún más al “gran triángulo” de comercio inter-metropolitano, y al mismo tiempo se ha chupado los ahorros europeos y japoneses. En segundo lugar, la administración fiduciaria colectiva de los bancos occidentales sobre las economías de América Latina ha confiscado para esos países cualquier avance de desarrollo que pudieran lograr en la expansión del comercio norteamericano. De hecho la relación tradicional está de cabeza porque tanto el excedente comercial como la exportación de capital de América Latina se dirigen hacia los Estados Unidos. La carga neoclásica de ajuste a este nuevo orden comercial ha caído sobre los habitantes más pobres del hemisferio, incluyendo a los diez millones de *flagelados* que se calcula han muerto de inanición en el Noreste de Brasil durante el primer gobierno de Reagan.

En tercer lugar, los precios de los bienes primarios todavía no se recuperan de la ruinos caída que sufrieron durante 1981-82, su nivel más bajo desde la post-guerra. Los productores de monocultivos están atrapados en una clásica crisis de tijeras: entre los precios caídos de sus exportaciones y el alto interés de su deudas. La depresión económica tanto en el Africa negra como en América Latina, aparte de convocar el espectro del incumplimiento supremo y los peligros de un pánico financiero, es una restricción importante para cualquier estrategia de recuperación europea que quiera basarse en exportaciones, con esto se exacerban los déficits de la CEE con el Este asiático y aumenta su dependencia de los mercados norteamericanos. Cuarto, mientras que Japón (Estados Unidos ha absorbido las dos terceras partes de sus exportaciones en aumento desde 1983) y los “cuatro tigres”, Corea, Taiwan, Singapur y Tailandia (que exportaron a Estados Unidos 8.5 mil millones de dólares tan sólo en los primeros meses de 1984), son los principales beneficiarios del auge de Reagan. Como veremos, esto se da a costa de que estos países aplazan la reforma de sus mercados internos y de que aumentan su vulnerabilidad ante una posible recesión norteamericana.

De ahí que el patrón más obvio es el de una incoherencia y un desequilibrio en aumento en cada coyuntura estratégica del comercio. Pero, para jugar un poco al abogado del diablo a favor de los neoliberales, ¿qué tal si todo este desorden en la economía mundial es sólo la confusión que trae el paso de un viejo capitalismo rebasado a un

nuevo empresarialismo de microprocesadores de silicón? ¿Acaso el auge de Reagan no está cambiando el centro de gravedad del capitalismo mundial: del Atlántico al nuevo mundo de la costa de California? Hay que ocuparse brevemente del impacto de este giro sobre la competitividad del viejo mundo, lo mismo que de la evidencia de que en el Pacífico ha surgido un nuevo eje geo-económico.

¿El ocaso europeo?

Una de las ironías de la expansión es que el excedente de las nuevas mercancías europeas con los Estados Unidos —que se calculó de 14 mil millones de dólares en 1984—⁶ lejos de señalar la renovación del vigor capitalista europeo es tan sólo un síntoma del estancamiento de la demanda interna europea, que está reorientando a las grandes multinacionales hacia los Estados Unidos. El capital europeo está atrapado en su propia crisis estructural “de tijeras”. Por un lado, el proyecto de la unidad capitalista europea está seria, si no es que fatalmente, comprometido por las adaptaciones competitivas de las diversas economías nacionales a una nueva división internacional del trabajo. Y por el otro lado, la parálisis de clases en Europa, que impide a la clase obrera tomar la ofensiva contra el desempleo, también ha impedido, hasta ahora, que la derecha se involucre en un experimento para crecer al estilo norteamericano que se basa en la polarización de la pobreza y la riqueza en un reducido Estado benefactor. En efecto, el capitalismo europeo no ha logrado crear ni las economías de escala que se asocian con un mercado continental bien integrado, ni el control de la demanda social que se asocia con un poder de clase más unilateral, ya sea de derecha o de izquierda.

Como resultado de lo anterior, Europa ha perdido prácticamente su condición de superpoder en la revolución científico-tecnológica. En 1970, el “Colonna Memorandum” de la Comunidad Europea planteó la urgencia de enfrentar el reto norteamericano en el campo de la tecnología avanzada y esbozó varias acciones audaces para que las empresas se animaran a fusionarse más allá de sus fronteras y aceleraran la integración de un mercado común en electrónica. Ahora, casi quince años después, el principal fabricante de circuitos integrados, Phillips, ocupa el doceavo lugar mundial, mientras que el

⁶ Las exportaciones alemanas hacia los Estados Unidos han aumentado en más de 50 % en el último año. *Business Week*, 24 de septiembre de 1984, p. 27.

primer fabricante de computadoras de Europa, Olivetti, tiene un movimiento anual que llega sólo a una 17a. parte del que tiene la IBM. Las computadoras que se fabrican en Europa cubren únicamente el 17 % del mercado europeo (la participación norteamericana es del 81 %), mientras que menos del 6 % de los circuitos integrados del mundo —las “máquinas de poder” de la tecnología moderna— se producen en Europa. En una investigación sobre la industria electrónica mundial de 1982, el Comité Económico Conjunto del Congreso de los Estados Unidos concluyó que la “batalla por la superioridad” (en circuitos integrados) es hoy una pelea entre los fabricantes norteamericanos (67 % del mercado mundial) y los japoneses (26 %), pelea que tendrá lugar en los mercados europeo y norteamericano.

Se ha visto que tanto la cooperación transnacional como la centralización horizontal son metas quijotescas para las industrias europeas de electrónica y procesamiento de información, empezando con el colapso, en 1974, del primer consorcio de computación europeo: Unidata. De cincuenta de las mayores empresas internacionales (o coempresas) que se han fusionado en el terreno de la tecnología informática entre 1980 y 1983, únicamente dos eran intra-europeas; del resto la mitad eran proyectos norteamericano-japoneses y la otra mitad eran euro-norteamericanas. Aunque finalmente la CEE inició en 1981 un programa de desarrollo e investigación conjunto llamado ESPRIT, la industria sólo podrá recoger esos frutos en la década de los 90. El resultado es que en los próximos diez años la participación de la CEE en los sistemas mundiales de tecnología informática podría caer de un 20 % a un 15 %, mientras que su déficit comercial en tecnología informática, que ya para 1982 era de 3.2 mil millones, podría aumentar hasta 16 mil millones de dólares para 1992.

Teniendo en sus manos un 70 % de los tableros computarizados del mercado europeo, la IBM se dispone a ocupar posiciones de mando en todos los sectores del complejo de electrónica e información. La puesta en marcha “amigable” de una demanda legal anti-trust de la CEE a mediados del año pasado, le abrió el camino para expandirse a la automatización de las fábricas (un mercado de 30 mil millones de dólares para 1990) y las telecomunicaciones. Lo que está en juego no son sólo las acciones en el mercado, sino la capacidad de IBM para imponer sus “sistemas estándar” en todas las industrias. El reciente veto del gobierno de Thatcher a la propuesta de integrar una empresa IBM-Telecom se justificó diciendo que así se evitaba que el Diseño de la Red de Sistemas de la IBM se volviera la norma en

las telecomunicaciones británicas. Sin embargo a la larga es poco probable que las aisladas acciones de retaguardia por parte de algunos Estados europeos puedan proteger a sus sistemas postales y de telecomunicaciones —o a sus ya marginadas industrias de computación— contra la colonización de los gigantes mundiales como la IBM o la ATT (que hace poco se unió con Olivetti). De hecho, la expansión más bien parece acelerar la erosión de la soberanía tecnológica europea conforme las compañías locales, incluso los monopolios estatales, se ven obligados a pasar por la rejilla de la interdependencia que controlan los vendedores de la tecnología extranjera dominante.

¿Amanecer en el Pacífico?

Uno de los ejercicios involuntarios de Marx en futurología que han pasado más desapercibidos fue su predicción, durante la fiebre del oro en California, de que el siglo XIX vería el giro en la hegemonía comercial de las viejas tierras del Atlántico a las nuevas tierras del Pacífico.⁷ En los hechos el viraje del espíritu mundial hacia el oeste ha sido más lento de lo profetizado. Es más, sólo desde la aparición de Ronald Reagan la idea de un enorme desplazamiento geopolítico en la regulación de la economía mundial se ha vuelto algo más que una plausibilidad superficial.

Muchos datos recientes pueden probar esta tesis. Primero, está el papel primordial, prácticamente unilateral, del comercio del Pacífico, lo cual distingue a esta expansión de otros virajes de la postguerra. Desde 1980, la Cuenca del Pacífico ha eclipsado al Atlántico del Norte como la principal zona de comercio de los Estados Unidos y, como otro indicativo, Taiwan ya sobrepasó a la Gran Bretaña como socio comercial de los Estados Unidos.

Segundo, el capitalismo del Pacífico, incluyendo California (ella sola considerada aparte, es la sexta economía capitalista más grande), sigue creciendo dos veces más rápido que Europa. En los seten-

⁷ “El centro de gravedad del comercio mundial, Italia en la Edad Media, e Inglaterra en nuestros tiempos, es ahora la parte sur de la península norteamericana... Gracias al oro de California y a la incansable energía de los yanquis, ambas costas del Océano Pacífico serán pronto tan populosas, tan abiertas al comercio y tan industrializadas como lo es hoy la costa que va de Boston a Nueva Orleans. El Océano Pacífico jugará el mismo papel que hoy tiene actualmente el Atlántico y que el Mediterráneo tuvo en la antigüedad y en la Edad Media —el de la principal carretera marítima del comercio mundial; y el Atlántico bajará al nivel de un mar local...” Marx y Engels: “Review” Enero-febrero de 1950, *Obras completas*, volumen 10, Londres 1978, pp. 265-266.

CUADRO 4

Acciones de las importaciones en el mercado norteamericano

	1973	1980	1983
I. "Atlántico" (Europa + Canadá)	61%	50%	43%
II. "Pacífico" (Asia + América Latina)	35%	48%	54%
III. Otros	4%	2%	2%

ta, los diez estados que hoy integran la CEE tenían un PNB equivalente al de los Estados Unidos, y dos veces mayor al de las diez economías principales de la cuenca del Pacífico. En 1984 el PNB de la CEE se redujo un 93 % frente al de Estados Unidos, mientras que los Diez del Pacífico crecieron a dos tercios del tamaño de la CEE. Finalmente, es probable que la mayor parte de la industria mundial capitalista que se ocupa de la ciencia, la investigación y el desarrollo, se localice ahora a lo largo de la costa del Pacífico, en California y en Japón. La microelectrónica es la primera revolución científico-tecnológica que no se inició en Europa o que no se desarrolló principalmente en el ámbito del comercio del Atlántico.

Estas son las tendencias que alimentan la imagen de un "amanecer en el Pacífico", tan tranquilizantes en las albercas de California, tan inquietantes en los corredores de la Bolsa o en la *City*. Pero de hecho no hay nada menos probable que los modelos de hoy en el intercambio del Pacífico puedan sustituir al circuito roto del fordismo en los Estados Unidos, o al estancamiento de la demanda en Europa o al estrangulamiento de la producción de consumo y la agricultura de cereales en el tercer mundo. Muy al contrario: en cierto sentido, el auge de exportaciones hacia los Estados Unidos es en sí un sustituto insostenible del fracaso del capitalismo en el Este asiático para aumentar su demanda interna o para alcanzar un orden económico regional más equilibrado.

El régimen de Nakasone en Japón, para inquietud de algunos sectores del partido gobernante, sigue privilegiando el desarrollo de una industria armamentista de alta tecnología, que se sincroniza con el Pentágono para satisfacer sus necesidades, y pasa por encima

de la —mucho tiempo relegada— mejoría de la infraestructura social. Mientras tanto, el *shunto* (ofensiva salarial) de la primavera de 1984 bajo el liderazgo de los sindicatos empresariales de derecha ha producido el más bajo incremento salarial desde 1955. Al mantener a raya la participación salarial en el PNB y permitir que la ofensiva de las exportaciones sea la encargada de sostener el empleo, la amenaza del proteccionismo europeo y norteamericano acumula nubes sobre el sol naciente.

Y es todavía más precaria la posición de los cuatro Estados capitalistas más pequeños del Sudeste asiático, ya que sus tradicionales ventajas de exportación en la fabricación con mano de obra intensiva están desapareciendo por la competencia de sus vecinos más pobres de la Asociación Económica de los Países del Sur de Asia, también por la automatización de las fábricas en los Estados Unidos y por una significativa recolocación de la industria de sudor, de Asia al Caribe. Por la prisa de ganar nuevos espacios en las exportaciones intensivas en capital o de alta tecnología, se ha roto el ciclo productivo virtuoso que les ha permitido adquirir las industrias que Japón desecha (y que por lo general obtenían también con la ayuda de inversiones japonesas). Han entrado en competencia más directa con importantes sectores de exportación japonesa y con la avanzada tecnología japonesa de primera. Se ha cuestionado de un modo particular la apuesta de Corea, de miles de millones de dólares, sobre su posibilidad de crear de la nada una industria nacional automotriz. En un amplio estudio sobre la división del trabajo en el Sudeste asiático, Bruce Cummings ha apuntado que en las nuevas condiciones de competencia internacional que se crearon en los setentas, sólo quedaba *un* lugar para otro “nuevo Japón”. En su opinión, “se escogió a Taiwan y no a Corea del Sur”, con graves consecuencias para la estabilidad autoritaria de este último país.⁸

Una crisis de Tigres y Vaqueros

En contraste con el escenario del amanecer en el Pacífico, podría sugerirse la posibilidad de que la expansión inestable está creando las bases de una caída que podría desembocar en una crisis que se daría, precisamente, a todo lo largo del eje actual de crecimiento, desde la Sunbelt norteamericana hasta el Este asiático in-

⁸ Bruce Cummings, “The Origins and Development of the Northeast Asian Political Economy”, *International Organization*, Invierno, 1984, p. 35.

dustrial. Las condiciones de “invernadero económico” que han prevalecido en estas zonas, casi sin interrupción, desde el comienzo de la guerra de Vietnam, han creado vastos y nuevos complejos productivos y clases trabajadoras, pero también han alimentado acumulaciones, nunca antes vistas, de capital ficticio. Si en una costa del Pacífico, el relativo subconsumo de los proletarios del Este asiático presenta un obstáculo insalvable para el crecimiento, en la otra costa el ostentoso megaconsumo de las clases medias californianas representa una amenaza para la estabilidad financiera.

Desde la década de los setenta, la capitalización de valores desmesurados de bienes raíces, los auges de la construcción comercial, las acciones mineras infladas y las sobredesarrolladas industrias de servicios en los estados del oeste y del sur, han absorbido una parte desproporcionada de la riqueza norteamericana. Ahora, luego de apurar la caída del viejo mundo industrial, esta enorme superestructura de demandas de ingresos no productivos, está alimentándose hasta el agotamiento de los ahorros de todo el mundo capitalista. Mientras tanto, los analistas financieros, todavía azorados por el colapso de Continental Illinois, ven con nerviosismo la salud de muchos bancos de la Sunbelt (que incluyen al gigantesco Bank of America), que de modo irresponsable le han dado validez a la especulación con bienes raíces locales y con activos de la industria energética, mientras que al mismo tiempo se extienden ampliamente por América Latina.⁹ Un vector potencial de tal crisis financiera es el reciente hundimiento de las industrias energéticas de los estados del oeste, que ha reducido el empleo y ha puesto en peligro el valor colateral de las reservas.¹⁰

⁹ Hace poco la Federal Deposit Insurance Corporation (Corporación Aseguradora de Depósito Federal) declaró al Congreso que los bienes clasificados —préstamos de calidad cuestionable— se elevaron a 58 % del capital de todos los bancos asegurados el último año, incrementándose del 30 % que representaban en 1979. El grueso de los préstamos problema sigue siendo abrumadoramente nacional. La mayor parte de los ejemplos citados son de California o Texas. (“Behind the Banking Turmoil”, *Business Week*, 29 de octubre de 1984, p. 7). Mientras tanto, en noviembre de 1984, el contralor de la Tesorería sorprendió al mundo financiero con una petición que exige el fortalecimiento de la base de capital del Bank America —acción que sólo puede provocar inquietud sobre la solvencia del banco más grande del país.

¹⁰ Se ha dado poca importancia al hecho de que la reciente caída petrolera ha costado muchos empleos (más de 100,000) en el área metropolitana de Houston, al igual que la baja repentina del acero en Pittsburgh. Sobre la crisis estructural de la economía texana, ver *New York Times*, 16 de septiembre de 1984. p. F9.

En el corto plazo, por supuesto, es posible que el gobierno de Reagan siga evitando una recesión profunda con la simple incorporación de mayor liquidez a los circuitos crediticios globales. Una estrategia es internacionalizar al yen y reciclar el excedente comercial japonés rumbo a los sectores de la economía mundial inestables y hambrientos de crédito. Estados Unidos ya logró una importante desreglamentación del sistema bancario japonés y ha aumentado el volumen de préstamos mancomunados en yens, disponibles para los solicitantes de préstamos internacionales. Sin embargo, la existencia de un “euro-yen” fornido sigue siendo una mera posibilidad teórica con implicaciones muy discutibles para el crecimiento del crédito mundial. Conforme el auge se atore y amenace con extinguirse, el más potente instrumento de expansión a la mano sigue siendo el poder de la Reserva Federal para sancionar la inflación monetaria. Así, a pocas horas de la reelección de Reagan, algunas cuadrillas de ofertistas clamaban por la cabeza de Paul Volcker, cuya supuesta negativa a aumentar el suministro de dinero es la culpable de la tajante baja en el último trimestre de 1984. La meta de los ofertistas, que Meese y Reagan apoyan en el gobierno, es remplazar a Volcker con un creyente, alguien como Preston Martin, vicepresidente de la Reserva Federal, en quien podría confiarse para sostener un alto crecimiento, incluso bajo el riesgo de una nueva inflación.

De modo que la segunda ola de reaganomía se inclinará, aún más que la primera, hacia una reglamentación puramente política del ciclo empresarial, algo que los demócratas ni siquiera se atrevían a soñar. De hecho un observador francés se ha referido a la recuperación como “el ejemplo más grande de voluntarismo de Estado en toda la época de la post-guerra”; un keynesianismo perverso que ha vuelto a asegurar, de manera inesperada, la unidad del bloque que eligió a Reagan por vez primera en 1980. Este importante acto de conjuro creó la ilusión de movilidad Yuppie (*YUP: Young Urban Professional. Jóvenes profesionales urbanos*) y de mucha confianza —“la sociedad conservadora de las oportunidades”— que sin duda también ha envanecido a una gran parte de la clase blanca trabajadora. A pesar de la desesperada promoción que hizo Mondale del déficit como *el* punto básico de su campaña, los contradictorios intereses económicos de diferentes sectores del capital, la economía no corporativa y las diversas capas de la clase media, esto quedó suprimido frente al amplio plebiscito de la nueva prosperidad. Pero como ya he tratado de indicar, hay un punto de amenaza inminente en el que los costos de asegurar la expansión ya

no pueden desplazarse o remitirse totalmente a la clase pobre norteamericana, al Tercer Mundo o incluso a los capitalistas extranjeros.

De hecho la vieja guardia del liberalismo norteamericano ha empezado a rezar por la llegada inminente de una recesión, igual que los campesinos que sufren sequía rezan por la lluvia. Dando por un hecho la reelección de Reagan muchos meses antes del 6 de noviembre, Arthur Schlesinger Jr. planteó así su óptica de renovación democrática: empezaría con una seca recesión en 1986 o 1987, que irrumpiría en el reino de los Yuppies y atraería a la afligida clase media hacia un Partido Demócrata unido alrededor de una nueva figura tipo Kennedy. La suposición crucial de esta perspectiva es, por supuesto, que una futura crisis de abundancia en la Sunbelt inclinará a la “izquierda” a la “Generación del Yo”, es decir, que la traerá de regreso hacia el liberalismo de vieja guardia. Nada parece menos probable que eso. Por el contrario, luego de que la reaganomía los condicionó implacablemente para tomar la prosperidad como su “derecho divino”,¹¹ la aristocracia de la computación *software* y la burguesía de boutique bien podría radicalizarse hacia una extrema derecha post-reaganiana, tal vez violentamente enconada contra los nuevos judíos de los barrios y los ghettos.¹² (De modo similar, al tener enfrente a una depresión que acababa de despedazar a un auge económico, y a una pequeña burguesía desclasada, Upton Sinclair previno en los años 30 contra el advenimiento de los “Californazis”). En ese caso, parodiando a Yeats, ¿qué mesías Yuppy avanza torvamente hacia Belén para nacer?

¹¹ El *Wall Street Journal* (24 de agosto de 1984) observó hace poco al nacimiento de un nuevo cristianismo que se ajusta específicamente a los “Yuppies” y enfatiza el credo inmaculado de “la felicidad ahora”. Su principal evangelista es la Rev. Terry Cole-Whitaker de San Diego, una ex-concursante de Miss América, que proclama en su programa televisivo en cadena nacional: “¡Se puede obtener todo ahora! Ser rico y feliz no tiene que conllevar una carga de culpa. El que es pobre, es irresponsable”. Sus seguidores ostentan botones alusivos y calcomanías que proclaman: “La propiedad es tu Derecho Divino”.

¹² En el simposio del *New York Review* con Schlesinger, Kevin Phillips, un populista conservador que previamente había hecho advertencias sobre las tendencias fascistas de la Nueva Derecha, rebatió la confianza de Schlesinger en que una crisis de la clase media revivificaría al liberalismo. Citó los ejemplos contrarios de Sudáfrica y el Likud en Israel.

Modernidad y revolución

Perry Anderson

El tema de nuestra sesión de hoy ha sido un foco de debate intelectual y pasión política durante, al menos, las seis o siete últimas décadas.* En otras palabras, tiene ya una larga historia. Sin embargo, en el último año ha aparecido un libro que reabre el debate con una pasión tan renovada y una fuerza tan innegable que ninguna reflexión contemporánea sobre estas dos ideas, “modernidad” y “revolución”, podría dejar de ocuparse de él. El libro al que me refiero al *All that is solid melts into air* (“Todo lo que es sólido se evapora en el aire”), de Marshall Berman. Mis observaciones hoy tratarán —muy brevemente— de analizar la estructura del argumento de Berman y considerar hasta qué punto nos ofrece una teoría convincente capaz de conjugar las nociones de modernidad y revolución. Empezaré reconstruyendo, de forma resumida, las líneas generales del libro, y luego procederé a hacer algunos comentarios sobre su validez. Una reconstrucción como ésta debe sacrificar el vuelo de la imaginación, la amplitud de la resonancia cultural, la fuerza de la inteligencia textual que dan su esplendor a *All that is solid melts into air*. Estas cualidades harán sin duda de él, con el tiempo, un clásico en su género. Una correcta valoración de las mismas está hoy fuera de nuestras posibilidades, pero hay que decir desde un principio que un análisis sucinto del argumento general del libro no es en modo alguno el equivalente de una correcta evaluación de la importancia y el atractivo de la obra en su conjunto.

* Contribución a la Conferencia sobre Marxismo e Interpretación de la Cultura, celebrada en la Universidad de Illinois en julio de 1983, en la sesión que llevaba por título “Modernidad y revolución”

Modernismo, modernidad, modernización

El argumento esencial de Berman empieza así: “Existe un modo de experiencia vital —la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y peligros de la vida— que es compartido hoy por hombres y mujeres de todo el mundo. Llamaré a este conjunto de experiencias ‘modernidad’. Ser moderno es encontrarse en un ambiente que promete aventuras, poder, alegría, desarrollo, transformación de uno mismo y del mundo, y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que conocemos, todo lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas traspasan todas las fronteras de la geografía y las etnias, de las clases y las nacionalidades, de las religiones y las ideologías: en este sentido se puede decir que la modernidad une a toda la humanidad. Pero se trata de una unidad paradójica, una unidad de desunión: nos introduce a todos en un remolino de desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia perpetuas. Ser moderno es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, ‘todo lo que es sólido se evapora en el aire’.”¹

¿Qué es lo que genera ese remolino? Para Berman, es una multitud de procesos sociales —enumera los descubrimientos científicos, los conflictos laborales, las transformaciones demográficas, la expansión urbana, los Estados nacionales, los movimientos de masas—, impulsados todos ellos, en última instancia, por el *mercado mundial* capitalista “siempre en expansión y sujeto a drásticas fluctuaciones”. A esos procesos los llama, para abreviar, *modernización* socioeconómica. De la experiencia nacida de la modernización surge a su vez lo que Berman describe como “la asombrosa variedad de visiones e ideas que se proponen hacer de los hombres y las mujeres tanto los sujetos como los objetos de la modernización, darles la capacidad de cambiar el mundo que les está cambiando, salir del remolino y apropiarse de él”: son “unas visiones y unos valores que han pasado a ser agrupados bajo el nombre de ‘modernismo’”. La ambición de su libro es, pues, revelar la “dialéctica de la modernización y del modernismo”.²

Entre una y otra se encuentra, como hemos visto, el término medio de la propia modernidad, que no es ni un proceso económico ni

¹ *All that is solid melts into air*, pág. 15.

² *Ibid.*, pág. 16.

una visión cultural sino la *experiencia histórica* que media entre uno y otra. ¿Qué es lo que constituye la naturaleza del vínculo entre ambos? Para Berman es esencialmente el *desarrollo*. Este es realmente el concepto central de su libro y la fuente de la mayoría de sus paradojas, algunas de ellas lúcidas y convincentemente explotadas en sus páginas, otras menos. En *All that is solid melts into air* “desarrollo” significa dos cosas al mismo tiempo. Por una parte, se refiere a las gigantescas transformaciones objetivas de la sociedad desencadenadas por el advenimiento del mercado mundial capitalista: es decir, esencial aunque no exclusivamente, el desarrollo *económico*. Por otra parte, se refiere a las enormes transformaciones subjetivas de la vida y la personalidad individuales que se producen bajo el impacto: todo lo que encierra la noción de *auto-desarrollo* como reforzamiento de la capacidad humana y ampliación de la experiencia humana. Para Berman la combinación de ambos, bajo la presión del mercado mundial, provoca necesariamente una tensión dramática dentro de los individuos que sufren el desarrollo en ambos sentidos. Por un lado el capitalismo —en la inolvidable frase de Marx en el *Manifiesto*, que constituye el *leitmotiv* del libro de Berman— hace trizas toda limitación ancestral y toda restricción feudal, toda inmovilidad social y toda tradición claustral, en una inmensa operación de limpieza de los escombros culturales y consuetudinarios en todo el mundo. A este proceso corresponde una tremenda emancipación de las posibilidades y la sensibilidad del individuo, ahora cada vez más liberado del *status* social fijo y de la rígida jerarquía de papeles del pasado precapitalista, con su moral estrecha y su imaginación limitada. Por otro lado, como subrayaba Marx, la misma embestida del desarrollo económico capitalista genera también una sociedad brutalmente alienada y atomizada, desgarrada por una insensible explotación económica y una fría indiferencia social, que destruye todos los valores culturales o políticos que ella misma ha hecho posible. De igual modo, en el plano psicológico, el autodesarrollo en estas condiciones sólo podría significar una profunda desorientación e inseguridad, frustración y desesperación, que son *concomitantes* —y en realidad inseparables— de la sensación de ensanchamiento y alborozo, de las nuevas capacidades y sentimientos liberados al mismo tiempo. “Esta atmósfera —escribe Berman— de agitación y turbulencia, de vértigo y embriaguez psíquica, de expansión de las posibilidades experimentales y de destrucción de las fronteras morales y de los lazos personales, de autoensanchamiento

y autodescomposición, fantasmas de la calle y del alma, es la atmósfera en la que nace la sensibilidad moderna”.³

Esta sensibilidad data, en sus manifestaciones iniciales, del advenimiento del propio mercado mundial hacia el año 1500. Pero en su primera fase, que para Berman dura hasta 1790, carece aún de un vocabulario común. Una segunda fase se extiende a lo largo del siglo XIX, y es aquí donde la experiencia de la modernidad se traduce en las diversas visiones clásicas del modernismo, que Berman define esencialmente por su gran capacidad de captar las dos caras de las contradicciones del desarrollo capitalista, celebrando y denunciando al mismo tiempo su transformación sin precedentes del mundo material y espiritual sin convertir jamás estas actitudes en antítesis estáticas o inmutables. Goethe es el prototipo de esta nueva visión en su *Fausto*, que Berman analiza en un magnífico capítulo como una tragedia del individuo que se desarrolla en este doble sentido. Marx en el *Manifiesto* y Baudelaire en sus poemas en prosa sobre París son presentados como emparentados por el mismo descubrimiento de la modernidad, una modernidad prolongada, en las peculiares condiciones de una modernización impuesta desde arriba a una sociedad atrasada, en la larga tradición literaria de San Petersburgo que va desde Pushkin y Gogol hasta Dostoievsky y Mandelstam. Una condición de la sensibilidad así creada, afirma Berman, era la existencia de un público más o menos unificado que conservara todavía el recuerdo de lo que era vivir en un mundo premoderno.

En el siglo XX, sin embargo, este público se amplió al tiempo que se fragmentaba en segmentos inconmensurables. Con ello la tensión dialéctica de la experiencia clásica de la modernidad sufrió una transformación crítica. Aunque el *arte* modernista cosechó más triunfos que ninguno antes —el siglo XX, dice Berman en una frase imprudente, “puede muy bien ser el más brillante y creativo de la historia del mundo”,⁴ —este arte ha dejado de influir en la vida del hombre de la calle o de conectar con ella: como dice Berman, “no sabemos cómo usar nuestro modernismo”.⁵ El resultado ha sido una drástica polarización del *pensamiento* moderno acerca de la propia experiencia de la modernidad que ha hecho desaparecer su carácter esencialmente ambiguo o dialéctico. Por una parte, la

³ *Ibid.*, pág. 18.

⁴ *Ibid.*, pág. 24.

⁵ *Ibid.*, pág. 24.

modernidad del siglo XX, desde Weber a Ortega, desde Eliot a Tate, desde Leavis a Marcuse, ha sido implacablemente condenada como jaula de hierro de conformismo y mediocridad, como erial espiritual de poblaciones privadas de toda comunidad orgánica o autonomía vital. Por otra parte, frente a estas visiones de desesperación cultural, en otra tradición que va desde Marinetti a Le Corbusier, desde Buckminster Fuller a Marshall McLuhan, por no hablar de los apologistas incondicionales de la “teoría de la modernización” capitalista, la modernidad ha sido obsequiosamente descrita como la última palabra en excitación sensorial y satisfacción universal, en la que una civilización mecanizada garantiza emociones estéticas y felicidades sociales. Lo que estos dos enfoques tienen en común es una identificación simplista de la modernidad con la propia tecnología, que excluye radicalmente a la gente que produce y es producida por ella. Como dice Berman: “Nuestros pensadores del siglo XIX fueron a la vez entusiastas y enemigos de la vida moderna y lucharon incansablemente con sus ambigüedades y contradicciones; sus ironías y sus tensiones internas fueron una fuente esencial de fuerza creadora. Sus sucesores del siglo XX se han inclinado mucho más por una rígida polarización y una simplista totalización. La modernidad o bien es aceptada con un entusiasmo ciego y acrítico o bien es condenada con un desprecio y un distanciamiento olímpicos; en cualquier caso es concebida como un monolito cerrado, incapaz de ser modelado o cambiado por los hombres modernos. Las visiones abiertas de la vida han sido reemplazadas por visiones cerradas, el ‘y’ ha sido reemplazado por el ‘o’ ”.⁶ El propósito del libro de Berman es contribuir a restablecer nuestro sentido de la modernidad reapropiándose de las visiones clásicas de aquélla. “Puede pues resultar que retroceder sea una forma de avanzar, que recordar los modernismos del siglo XIX pueda darnos la visión y el valor necesarios para crear los modernismos del siglo XXI. Este acto de recordar puede ayudarnos a llevar al modernismo de nuevo a sus raíces a fin de que pueda nutrirse y renovarse, enfrentarse a las aventuras y los peligros que tiene por delante”.⁷

Esta es la tesis general de *All that is solid melts into air*. El libro contiene, sin embargo, un subtexto muy importante que hay que señalar. Tanto el título de Berman como el tema organizador pro-

⁶ *Ibid.*, pág. 24.

⁷ *Ibid.*, pág. 36.

ceden del *Manifiesto comunista*, y su capítulo sobre Marx es uno de los más interesantes del libro. Sin embargo, termina sugiriendo que el análisis marxista de la dinámica de la modernidad mina la perspectiva misma del futuro comunista al que Marx pensaba que llevaría. Pues si la esencia de la liberación con respecto a la sociedad burguesa fuera por primera vez un desarrollo verdaderamente limitado del individuo —al ser ahora traspasados los límites del capital, con todas sus deformidades—, ¿qué garantizaría la armonía de los individuos así emancipados o la estabilidad de cualquier sociedad formada por ellos? “Aun cuando los trabajadores construyeran realmente un movimiento comunista triunfante y aun cuando este movimiento generara una revolución triunfante”, se pregunta Berman, “¿cómo, en medio de la marea de la vida moderna, se las arreglarían para construir una sólida sociedad comunista? ¿Qué puede impedir a las fuerzas sociales que han disuelto el capitalismo disolver también el comunismo? Si todas las nuevas relaciones se hacen añejas antes de haber podido osificarse, ¿cómo es posible mantener vivas la solidaridad, la fraternidad y la ayuda mutua? Un gobierno comunista podría tratar de contener la marea imponiendo restricciones radicales no solamente a la actividad y a la iniciativa económica (cosa que han hecho tanto los gobiernos socialistas como todos los Estados del bienestar capitalista), sino también a la expresión personal, cultural y política. Pero en la medida en que triunfara tal política, ¿no sería una traición al objetivo marxista del libre desarrollo de todos y cada uno?”.⁸ No obstante —cito de nuevo— “si un comunismo triunfante afluyera algún día por las compuertas que abre el libre cambio, ¿quién sabe qué horribles impulsos podrían afluir con él, siguiendo su estela o inmersos dentro de él? Es fácil imaginar cómo podría desarrollar una sociedad partidaria del libre desarrollo de todos y cada una de sus propias variedades distintivas de nihilismo. De hecho, un nihilismo comunista podría resultar mucho más explosivo y desintegrador que su precursor, el nihilismo burgués —aunque también más atrevido y original—, porque mientras que el capitalismo encierra las infinitas posibilidades de la vida moderna dentro de unos límites, el comunismo de Marx podría lanzar al individuo liberado a espacios humanos inmensos y desconocidos sin límite alguno”. Berman concluye: “Así pues, irónicamente, podemos ver cómo la dialéctica

⁸ *Ibid.*, pág. 104.

de la modernidad de Marx reconstruye el destino de la sociedad que describe generando energías e ideas que luego se esfuman”.⁹

Necesidad de una periodización

El argumento de Berman, como ya he dicho, es original y llamativo. Está presentado con gran habilidad literaria y rigor. A una generosa postura política une un cálido entusiasmo intelectual por su tema: se podría decir que tanto la noción de moderno como la de revolucionario salen moralmente redimidas de sus páginas. De hecho el *modernismo* es para Berman, por definición, profundamente revolucionario. En la cubierta de su libro proclama: “Contrariamente a la creencia convencional, la revolución modernista *no* ha acabado”.

El libro, escrito desde la izquierda, merece la más amplia discusión por parte de la izquierda. Esta discusión debería iniciarse por el análisis de los términos clave de Berman, “modernización” y “modernismo”, y luego por el vínculo entre ambos mediante la noción bivalente de “desarrollo”. Si hacemos esto, lo primero que llama nuestra atención es que, si bien Berman ha captado con inigualable fuerza de imaginación una dimensión crítica de la visión de la historia de Marx en el *Manifiesto comunista*, omite o pasa por alto otra dimensión no menos crítica para Marx y complementaria de aquélla. La acumulación de capital es para Marx, junto con la incesante expansión de la forma de mercancía a través del mercado, un disolvente universal del viejo mundo social, y puede ser legítimamente presentada como un proceso en el que se da “una revolución continua de la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales y una inquietud y un movimiento constantes”, en palabras de Marx. Obsérvense los tres adjetivos: continuo, incesante y constante. Denotan un tiempo histórico *homogéneo*, en el que cada momento es perpetuamente diferente de los demás por el hecho de estar *próximo*, pero —por la misma razón— es eternamente *igual* como unidad intercambiable en un proceso que se repite hasta el infinito. Este hincapié, extrapolado de la totalidad de la teoría marxista del desarrollo capitalista, da lugar rápida y fácilmente al paradigma de la modernización propiamente dicha, teoría por supuesto antimarxista desde el punto de

⁹ *Ibid.*, pág. 114.

vista político. Sin embargo, para nuestros propósitos lo importante es que la idea de modernización implica una concepción de desarrollo fundamentalmente *rectilíneo*: un proceso de flujo continuo en el que no hay una auténtica diferenciación entre una coyuntura o época y otra, a no ser en términos de una mera sucesión cronológica de lo viejo y lo nuevo, lo anterior y lo posterior, categorías sujetas a una incesante permutación de posiciones en una dirección, a medida que pasa el tiempo y lo posterior se convierte en lo anterior y lo nuevo en lo viejo. Esta es, por supuesto, una descripción correcta de la temporalidad del mercado y de las mercancías que circulan por él.

Pero la concepción que tenía Marx del tiempo histórico del modo de producción capitalista en su conjunto era muy distinta de ésta: se trataba de una temporalidad compleja y *diferencial*, en la que los episodios o épocas eran discontinuos entre sí y heterogéneos en sí. La forma más obvia en la que esta temporalidad diferencial entra en la construcción misma del modelo de capitalismo de Marx es, por supuesto, el nivel del *orden clasista* generado por ella. En general, se puede decir que las clases como tales apenas figuran en la explicación de Berman. La única excepción significativa es un excelente análisis del grado en que la burguesía no se ha ajustado nunca al absolutismo librecambista postulado por Marx en el *Manifiesto*: pero esto tiene pocas repercusiones en la arquitectura de su libro, en el que hay poco espacio entre la *economía*, por un lado, y la *psicología*, por otro, salvo para la *cultura* del modernismo que une a ambas. En efecto, se echa de menos a la sociedad como tal. Pero si consideramos la descripción que hace de esta sociedad, lo que encontramos es algo muy diferente de un proceso de desarrollo rectilíneo. Más bien la trayectoria del orden burgués es curvilínea. No sigue una línea recta que avance incesantemente, ni un círculo que se expanda infinitamente, sino una acusada parábola. La sociedad burguesa conoce un ascenso, una estabilización y un descenso. En los pasajes de los *Grundrisse* que contienen las afirmaciones más líricas e incondicionales acerca de la unidad del desarrollo económico y el desarrollo individual que sirve de eje al argumento de Berman, cuando Marx define la “floración” de la base del modo de producción capitalista como “el punto en el cual es compatible con el más alto desarrollo de las fuerzas productivas, y por tanto, también con el más alto desarrollo de los individuos”, afirma también expresamente: “Pero siempre es, no obstante, esta base, esta planta como floración; de ahí el marchitamiento tras la floración y como consecuencia de la floración”. “Una vez alcanza-

do este punto”, prosigue Marx, “el desarrollo posterior se presenta como decadencia”.¹⁰ En otras palabras, la historia del capitalismo debe ser *periodizada* y su *trayectoria* reconstruida si se quiere tener una idea exacta de lo que significa realmente el “desarrollo” capitalista. El concepto de modernización impide que exista siquiera tal posibilidad.

Multiplicidad de modernismos

Volvamos al término complementario de Berman, “modernismo”. Aunque es posterior a la modernización, en el sentido de que marca la llegada de un vocabulario coherente para una experiencia de modernidad anterior a él, una vez instalado el modernismo no conoce tampoco ningún principio interno de variación. Simplemente sigue reproduciéndose. Es muy significativo que Berman tenga que afirmar que el *arte* del modernismo ha florecido, está floreciendo como nunca en el siglo XX, al tiempo que protesta de las tendencias del *pensamiento* que nos impiden incorporar debidamente este arte a nuestra vida. Esta postura presenta una serie de dificultades obvias. La primera es que el modernismo como conjunto específico de formas estéticas, es por lo general fechado precisamente *a partir* del siglo XX: de hecho es habitualmente concebido por contraste con las formas realistas y clásicas de los siglos XIX, XVIII y anteriores. Prácticamente todos los textos literarios tan bien analizados por Berman —ya sea de Goethe, Baudelaire, Pushkin o Dostoievski— son anteriores al modernismo propiamente dicho, en el sentido usual de la palabra: las únicas excepciones son las ficciones de Bely y Mandelstam, que son precisamente productos del siglo XX. En otras palabras, por criterios más convencionales el modernismo también necesita ser colocado en el marco de una concepción más diferencial del tiempo histórico. Un segundo punto, relacionado con el anterior, es que una vez considerado en esta perspectiva es asombroso comprobar lo desigual que es su distribución geográfica. Aun dentro del mundo europeo o del mundo occidental en general hay importantes regiones que apenas han generado impulsos modernistas. Mi propio país, Inglaterra, pionero de

¹⁰ *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Francfort, 1967, pág. 439. (= *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1976, vol. 2, pág. 32).

la industrialización capitalista y dueña del mercado mundial durante un siglo, es un caso significativo: cabeza de playa para Eliot o Pound, orilla opuesta para Joyce, no produjo prácticamente ningún movimiento nativo de tipo modernista en las primeras décadas de este siglo, a diferencia de Alemania o Italia, Francia o Rusia, Holanda o Norteamérica. No es casual que sea la gran ausente del panorama que presenta Berman en *All that is solid melts into air*. El espacio del modernismo es también, pues, diferencial.

Una tercera objeción a la lectura que hace Berman del modernismo es que no establece distinciones entre tendencias estéticas muy contrastadas o dentro del campo de las prácticas estéticas que incluyen a las propias artes. Pero de hecho lo más notable en el amplio grupo de movimientos habitualmente reunidos bajo la rúbrica común del modernismo es la variedad proteica de las relaciones con la modernidad capitalista. El simbolismo, el expresionismo, el futurismo, el constructivismo, el surrealismo: hubo quizá cinco o seis corrientes *decisivas* de “modernismo” en las primeras décadas del siglo, de las cuales prácticamente todo lo que vino después fue una derivación o mutación. La naturaleza antitética de las doctrinas y prácticas peculiares de éstas sería por sí misma suficiente, podría pensarse, para impedir la posibilidad de que pudiera haber una *Stimmung* característica que definiera la actitud modernista clásica hacia la modernidad. Buena parte del arte producido dentro de esta gama de posiciones contenía ya las cualidades de esas mismas polaridades criticadas por Berman en teorizaciones contemporáneas o posteriores de la cultura moderna en general. El expresionismo alemán y el futurismo italiano, con sus tonalidades respectivamente contrastadas, constituyen un ejemplo notable.

Una última dificultad de la argumentación de Berman es que es incapaz de proporcionar, a partir de sus propios términos de referencia, una explicación de la divergencia que deplora entre el arte y el pensamiento, entre la práctica y la teoría de la modernidad en el siglo XX. De hecho, el tiempo se divide en su argumentación de forma significativa: se ha producido una especie de *declive* intelectual que su libro trata de *invertir* mediante un retorno al espíritu clásico del modernismo en su conjunto que inspire, por igual, al arte y al pensamiento. Pero este declive sigue siendo ininteligible dentro de su esquema, toda vez que la propia modernización es concebida como un proceso lineal de prolongación y expansión que necesariamente lleva consigo una constante renovación de las fuentes de arte modernista.

La coyuntura socio-política

Una forma alternativa de comprender los orígenes y aventuras del modernismo es considerar más detenidamente la temporalidad histórica diferencial en la que se inscribe. Hay una famosa forma de hacerlo dentro de la tradición marxista. Es la escogida por Lukács, quien encontró una relación directa entre el cambio de postura política del capital europeo tras las revoluciones de 1848 y el destino de las formas culturales producidas por la burguesía como clase social o dentro del ámbito de ésta. A partir de mediados del siglo XIX, para Lukács la burguesía se vuelve abiertamente reaccionaria, abandonando su enfrentamiento con la nobleza para entablar una lucha a muerte contra el proletariado. Con ello entra en una fase de decadencia ideológica, cuya expresión estética inicial es predominantemente naturalista, pero termina desembocando en el modernismo de comienzos del siglo XX. Este esquema es generalmente criticado por la izquierda hoy en día. De hecho, en la obra de Lukács dio lugar a menudo a análisis parciales bastante agudos en el campo de la filosofía propiamente dicha: *El asalto a la razón* está lejos de ser una obra despreciable, por desfigurada que quede tras su advertencia final. Por el contrario, en el campo de la literatura —la otra área general a que lo aplicó Lukács— el esquema resultó relativamente estéril. Es curioso que no haya ninguna exploración lukácsiana de ninguna obra de arte modernista comparable en detalle o profundidad a su tratamiento de la estructura de las ideas de Schelling o Schopenhauer, Kierkegaard o Nietzsche; en cambio Joyce o Kafka —por tomar a dos de sus *bêtes noires* literarias— apenas son evocados y jamás son estudiados por derecho propio. El error básico de la óptica de Lukács aquí es su *evolucionismo*: el tiempo difiere de una época a otra, pero *dentro* de cada época todos los sectores de la realidad social se mueven de forma sincrónica, de modo que el declive a un nivel debe reflejarse en un descenso a todos los demás niveles. El resultado es una noción de “decadencia” generalizada en exceso, noción por supuesto enormemente influenciada, podría decirse como atenuante, por el espectáculo del hundimiento de la sociedad alemana y de la mayor parte de su cultura oficial en la que el propio Lukács se había formado, en el nazismo.

Pero si ni el perennismo de Berman ni el evolucionismo de Lukács proporcionan una descripción satisfactoria del modernismo, ¿cuál es la alternativa? La hipótesis que esbozaré brevemente aquí

es que más bien deberíamos buscar una explicación *coyuntural* del conjunto de prácticas y doctrinas estéticas posteriores agrupadas como “modernistas”. Esta explicación implicaría la intersección de diferentes temporalidades históricas para componer una configuración típicamente sobredeterminada. ¿Cuáles fueron esas temporalidades? En mi opinión, el “modernismo” ha de ser entendido ante todo como un campo cultural de fuerzas *triangulado* por tres coordenadas decisivas. La primera de éstas está quizá insinuada por Berman en un pasaje de su libro, pero la sitúa demasiado lejos en el tiempo por lo que no la capta con la suficiente precisión. Se trata de la codificación de un *academicismo*, sumamente formalizado en las artes visuales y de otro tipo, a su vez institucionalizado dentro de los regímenes oficiales de unos Estados y una sociedad todavía masivamente influidos, y a menudo dominados, por unas clases aristocráticas o terratenientes: unas clases que en cierto sentido estaban económicamente “superadas”, sin duda, pero que en otro seguía marcando la pauta política y cultural en todos los países de Europa anterior a la primera guerra mundial. Las conexiones entre estos dos fenómenos son gráficamente descritas en la reciente y fundamental obra de Arno Mayer, *The persistence of the Old Regime*,¹¹ cuyo tema central es la medida en que la sociedad europea estuvo dominada hasta 1914 por unas clases dominantes agrarias o aristocráticas (no necesariamente idénticas, como deja bien claro el caso de Francia), en unas economías en las que la industria pesada moderna constituía todavía un sector sorprendentemente reducido de la mano de obra o del modelo de producción.

La segunda coordenada es pues un complemento lógico de la primera: la aparición todavía incipiente, y por tanto esencialmente *novedosa*, dentro de esas sociedades, de las tecnologías o invenciones claves de la segunda revolución industrial: el teléfono, la radio, el automóvil, la aviación, etc. Las industrias de consumo de masas basadas en las nuevas tecnologías todavía no se habían implantado en Europa, donde el sector textil, el de la alimentación y el del mueble seguían siendo con mucho los principales en cuanto a empleo y volumen de ventas en 1914.

La tercera coordenada de la coyuntura modernista, diría yo, fue la proximidad imaginativa de la revolución social. El grado de es-

¹¹ Arno Mayer, *The persistence of the Old Regime*, Nueva York, 1981, págs. 189-273.

peranza o aprensión suscitados por la perspectiva de tal revolución fue muy variable, pero en la mayor parte de Europa estuvo “en el aire” durante la *Belle Epoque*. La razón, una vez más, es bastante sencilla: persistían las formas de *Ancien Régime* dinástico como las llama Mayer: monarquías imperiales en Rusia, Alemania y Austria, un precario orden real en Italia; incluso en Gran Bretaña, el Reino Unido se vio amenazado con la desintegración regional y la guerra civil en los años anteriores a la primera guerra mundial. En ningún Estado europeo era la democracia burguesa una forma acabada o el movimiento obrero una fuerza integrada o cooptada. Los posibles resultados revolucionarios de un derrumbamiento del viejo orden eran pues todavía profundamente ambiguos. ¿Sería el nuevo orden más pura y radicalmente capitalista, o bien sería socialista? La revolución de 1905-1907, que centró la atención de toda Europa, fue emblemática de esta ambigüedad: una revuelta, a la vez e inseparablemente, burguesa y proletaria.

¿Cuál fue la contribución de cada una de estas coordenadas a la aparición del campo de fuerzas que define el modernismo? En pocas palabras, creo que la siguiente: la persistencia de los *Anciens Régimes*, y el academicismo concomitante, proporcionó una serie crítica de valores culturales *con los cuales* podían medirse las formas de arte insurgentes, pero también *en términos de los cuales* podían en parte articularse. Sin el común adversario del academicismo oficial, el amplio abanico de las nuevas prácticas estéticas tiene escasa o nula unidad: es su tensión con los cánones establecidos o consagrados frente a ellas lo que constituye su definición como tales. Al mismo tiempo, sin embargo, el viejo orden, precisamente por su carácter todavía parcialmente aristocrático, permitía una serie de códigos y recursos con los cuales se podía hacer frente a los estragos del mercado como principio organizador de la cultura y la sociedad, uniformemente detestado por todos los tipos de modernismo. Los ejemplos clásicos de alta cultura que todavía perduraban —aunque deformados y desvirtuados— en el academicismo de finales del siglo XIX, podían ser redimidos y utilizados contra él y también contra el espíritu comercial de la época tal como lo veían muchos de estos movimientos. La relación de imaginistas, como Pound con las convenciones eduardianas y la poesía lírica romana, o la del Eliot de los últimos tiempos con Dante y la metafísica, es típica de una de las caras de esta situación; la proximidad irónica de Proust o Musil a las aristocracias francesa o austríaca es típica de la otra.

Al mismo tiempo, para un tipo diferente de sensibilidad “modernista”, las energías y los atractivos de una nueva era de la máquina eran un poderoso estímulo a la imaginación, reflejado, de forma bastante patente, en el cubismo parisiense, el futurismo italiano o el constructivismo ruso. La condición de este interés, sin embargo, era la abstracción de las técnicas y artefactos con respecto a las relaciones sociales de producción que los generaban. En ningún caso fue el capitalismo como tal exaltado por cualquiera de las ramas del “modernismo”. Pero esta extrapolación fue hecha posible precisamente por el carácter incipiente del modelo socio-económico aún imprevisible que más tarde se consolidaría en torno a aquéllas. No se veía muy claro a dónde conducirían los nuevos ingenios e inventos. De aquí la celebración ambidextra —por así decirlo— de tales inventos desde la derecha y desde la izquierda: Marinetti o Maiakovski. Finalmente, la bruma que se cernía sobre el horizonte de esta época dio mucho de su luz apocalíptica a aquellas corrientes del modernismo más decidida y violentamente radicales en su rechazo del orden social, la más significativa de las cuales fue sin duda el expresionismo alemán. El modernismo europeo de los primeros años de este siglo floreció pues en el espacio comprendido entre un pasado clásico todavía usable, un presente técnico todavía indeterminado y un futuro político todavía imprevisible. O, dicho de otra manera, surgió en la intersección entre un orden dominante semiaristocrático, una economía capitalista semi-industrializada y un movimiento obrero semiemergente o semi-insurgente.

La llegada de la primera guerra mundial alteró todas estas coordenadas pero no eliminó ninguna de ellas. Durante otros veinte años vivieron una especie de posteridad enfermiza. Desde un punto de vista político, los Estados dinásticos de Europa oriental y central desaparecieron. Pero la clase de los *Junker* conservó un gran poder en la Alemania de la posguerra; el Partido Radical, de base agraria, continuó dominando la III República en Francia sin grandes rupturas; en Gran Bretaña, el más aristocrático de los dos partidos tradicionales, el conservador, barrió prácticamente a sus rivales más burgueses, los liberales, y pasó a dominar todo el período de entreguerras. Desde un punto de vista social, hasta el final de los años 30 persistió un modo de vida típico de la clase alta, cuyo sello distintivo —que lo diferencia por completo de la existencia de los ricos tras la segunda guerra mundial— era el normal empleo de sirvientes.

Fue la última clase verdaderamente ociosa de la historia metropolitana. Inglaterra, donde esta continuidad fue más fuerte, iba a producir la más importante ficción sobre este mundo en *Dance to the music of time*, de Anthony Powell, rememoración no modernista de la época posterior. Desde el punto de vista económico, las industrias de producción en serie basadas en los nuevos inventos tecnológicos de comienzos del siglo XX sólo consiguieron un cierto arraigo en dos países: Alemania en el período de Weimar e Inglaterra a finales de la década de 1930. Pero en ningún caso hubo una implantación general o muy amplia de lo que Gramsci llamaría el “fordismo”, a ejemplo de lo que por aquel entonces hacía dos décadas que existía en Estados Unidos. Europa estaba todavía una generación por detrás de Norteamérica en la estructura de su industria civil y de su modelo de consumo en vísperas de la segunda guerra mundial. Por último, la perspectiva de una revolución era ahora más cercana y tangible de lo que había sido nunca, perspectiva que se había materializado de forma triunfal en Rusia, había rozado con sus alas a Hungría, Italia y Alemania justo después de la primera guerra mundial, y asumiría una nueva y dramática urgencia en España al final de este período. Fue en este espacio, prolongando a su modo una base anterior, donde las formas de arte genéricamente “modernistas” continuaron mostrando una gran vitalidad. Además de las obras maestras de la literatura publicadas en estos años pero esencialmente concebidas en años anteriores, el teatro brechtiano fue un producto memorable de la coyuntura de entreguerras en Alemania. Otro producto fue la primera aparición real del modernismo arquitectónico como movimiento con el *Bauhaus*. Un tercero fue la aparición de lo que sería de hecho la última de las grandes doctrinas de la vanguardia europea, el surrealismo, en Francia.

Fin de temporada en Occidente

Fue la segunda guerra mundial —y no la primera— la que destruyó estas tres coordenadas históricas que he analizado, y con ella concluyó la vitalidad del modernismo. A partir de 1945 el antiguo orden semiaristocrático o agrario, con todo lo que le rodeaba, llegó a su término en todos los países. Al fin se universalizó la democracia burguesa. Con ella se rompieron ciertos lazos críticos con un pasado precapitalista. Al mismo tiempo, el “fordismo” hizo su irrupción. La producción y el consumo de masas transformaron las

economías de Europa occidental a semejanza de la americana. Ya no podía haber la menor duda acerca del tipo de sociedad que consolidaría esta tecnología: ahora se había instalado una civilización capitalista opresivamente estable y monolíticamente industrial. En un magnífico pasaje de su libro *Marxism and form*, Fredric Jameson ha captado admirablemente lo que esto significó para las tradiciones de vanguardia que en otros tiempos habían apreciado las novedades de los años 20 y 30 por su potencial onírico y desestabilizador: “la imagen surrealista”, observa, “fue un esfuerzo convulsivo por romper con las formas de mercancía del universo objetivo golpeándolas unas contra otras con fuerza”¹² Pero la condición de su éxito fue que “estos objetos —escenarios de una oportunidad objetiva o de una revelación preternatural— son inmediatamente identificables como productos de una economía aún no plenamente industrializada y sistematizada. Es decir, que los orígenes humanos de los productos de este período —su relación con el trabajo del que procedían— no había sido todavía plenamente ocultado; en su producción aún mostraban las huellas de una organización artesanal del trabajo, mientras que su distribución estaba todavía asegurada por una red de pequeños tenderos... Lo que prepara a estos productos para recibir la carga de energía psíquica característica de su uso por el surrealismo es precisamente la marca semiesbozada, no borrada, del trabajo humano; son aún un gesto congelado todavía no despojado por completo de la subjetividad, y son por consiguiente tan misteriosos y expresivos potencialmente como el propio cuerpo humano”.¹³ Jameson prosigue: “No tenemos más que cambiar este ambiente de pequeños talleres y mostradores de tiendas de mercados y puestos callejeros por las gasolineras de las autopistas, las brillantes fotografías de las revistas o el paraíso de celofán de un *drugstore* americano, para darnos cuenta de que los objetos del surrealismo han desaparecido sin dejar huella. Ahora, en lo que podemos llamar el capitalismo posindustrial, los productos que se nos suministran carecen de toda profundidad: su contenido de plástico es totalmente incapaz de servir de conductor de la energía psíquica. Toda inversión libidinal en tales objetos está excluida desde el principio, y podemos muy bien preguntarnos, si es cierto que nuestro universo objetivo es desde

¹² *Marxism and form*, Princeton, 1971, pág. 96.

¹³ *Ibid.*, págs. 103-104.

ahora incapaz de producir cualquier “símbolo susceptible de excitar la sensibilidad humana”, si no estamos en presencia de una transformación cultural de proporciones gigantescas, de una ruptura histórica de un tipo insospechadamente radical”.¹⁴

Finalmente, la imagen o la esperanza de una revolución se desvaneció en Occidente. El comienzo de la guerra fría y la soviétización de Europa oriental anularon cualquier perspectiva realista de un derrocamiento socialista del capitalismo avanzado durante todo un período histórico. La ambigüedad de la aristocracia, el absurdo del academicismo, la alegría de los primeros coches o películas, la tangibilidad de una alternativa socialista habían desaparecido. En su lugar reinaba ahora una economía rutinaria y burocratizada de producción universal de mercancías, en la que consumo y cultura de masas se habían convertido en términos prácticamente intercambiables. Las vanguardias de posguerra serían esencialmente definidas por este telón de fondo totalmente nuevo. No es necesario juzgarlas por un tribunal luckacsiano para advertir lo evidente: poca de la literatura, la pintura, la música o la arquitectura de este período puede resistir una comparación con las de la época anterior. Reflexionando sobre lo que él llama “la extraordinaria concentración de obras maestras en torno a la primera guerra mundial”, Franco Moretti, en su reciente libro *Signs taken for wonders*, escribe: “Extraordinarias por su calidad, como muestra la lista más somera (Joyce y Valéry, Rielke y Kafka, Svevo y Proust, Hofmannsthal y Musil, Apollinaire, Maiakovski), pero todavía más por su abundancia (como está ahora claro, tras más de medio siglo), estas obras constituyeron la última *temporada literaria* de la cultura occidental. En unos pocos años la literatura europea dio todo lo que pudo, y parecía estar a punto de abrir nuevos e infinitos horizontes: en lugar de esto, murió. Unos cuantos *icebergs* aislados y muchos imitadores, pero nada comparable al pasado”.¹⁵ Sería un tanto exagerado, pero —desgraciadamente— no excesivo, generalizar este juicio a las otras artes. Hubo por supuesto escritores o pintores, arquitectos o músicos, que realizaron una obra significativa después de la segunda guerra mundial. Pero no sólo nunca (o rara vez) se alcanzaron las cimas de las dos o tres primeras décadas del siglo, sino que tampoco surgieron nuevos movimientos estéticos de importancia colectiva, aplicables a mas de una forma

¹⁴ *Ibid.*, pág. 105.

¹⁵ *Signs taken for wonders*, Londres, 1983, pág. 209.

de arte, después del surrealismo. Sólo en la pintura y en la escultura se sucedieron unas a otras cada vez con mayor rapidez las escuelas especializadas y las consignas: pero tras el momento del expresionismo abstracto —la última vanguardia genuina de Occidente— fueron en buena medida el producto de un sistema de galerías que precisaban la aparición regular de nuevos estilos como materiales para una exhibición comercial de temporada, al estilo de la alta costura: un modelo económico que correspondía al carácter no reproducible de las obras “originales” en estos campos concretos.

Sin embargo fue entonces, cuando todo lo que había creado el arte clásico de comienzos del siglo XX había muerto, cuando nacieron la ideología y el culto del *modernismo*. El mismo concepto no es muy anterior a la década de 1950 como moneda corriente. Lo que denotaba era el fin generalizado de la tensión entre las instituciones y mecanismos del capitalismo avanzado, por una parte, y las prácticas y programas del arte avanzado por otra, en la medida en que los primeros se habían anexionado a los segundos como decoración o diversión ocasionales, o como *point d'honneur* filantrópico. Las pocas excepciones del período sugieren la fuerza de la regla. El cine de Jean-Luc Godard, en la década de 1960, es quizá el caso más destacado. A medida que la IV República se convertía tardíamente en la V República y que una Francia rural y provinciana se transformaba repentinamente por obra de una industrialización gaullista que se apropiaba de las últimas tecnologías internacionales, se encendía de nuevo una especie de breve llamarada de la coyuntura anterior que había producido el innovador arte clásico del siglo. El cine de Godard se caracterizó por las tres coordenadas antes descritas. Repleto de citas y alusiones a un rico pasado cultural, al estilo de Eliot; celebrante equívoco del automóvil y el aeropuerto, la cámara y la carabina, al estilo de Léger; expectante ante tempestades revolucionarias procedentes del Este, al estilo de Nizan. La revuelta de mayo-junio de 1968 en Francia fue el término histórico que convalidó esta forma de arte. Régis Debray describiría sarcásticamente la experiencia de este año, después de los sucesos, como un viaje a China que —al igual que el de Colón— sólo descubrió América, y más concretamente California.¹⁶ Es decir, una turbulencia social y cultural que creyó ser una versión francesa de la Revolución Cultural cuando de hecho no significó

¹⁶ Régis Debray, “A modest contribution to the rites and ceremonies of the tenth anniversary”, *New Left Review*, 115, mayo-junio de 1979.

más que la llegada de un consumismo permisivo esperado desde hacía tiempo en Francia. Pero era precisamente esta ambigüedad —una *apertura* de horizontes donde las figuras del futuro podían alternativamente asumir las formas cambiantes de un nuevo tipo de capitalismo o de una erupción de socialismo— la que constituía en gran medida la sensibilidad original de lo que se había dado en llamar modernismo. No es de extrañar que no sobreviviera a la consolidación posterior de Pompidou ni en el cine de Godard ni en ninguna otra parte. Lo que caracteriza a la situación típica del artista contemporáneo en Occidente es, por el contrario, el cierre de los horizontes: sin un pasado apropiable, o un futuro imaginable, en un presente interminablemente repetido.

Esto no es aplicable, evidentemente, al Tercer Mundo. Es significativo que muchos de los ejemplos de Berman sobre lo que él considera los mayores logros modernistas de nuestro tiempo hayan de ser tomados de la literatura latinoamericana. Pues en el Tercer Mundo en general existe hoy una especie de configuración similar a la que en otros tiempos prevaleció en el Primer Mundo. Abundan las oligarquías precapitalistas de diversos tipos, principalmente de carácter terrateniente; el desarrollo capitalista es normalmente mucho más rápido y dinámico, allí donde se da, en estas regiones que en las zonas metropolitanas, pero por otra parte está infinitamente menos estabilizado o consolidado; la revolución socialista se cierne sobre estas sociedades como una posibilidad permanente, posibilidad de hecho realizada ya en países cercanos: Cuba o Nicaragua, Angola o Vietnam. Estas son las condiciones que han producido las auténticas obras maestras de los últimos años que se ajustan a las categorías de Berman: novelas como *Cien años de soledad*, del colombiano Gabriel García Márquez, o *Hijos de la medianoche*, del indio Salman Rushdie, o películas como *Yol*, del turco Yilmiz Güney. Sin embargo, obras como éstas no son expresiones intemporales de un proceso de modernización siempre en expansión, sino que surgen en constelaciones muy delimitadas, en sociedades que se encuentran todavía en una determinada encrucijada histórica. El Tercer Mundo no ofrece al modernismo la fuente de la eterna juventud.

Hasta ahora hemos considerado dos de los conceptos fundamentales de Berman: el de modernización y el de modernismo. Consideremos ahora el término mediador que los une, la modernidad. La modernidad, como recordaremos, se define como la *experiencia* sufrida dentro de la modernización que da lugar al modernismo. ¿En qué consiste esta experiencia? Para Berman es esencialmente

un proceso subjetivo de autodesarrollo ilimitado, a medida que se desintegran las barreras tradicionales de la costumbre o rol: una experiencia necesariamente vivida a la vez como emancipación y ordalías, júbilo y desesperación, temor y regocijo. Es el impulso de esa marcha siempre adelante hacia las fronteras inexploradas de la psique el que asegura la continuidad histórica del modernismo a escala mundial, pero es también este impulso el que parece obstaculizar de antemano cualquier perspectiva de estabilización moral o institucional bajo el comunismo, y quizá incluso de impedir la cohesión cultural necesaria para que exista el comunismo, haciendo de él una especie de contradicción en los términos. ¿Qué debemos pensar de este argumento?

Para comprenderlo, tenemos que preguntarnos: ¿de dónde viene la visión de Berman de una dinámica de autodesarrollo totalmente ilimitada? Su primer libro, *The politics of authenticity* —que contiene dos estudios, uno sobre Montesquieu y otro sobre Rousseau—, ofrece la respuesta. Su idea procede de lo que el subtítulo del libro designa correctamente como el “individualismo radical” del concepto de humanidad de Rousseau. El análisis que hace Berman de la trayectoria lógica del pensamiento de Rousseau, como si tratara de luchar con las consecuencias contradictorias de esta concepción en obras sucesivas, es un *tour de force*. Pero para nuestros propósitos el punto crucial es el siguiente. Berman demuestra la presencia en Rousseau de la misma paradoja que atribuye a Marx: si el objetivo de todos es el autodesarrollo ilimitado, ¿cómo puede ser posible la comunidad? Para Rousseau la respuesta, en palabras que cita Berman, es que “el amor al hombre deriva del amor a uno mismo”. “Extended a los demás el amor a vosotros mismos y se transformará en virtud”¹⁷ Berman comenta: “Era la vía de la autoexpansión, y no la de la autorrepresión, la que conducía al palacio de la virtud... A medida que el hombre aprendía a expresarse y desenvolverse, su capacidad para identificarse con los otros hombres aumentaba, y su simpatía y empatía hacia ellos se profundizaba”¹⁸ El esquema está aquí bastante claro: *primero*, el individuo desarrolla su yo, y *luego* su yo puede entrar en relaciones mutuamente satisfactorias con los otros, relaciones basadas en la identificación *con* el yo. Las dificultades con que tropieza este presu-

¹⁷ *The politics of authenticity*, Nueva York, 1970, pág. 181.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 181.

puesto una vez que Rousseau trata de pasar —en su lenguaje— del “hombre” al “ciudadano”, con vistas a la construcción de una comunidad libre, son brillantemente explotadas por Berman. Lo que llama la atención, sin embargo, es que Berman no desautoriza en ningún lugar el punto de partida de los dilemas que demuestra. Por el contrario, acaba afirmando: “Los programas del socialismo y el anarquismo del siglo XIX, del Estado del bienestar y de la Nueva Izquierda contemporánea del siglo XX, pueden ser considerados todos ellos como un desarrollo posterior de la estructura mental cuyos cimientos sentaron Montesquieu y Rousseau. Lo que tienen en común estos movimientos tan diferentes es su forma de definir la tarea política esencial: hacer que la sociedad liberal moderna cumpla las promesas que ha hecho, reformarla —o revolucionarla— para realizar los ideales del liberalismo moderno. El orden del día del liberalismo radical que Montesquieu y Rousseau elaboraron hace dos siglos esta aún pendiente”.¹⁹ Al igual que en *All that is solid melts into air*, Berman puede referirse a “la profundidad del individualismo que subyace al comunismo de Marx”,²⁰ profundidad que, sigue señalando consecuentemente, debe incluir formalmente la posibilidad de un nihilismo radical.

Sin embargo, si volvemos la vista atrás, a los propios textos de Marx, encontramos en ellos una concepción muy diferente de la realidad humana. Para Marx el individuo no es *previo* a las relaciones con los otros, sino que está *constituido por* ellas desde el principio: hombres y mujeres son individuos *sociales*, cuya socialidad no es posterior sino contemporánea a su individualidad. Después de todo, Marx escribió que “sólo dentro de la comunidad con otros tiene todo individuo los medios necesarios para desarrollar sus dotes en todos los sentidos; solamente dentro de la comunidad es posible, por tanto, la libertad personal”²¹ Berman cita la frase, pero sin comprender aparentemente sus consecuencias. Si el desarrollo del individuo está inherentemente imbricado en las relaciones con los otros, su desarrollo no puede jamás ser una dinámica *ilimitada* en el sentido monadológico evocado por Berman: la existencia de los otros *sería siempre el límite* sin el cual *no podría pro-*

¹⁹ *Ibid.*, pág. 317.

²⁰ *All that solid melts into air*, pág. 128.

²¹ *The German ideology*, Londres, 1970, pág. 83. (*La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1974, págs. 86-87); citado por Berman en *ibid.*, pág. 97.

ducirse el propio desarrollo. El desarrollo de Berman es pues, para Marx, una contradicción en los términos.

Otra forma de decir esto es afirmar que Berman no ha comprendido —como muchos otros, por supuesto— que Marx posee una concepción de la *naturaleza humana* que descarta el tipo de plasticidad ontológica infinita que él supone. Esto puede parecer una afirmación escandalosa dado el carácter reaccionario de tantas ideas habituales sobre lo que es la naturaleza humana. Pero es la pura verdad filológica, como pone de manifiesto la inspección más somera de la obra de Marx y como muestra, de forma irrefutable, el reciente libro de Norman Geras, *Marx and human nature. Refutation of a legend*.²² Esta naturaleza, para Marx, incluye un conjunto de necesidades primarias, capacidades y disposiciones —lo que en los *Grundrisse*, en los famosos pasajes sobre las posibilidades humanas bajo el feudalismo, el capitalismo y el comunismo, llama *Bedürfnisse, Fähigkeiten, Kräfte, Anlagen*—, todas ellas susceptibles de ampliación y desarrollo pero no de supresión o sustitución. La visión de una tendencia nihilista y desordenada hacia un desarrollo completamente ilimitado es por tanto una quimera. Más bien, el auténtico “libre desarrollo de cada uno” *sólo puede* realizarse si respeta el “libre desarrollo de todos”, dada la naturaleza común de lo que constituye el ser humano. En las primeras páginas de los *Grundrisse* en las que se apoya Berman, Marx habla sin la menor ambigüedad del “desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto sobre las de la así llamada como sobre su propia naturaleza”, de la “elaboración (*Herausarbeiten*) absoluta de sus disposiciones creadoras”, en las que “la universalidad del individuo... (es la) universalidad de sus relaciones reales e ideales”.²³ La cohesión y estabilidad que Berman se pregunta si podría desplegar alguna vez el comunismo estriban para Marx en la naturaleza humana a la que finalmente emanciparía, naturaleza muy lejos de una mera catarata de deseos informes. A pesar de su exuberancia, la versión de Marx que ofrece Berman, con su énfasis prácticamente exclusivo en la liberación del individuo, está inquietantemente próxima —por radical y razonable que sea su acento— a los supuestos de la cultura del narcisismo.

²² Norman Geras, *Marx and human nature. Refutation of a legend*, Londres, 1983.

²³ *Grundrisse*, págs. 387, 440 (*op. cit.*, vol. 1, págs. 447-448; vol. 2, pág. 33).

El actual callejón sin salida

Para concluir: ¿a dónde lleva pues esta revolución? Berman es muy consecuente en este punto. Para él, como para muchos otros socialistas hoy, la noción de revolución tiene una duración dilatada. En efecto, el capitalismo produce constantes trastornos en nuestras condiciones de vida y en este sentido está inmerso —como él dice— en una “revolución permanente” que obliga a los “hombres y mujeres modernos” a “aprender a anhelar el cambio: no sólo a estar abiertos a los cambios en su vida personal y social, sino a exigirlos positivamente, a buscarlos activamente y a provocarlos. Deben aprender a no añorar nostálgicamente a las “relaciones fijas y congeladas” de un pasado real o imaginado, sino a deleitarse con la movilidad, a esforzarse por la renovación, a buscar futuros desarrollos en sus condiciones de vida y en sus relaciones con sus semejantes”.²⁴ El advenimiento del socialismo no detendría ni frenaría este proceso, sino que por el contrario lo aceleraría y generalizaría inmensamente. Los ecos del radicalismo de los años 60 se dejan oír aquí de forma inconfundible. El atractivo de tales nociones ha demostrado ser muy amplio. Pero, de hecho, no son compatibles ni con la teoría del materialismo histórico estrictamente comprendida ni con lo que dice la historia, cualquiera que sea su teorización.

La revolución es un término con un significado preciso: el derrocamiento político desde abajo de un orden estatal y su sustitución por otro. No hay nada que ganar con diluirla en el tiempo o con extenderla a cada porción del espacio social. En el primer caso, resulta imposible de distinguir de las meras reformas, es un simple cambio, por gradual o fragmentario que sea, como en la ideología del eurocomunismo moderno o en las versiones afines de la socialdemocracia; en el segundo, se queda en una simple metáfora que puede ser reducida a supuestas conversiones psicológicas o morales, como en la ideología del maoísmo con su proclamación de una “Revolución Cultural”. Frente a estas devaluaciones del término, con todas sus consecuencias políticas, es necesario insistir en que la revolución es un proceso *puntual* y no un proceso permanente. Es decir: una revolución es un episodio de transformación política convulsiva, comprimida en el tiempo y concentrada en sus objetivos, que tiene un comienzo determinado (cuando el viejo aparato

²⁴ *All that is solid melts into air*, págs. 95-96.

del Estado está todavía intacto) y un término preciso (cuando este aparato es roto definitivamente y en su lugar se erige uno nuevo). Lo distintivo de una revolución socialista que creara una auténtica democracia poscapitalista sería que el nuevo Estado tendría un carácter de auténtica transición hacia los límites practicables de su propia autodisolución en la vida de la sociedad en general.

En el mundo capitalista avanzado de hoy, es la aparente ausencia de cualquier perspectiva de este tipo en un horizonte próximo o incluso lejano —la falta, al parecer, de cualquier alternativa concebible al *status quo* imperial de un capitalismo de consumo— a la gran Era de los Descubrimientos Estéticos del primer tercio de este siglo. Las palabras de Gramsci siguen siendo válidas: “La crisis consiste”, escribía, “precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer; en este *interregno* aparecen una gran variedad de síntomas de enfermedad”²⁵ Es lícito preguntarse, sin embargo: ¿Se puede decir de antemano algo sobre cómo podría ser lo nuevo? Creo que sí se puede predecir una cosa. El *modernismo*, como noción, es la más amplia de todas las categorías culturales. A diferencia de los términos gótico, renacimiento, barroco, manierismo, romanticismo o neoclasicismo, no designa en todo alguno un objeto descriptible: carece por completo de contenido positivo. De hecho, como hemos visto, lo que se oculta tras esa etiqueta es una amplia variedad de muy diversas —y de hecho incompatibles— prácticas estéticas: el simbolismo, el constructivismo, el expresionismo, el surrealismo. Todas estas prácticas, que poseen programas específicos, fueron unificadas *post hoc* en un concepto global cuyo único referente es el mero paso del tiempo. No hay ningún otro concepto estético tan vacío o tan viciado. Porque lo que en un tiempo fue moderno pronto se vuelve obsoleto. La futilidad del término y de su correspondiente ideología puede verse con toda claridad en los actuales intentos de aferrarse a los restos de su naufragio y sin embargo nadar con la marea más lejos aún de él, mediante la acuñación del término “posmodernismo”: un vacío que esconde otro vacío que esconde otro vacío, en una regresión serial de cronología autocongratulatoria. Si nos preguntamos qué haría la revolución (entendida como ruptura puntual e irreparable con el orden del capital) con el modernismo (entendido como este

²⁵ Antonio Gramsci, *Selections from the prison notebooks*, comp. por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith, Londres, 1972, pág. 276.

flujo de vanidades temporales), la respuesta es, sin duda, que le pondría término. Porque una auténtica cultura socialista sería una cultura que no buscaría insaciablemente lo nuevo, definido simplemente como lo que viene *después*, destinado a ser rápidamente arrinconado con el *detritus* de lo viejo, sino más bien una cultura que multiplicaría lo diferente, en una *variedad* de estilos y prácticas concurrentes mucho mayor de la que jamás ha existido antes: una diversidad basada en una pluralidad y complejidad de posibles formas de vida mucho mayores que las de cualquier libre comunidad de iguales, que no estaría dividida ya por clases, razas o géneros. Los ejes de la vida estética serían, en otras palabras, horizontales y no verticales. El calendario dejaría de tiranizar u organizar la conciencia del arte. La vocación de una revolución socialista, en este sentido, no sería prolongar ni servir a la modernidad, sino abolirla.

Ecología y perspectiva socialista

Rudolf Bahro

El tema enunciado por el título que encabeza estas líneas me parece que es *una* cuestión clave si no la cuestión clave que el movimiento socialista ha de plantearse de cara a las próximas décadas. Procediendo de entrada a una formulación de este tipo doy a entender ya, naturalmente, que para mi el problema de la crisis ecológica no es el horizonte de un movimiento específico cualquiera, sino el tamiz a través del cual tenemos que hacer pasar toda nuestra concepción política —más aún: toda nuestra concepción teórica, todo nuestro arsenal teórico— si es que queremos estar a la altura del desafío que nos presenta este final de siglo.

Nos encontramos sólo al comienzo de la asimilación teórica, psicológica y práctico-política de esta crisis. Cabe afirmar que a grandes rasgos no hemos hallado aún la posición correcta para hacerlo. En modo alguno pienso que los puntos de partida conceptuales acerca de los que me propongo hablar contengan ya la solución. Creo que tendremos que trabajar de firme para elaborar con toda la exactitud que nos exige la tradición marxista lo que aquí sólo voy a indicar como mero planteamiento del problema.

Nuestras dificultades a la hora de encontrar la posición adecuada para abordar el problema se inscriben en un contexto más general. En el movimiento socialista, particularmente en los países capitalistas altamente desarrollados, se extiende en la actualidad con bastante amplitud la sensación de que las concepciones que hemos sustentado hasta el presente no bastan ya y que, en un cierto sentido, hay que hablar de una crisis del marxismo. Voy a situarme para empezar en un nivel muy subjetivo describiendo cómo llegué personalmente a experimentar esta sensación.

Tras las guerras de liberación de Alemania, tras las grandes esperanzas que las fuerzas progresistas de Alemania habían asociado a los acontecimientos de 1812-1813, un miembro de una corporación

alemana de estudiantes, un dirigente estudiantil alemán, resumió así —creo que en 1817— su experiencia: *“Todo ha sucedido de manera diferente a como habíamos pensado”*. Para mí, esta formulación fue una vez una especie de vivencia, a mediados de los años sesenta. Incorporaba la experiencia que hemos tenido en el otro lado de la frontera con el “socialismo realmente existente” Una experiencia, por otra parte, que vinculaba muy especialmente a los camaradas de mi generación —generación afortunadamente demasiado joven como para haber tomado parte en la guerra fascista y para haber sido demasiado influida por la ideología nazi— con los viejos camaradas sin conectar con aquellos otros, pertenecientes a la generación intermedia, que regresaban en 1945 de las trincheras equivocadas. Los viejos camaradas, los que regresaban de los campos de concentración, tenían la sensación de que habíamos esperado otra cosa. Y los jóvenes camaradas, que eran como sus nietos, pronto habían de experimentar idéntica sensación.

“Todo ha sucedido de manera diferente a como habíamos pensado”. Este *todo* tiene, naturalmente, carácter aforístico, es una absolutización. Pero sí es cierto que muchas cosas han sucedido de manera diferente a como habíamos esperado. Y no sólo al otro lado de la frontera todo o muchas cosas han sido diferentes a como pensábamos, sino también aquí. Voy a intentar en lo que sigue sintetizar qué es lo que realmente ha sucedido de otra manera.

¿Qué esperábamos —con Marx desde los años cuarenta del S. XIX— que sucediese?

La idea político-estratégica básica del marxismo en relación con el destino de la humanidad en su conjunto consistía realmente en lo siguiente: que el despliegue y agudización de las *contradicciones internas*, de las contradicciones internas de clase en los países capitalistas más desarrollados del siglo XIX, había de comportar no sólo la solución proletaria general para los problemas de la civilización europea, sino la solución para la humanidad en general. Cuando se leen los artículos sobre la India se percibe con toda claridad que Marx esperaba de una revolución proletaria en Inglaterra la redención de la India. Y en sus últimos escritos de los años 1880-1881, en sus borradores de carta a Vera Zassulitch, vemos todavía su convicción de que en Rusia podía darse algo así como una vía de

comunales populares, pero bajo la premisa de una revolución proletaria victoriosa en Occidente. Y esto no ha sucedido.

Con lo que hoy tenemos que vérnoslas es, en realidad, con la siguiente contradicción: si leemos a Marx, sus escritos políticos y sobre todo sus análisis económicos, hasta el día de hoy resulta posible —sucede, por lo demás, también con el libro de Lenin sobre el imperialismo— hallar en gran medida confirmación para la *descripción* de la realidad que confirma lo que él escribió. Por ejemplo la explotación. Si cogemos el lápiz resulta que calculatoriamente es hoy mayor que nunca. Por otra parte, sin embargo, resulta que las consecuencias políticas derivadas del análisis no se han verificado. Es decir, la esperanza en una ruptura revolucionaria por parte de nuestro movimiento en los países capitalistas altamente desarrollados no se ha cumplido. Y no me es posible contestar en este momento por qué causas. Pero que la cosa es así, me parece evidente. Nuestra perspectiva ha sufrido un desplazamiento radical. Y por eso mismo ya no basta, como hacen por ejemplo los camaradas de tendencia trotskista, seguir pacientemente en nuestro ghetto de izquierda forjando los cuadros para la revolución proletaria, para nuestra definitiva insurrección espartaquista. Me parece, sencillamente, que ya no tenemos tiempo para confiar sólo en una perspectiva así. Nuestra vieja hipótesis acerca del carácter de la solución ya no es lo suficientemente probable. Debemos preguntarnos si no existen otras posibilidades de dominar los problemas; al menos, tenemos que poner otro hierro en la forja. Por eso mismo me propongo trazar ahora, a partir de la referencia a nuestra antigua voluntad de dar solución a los problemas de la humanidad directamente en base a las contradicciones internas de los países desarrollados, el contra-balance de todo este desarrollo con el objeto de iluminar el desplazamiento de la perspectiva.

Ya la revolución rusa constituye un dato indicativo del hecho de que la agudización decisiva de las contradicciones de clase se ha desplazado a la periferia del sistema capitalista. Generalizando diría lo siguiente: con la revolución rusa dio comienzo lo que hoy tenemos a la vista como un hecho general, la *dominancia de las contradicciones externas*, de varias contradicciones externas. En lo que sigue me referiré a tres de ellas.

Pero antes volvamos a la tesis que propongo: *dominancia de las contradicciones externas sobre las contradicciones internas* en nuestros países capitalistas altamente desarrollados. Y ahora tengo que detenerme en una cuestión, porque estas contradicciones externas a las que quiero referirme actúan naturalmente en el inte-

rior del sistema capitalista mundial en su conjunto o, dicho con mayor exactitud —porque los países de “socialismo realmente existente” no pertenecen al sistema capitalista mundial—, en el interior de la civilización capitalista mundial en su conjunto. Mi tesis, ciertamente, es que tampoco en los países de “socialismo realmente existente” se ha producido una ruptura con el horizonte de la *civilización* capitalista, de la civilización burguesa. Esto significa que allí no se ha dado solución al problema planteado por Marx en los *Grundrisse* consistente, a saber, en que en la propia maquinaria, en la propia tecnología está ya instalado el capitalismo, el dominio de clase, la explotación y la opresión del hombre por el hombre. Y dado que en el presente hemos reproducido a escala mundial esa maquinaria capitalista, esa tecnología capitalista y dado que las masas trabajadoras están igualmente sometidas a ellas en los “países socialistas”, aquella tesis maoísta de que los rusos estaban recorriendo también la vía capitalista, posee un núcleo racional. No nos hemos sustraído a las fuerzas productivas capitalistas, al fundamento de la civilización capitalista, que sigue constituyendo nuestro horizonte. En última instancia, esta civilización engloba a todo el mundo, aun cuando no todas las sociedades estén completamente penetradas por ella. En esta perspectiva, la situación en los países desarrollados —dirigiendo ahora nuestra atención a éstos— está más intensamente determinada por las contradicciones externas que por la dinámica generada por las contradicciones internas. A la contradicción entre trabajo asalariado y capital, con toda la cadena de derivaciones que afectan al proceso de reproducción, se *le superponen persistentemente las siguientes tres contradicciones externas*.

Tres contradicciones externas

En primer término figura, resultante de la gran revolución de octubre, *el conflicto Este-Oeste*, que ejerce una influencia tan permanente en nuestra situación global que no existe ni la más mínima posibilidad de solucionar cualquiera de los problemas ante los que nos encontramos si no nos planteamos al mismo tiempo cómo puede superarse esta confrontación de bloques. Una confrontación que impulsa por todas partes el proceso de crecimiento capitalista de las fuerzas productivas poniendo en peligro, a través del mecanismo de la carrera de armamentos, la supervivencia de la humanidad. En nuestro trabajo político práctico hemos dejado, en los últi-

mos veinte años, que la amenaza de una guerra atómica haya pasado demasiado a un plano secundario. Con la prosecución de la confrontación de los bloques y por tanto de la carrera armamentista, la humanidad no se sustraerá a su desaparición. No sólo porque la bomba puede explotar, sino porque esta expansión material en base a principios capitalistas de crecimiento se apoya, según el concepto hegeliano de la “mala infinitud”, en el desarrollo de las fuerzas productivas y de las necesidades de consumo. Uno y uno son dos. La serie numérica es esa “mala infinitud” en la que no es posible ningún salto cualitativo. Y este tremendo mecanismo propulsor de la concurrencia de los bloques, de la “carrera económica”, como se dice en el Este, hasta la carrera armamentista, que es el verdadero secreto de esta “carrera económica”, es lo que se deriva de la primera de las tres contradicciones externas que condicionan nuestra situación interna. Kruschew y Kennedy llegaron en su momento a la conclusión de que, dada la existencia de la bomba atómica, ya no era posible orientar la política exterior a la resolución de contradicciones por una vía antagónica. Desde entonces se impone la experiencia de que la multiplicidad de conflictos inscritos en el contexto de la confrontación de los bloques, relacionados con la situación mundial en su conjunto, tampoco nos permite tratar a las contradicciones internas en estos países capitalistas desarrollados simplemente desde la perspectiva de que hay que agudizarlas.

Una segunda contradicción externa —que puede ser que resulte en el futuro aún más gravosa— tiene que ver con lo que en pocas palabras podríamos llamar la *problemática Norte-Sur*, el enorme desnivel de la renta por cabeza en el eje Norte-Sur. Cabe imaginar lo que significaría que quisiéramos extender la estructura de necesidades materiales de nuestra sociedad, que ha tomado cuerpo entre nosotros como resultado de 200 años de desarrollo capitalista afectando sólo una fracción de la humanidad, a los 4.000 millones de personas o a los 6.000 u 8.000 con los que, ciertamente, hay que contar. Es evidente que el planeta simplemente no podría tolerar una expansión tal del consumo de materias primas y energía, que es lo que eso significaría en la práctica, incluyendo las consecuencias de la sobrecarga del medio ambiente que comportaría. Y, sin embargo, toda la experiencia histórica nos indica que los hombres del tercer mundo y del cuarto mundo no van a resignarse simplemente a prescindir de los standards de consumo que nosotros ponemos a su vista. En estas condiciones, ¿vamos a poder mantener nuestra civi-

lización en su forma actual bajo la premisa de que no va a estar al alcance de toda la humanidad?

Esta es, así pues, la segunda de las tres contradicciones externas que condicionan persistentemente nuestra situación interna. Una contradicción que, entre otras cosas, significa lo siguiente: en la medida en que la lucha de clases interior por el salario real sigue impulsando aquí la producción y aumentando la renta por cabeza —considerada sólo dentro de los límites de nuestros países ricos, la lucha por el nivel de vida de las masas sigue siendo una lucha absolutamente justa—, en esa medida se ensancha el abismo que atraviesa la humanidad. Y el materialismo histórico nos enseña que a partir de cada cesura en las condiciones materiales de vida pueden y deben surgir conflictos, que la muerte y el homicidio van a extenderse a escala de millones, y eso sin contar la catástrofe del hambre que amenaza —según predicción de economistas y especialistas en alimentación de probada seriedad— a unos quinientos millones de personas. A esto nos enfrenta, por tanto, esta segunda contradicción externa. Las luchas de clases internas en los países altamente desarrollados ya se resuelven en gran medida sobre las espaldas de los pueblos subdesarrollados. Este es un problema que debemos plantearnos. Todavía no tenemos la solución, pero el problema es éste.

Y la tercera contradicción externa, la contradicción externa a la que va a desembocar todo en definitiva, la que nos ha deparado el industrialismo capitalista y que, en consecuencia, me parece ahora la cuestión clave, es la *contradicción entre el hombre y la naturaleza* que se manifiesta en la crisis ecológica. La expresión “hombre y naturaleza” suena en principio, claro está, absolutamente extrapolítica. Pero el hombre es según Marx, precisamente, el “conjunto de las relaciones sociales” y es tal cosa en el contexto en cada caso dado, en el que el proceso de reproducción capitalista determina inquebrantablemente el desarrollo de las fuerzas productivas a escala mundial. En el caso de los países de “socialismo realmente existente” ya he mostrado cómo se desarrollan las mismas fuerzas productivas, sólo que a través de un mecanismo de adaptación.

¿Qué significa realmente la crisis ecológica?

El hombre existe en la Tierra desde hace de 2 a 5 millones de años, depende de cómo se valoren los hallazgos disponibles. El *homo sapiens*, que es nuestra especie biológica estricta, existe aproximada-

mente hace 40.000 años. La cultura, la civilización, tienen tal vez 10,000 años de antigüedad. Por otra parte, el sol nos abre un futuro prácticamente ilimitado. Pero a la vista de estas posibilidades de ulterior desarrollo humano, nuestros economistas —desgraciadamente de todas las tendencias— se dan por satisfechos cuando se consuelan y nos consuelan a nosotros asegurando que a propósito de cualquier materia prima, el carbón por ejemplo, que adoptando determinadas tasas de crecimiento en su consumo habrá todavía para 400 años y, en el caso del petróleo, para otros 70 años. A lo que se añade que aún se descubrirá alguna reserva suplementaria, por lo que con un poco de suerte durará todavía un par de décadas más. Algunos metales indispensables para el tratamiento del hierro se agotarán antes de que nosotros hayamos desaparecido. *Estos* son cálculos que entrañan en sí mismos un abandono del destino de la humanidad y del futuro de la humanidad. En modo alguno podemos conformarnos con ellos.

Debemos reflexionar acerca de cómo hay que transformar nuestra civilización en su conjunto, lo que significa en primer término nuestras fuerzas productivas si es que queremos asegurar la existencia de la humanidad para generaciones futuras. Hay que tener muy presente que la creciente escasez de los recursos conduce ya ahora a la agudización de la situación mundial. Que las guerras son ahora más probables.

En los años ochenta esta crisis de los recursos coincidirá con una crisis en el proceso de valorización del capital. Las tasas de crecimiento anteriores ya no volverán y no como resultado de un acto de razón, sino porque el proceso de reproducción no presta ya tanto. De este modo, las sumas para corromper y comprar la paz anterior que el capital estará en condiciones de desembolsar no alcanzarán ya los niveles de antaño. O sea, que el nerviosismo de las clases dominantes aumentará y con él naturalmente, también el peligro de que se adopten decisiones irracionales. No es por casualidad que se puede observar ahora una agudización bastante peligrosa de las actitudes políticas internas en América, que Carter, a raíz del enorme error que la Unión Soviética ha cometido en Afganistán, traslada a su propia política.

La crisis ecológica no es un fenómeno aislado de sobrecarga del medio ambiente. Es ante todo un problema de recursos y básicamente de materias primas, más de materias primas para la industria que de aprovisionamiento de energía (A este respecto existen, en cualquier caso, algunas variantes científicas, de las que cabe esperar que su fundamentación sea tan insegura como la de la

famosa fusión nuclear. De otro lado, todavía no hemos sometido a un examen científico aproximadamente definitivo a la energía solar en punto a su posible utilización. Es ya concebible que algo pueda sacarse de aquí). Pero lo que está sucediendo es que realmente estamos llegando al último escalón de las materias primas sobre las que se basa nuestra civilización. Ya se ha calculado que la humanidad, aún en sus dimensiones actuales, difícilmente podría alimentarse si faltasen los fertilizantes que hoy son de uso habitual, los fosfatos, las potasas, los abonos nitrogenados. Puede que esto sean prognosis pesimistas. Podríamos discutir si van a durar 50 años más o menos. Pero nosotros, en tanto que movimiento socialista, tenemos que pensar en términos de una perspectiva más vasta, ilimitada. Así lo hicieron siempre nuestros clásicos.

La crisis ecológica, de otro lado, es también sólo el vértice de la necesidad general que tiene la humanidad de liberarse del orden económico capitalista en la medida en que precisamente ahora hemos llegado en los países capitalistas desarrollados a un punto en el que la crisis de las fuerzas productivas coincide directamente con una crisis de la subjetividad del individuo. Jamás en la época moderna ha existido un tiempo en el que —como ahora— tantas personas que gozan de unas condiciones materiales aparentemente tan favorables se sientan tan desgraciadas. El significado de esto, por consiguiente, es que la economía política, la política ecológica y la emancipación general del hombre constituyen un solo conjunto de problemas que nosotros, en tanto que socialistas revolucionarios, debemos saber plantearnos de una manera nueva.

¿Qué ha sucedido de manera diferente a como habíamos pensado?

Ya he indicado antes que todas estas influyentes contradicciones externas son desde el punto de vista de la civilización global de la humanidad contradicciones internas; son internas al mundo, por así decirlo. Y este mundo en su conjunto sigue estando sujeto a la dominación capitalista. Pero capitalismo y crecimiento económico cuantitativo son cosas idénticas. De aquí se deriva la reflexión que conduce a la ecología socialista.

¿Cuál es, en realidad, *la naturaleza del mecanismo económico* que ha generado este tipo de crecimiento, de donde ha surgido la crisis ecológica? Se trata del principio básico más elemental de la economía capitalista, el *principio de la creación de plusvalía a*

cualquier precio. Para crear plusvalía se debe incrementar la productividad del trabajo y allegar más bienes al mercado. Cuanto mayor sea la producción en masa, tanto más efectiva será la reproducción desde el punto de vista del capital. Para ello han de introducirse cada vez masas nuevas de materias primas en el proceso de producción. Esto es, detrás de la crisis ecológica se halla la concurrencia de los monopolios. Esta es sustancialmente diferente a la a la concurrencia de los pequeños fabricantes en los siglos XVIII y XIX, en la fase inicial de la era capitalista. La concurrencia de los supermonopolios actuales, tanto de los nacionales como de los internacionales, reforzada mediante las aportaciones de capital a través de la maquinaria estatal, esa concurrencia monopolista por los máximos beneficios, el aumento de las ventas, las cuotas de mercado: he aquí el mecanismo motriz que hay que detener.

De esta manera podemos ver bajo una nueva luz la contradicción entre el resultado de nuestro análisis económico y la praxis política, que es por donde había empezado. Si este mecanismo motriz capitalista constituye el problema de la supervivencia de la humanidad en el presente, esto significa naturalmente que estas tres contradicciones externas deben ser atacadas en última instancia a través de nuestras contradicciones internas. Y que es aquí, en ningún otro lugar sino aquí, donde se mantiene en marcha el mecanismo propulsor que nos lleva a nosotros y al resto de la humanidad a una catástrofe total, donde debemos proponernos la consecución de una ruptura. Pero debemos tener muy presente una realidad que, según me parece, todos hemos experimentado en una medida creciente, a saber, que el sujeto que hasta ahora habíamos previsto, el sujeto proletariado tal como lo habíamos definido hasta ahora, no producirá esa ruptura. Este es el punto central, por lo que hace a nuestra tradición ideal, en el que las cosas han sucedido de manera diferente a como habíamos pensado.

Ya antes he indicado que a la vista de cómo se han desarrollado las cosas no está cuanto menos justificado que confiemos *sólo* en esa paciente forja de cuadros para la hora que esperamos desde hace 130 años; nuestros predecesores han fracasado hasta ahora siempre en un determinado sentido. La revolución rusa, es cierto, no ha fracasado por lo que hace al desarrollo de las fuerzas productivas industriales, desde luego que no, pero no ha generado socialismo. Pienso que precisamente la fijación en las viejas formulaciones marxianas acerca del problema del sujeto, acerca de la cuestión de qué fuerzas han de superar al capitalismo, tiene mucho que ver con las conclusiones derrotistas y pesimistas que actualmente aparecen

entre nosotros de vez en cuando. De aquí resulta el abandono de la actividad.

En la concepción heredada por nosotros nos centramos ante todo en la dinámica de las relaciones de producción, de la denominada base. Es sabido que en el marxismo las fuerzas productivas y las relaciones de producción están muy estrechamente vinculadas. Pero nosotros nos hemos concentrado siempre en las relaciones de producción. En ellas hemos destacado siempre la relación de explotación en tanto que palanca para las transformaciones. Siempre hemos situado como punto de partida de nuestra concepción política dos breves y sumarios escritos como los famosos *Trabajo asalariado y capital* y *Salario, precio y ganancia*, redactados por Marx con anterioridad a *El capital*.

La crisis ecológica no significa en realidad otra cosa sino que ahora nos encontramos ante el desafío de situar el *centro de gravedad* del problema que tenemos que resolver *en las fuerzas productivas*, en la adaptación de las fuerzas productivas, aunque naturalmente sin olvidar las relaciones de producción. Pero esto significa también que el desafío material al que se enfrentan los individuos —exactamente todos los miembros de esta sociedad, no en tanto que obreros o miembros de las capas medias o capitalistas, sino como personas— procede por así decirlo si cabe formular esto *ad hoc*, de un plano “aun más material” que el correspondiente a las relaciones de producción. Precisamente porque hasta el presente no fue posible romper las relaciones capitalistas de producción a partir de un impulso político que se hubiese apoyado sobre la dinámica de la contradicción entre trabajo asalariado y capital se ha llegado a un punto en el que la crisis ecológica arremete a partir de las fuerzas productivas, es decir del fundamento de nuestra civilización en su conjunto desplazando a un segundo plano la lucha de clases tradicional. La sociedad burguesa ha estado en condiciones, precisamente en base a los logros conseguidos por nosotros, de integrarnos cada vez más profundamente en su propio seno. Si nos decidimos a contemplar con los ojos bien abiertos qué es realmente la lucha de clases por la distribución administrada en común por los empresarios y los sindicatos, habrá que convenir en que es una carrera que no conduce a ninguna parte. Esta es una carrera que no conduce a ninguna parte, subordinada al proceso de reproducción de todas las contradicciones de la sociedad capitalista. Es incluso un mecanismo positivo de esta dialéctica capitalista. Y no hay ninguna esperanza de que por este camino lleguemos a salir del capitalismo. Entre otras cosas también a causa de la participación en los beneficios coloniales,

que muy pronto fue reconocida como un peligro para el movimiento obrero, la lucha salarial ha perdido aquella significación existencial y por tanto explosiva que sin duda alguna tenía en los siglos XVIII y XIX. Y, de otro lado, vemos precisamente que la lucha sindical permanece encerrada en el interior de la sociedad burguesa. Por lo tanto, ya no podemos fundamentar ninguna perspectiva socialista sobre esta lucha.

Incluso compañeros que sustentan una interpretación completamente ortodoxa del marxismo señalan en sus análisis del capitalismo tardío que las cuestiones que más mueven hoy a las personas tienen que ver con la proporción entre consumo privado y consumo social, con la exigencia de control de las inversiones, con la reivindicación de transparencia del proceso económico global, con la supresión del secreto bancario, del secreto de los monopolios. Estas son cuestiones de mucha importancia que afectan el proceso de reproducción capitalista *en su conjunto*, esto es, que se sitúan en un plano mucho más diversificado, mucho más complejo. Se sitúan precisamente donde Marx ya no llegó en la redacción de *El Capital*, en sus conclusiones políticas: son los problemas que se consideran en los tomos II y III de *El Capital*. Se trata de en qué medida el proceso global de la reproducción capitalista genera contrafuerzas capaces de dar lugar a la transformación revolucionaria que no se ha derivado de la lucha salarial, de la lucha por la distribución a la que nos hemos referido. Quede claro que soy muy consciente de que esta contraposición entre el tomo I y el tomo II de *El Capital* simplifica mucho las cosas. Lo único que me proponía era señalar una inversión de las prioridades.

Otro elemento: Marx indicó ya en los *Grundrisse*, esto es, en los trabajos preparatorios del *El Capital*, que los obreros industriales constituyen una clase tendencial en desaparición. Claro está que si entendemos por tales al “trabajador a pie de máquina”, al “obrero en overol”. Ya en la teoría se ha resuelto sin ambigüedad que entre el 80 y el 85 % de los miembros de nuestra sociedad dependen de un sueldo o de un salario. Y hay además, con plena seguridad, todo un conjunto de existencias sociales que sólo porque desarrollen, por ejemplo, una actividad libre y se las contabilice en las estadísticas como autónomos, no deben ni de lejos sumarse a la otra clase. En consecuencia, para lo política práctica deberíamos partir de este amplio sujeto. Los compañeros a los que hacía referencia hablan de este 80 a 85 %, pero cuando se ocupan de estrategia entonces siempre señalan como primario organizar a los obreros en overol. Esto es demasiado poco. Lo que estamos necesi-

tando ahora no es, en modo alguno, una organización de la que estén ausentes los de overol. En absoluto. Y seguimos necesitando, igual que antes, la limitación del poder del capital que está naturalmente inscrita en la lucha distributiva. No se trata, digamos, de negar aquello que ha representado y definido el movimiento obrero tradicional. Pero de lo que sí se trata es de hallar nuevas ordenaciones de los pesos relativos, nuevas prioridades y sobre todo, una estrategia que tenga realmente como punto de partida al *trabajador colectivo* de la sociedad capitalista altamente desarrollada.

La presente edición se terminó de imprimir en Mayo de 1986
en los Talleres de **RIPARI S.A.** - J. G. Lemos 246/48 - Tel. 552-3900
Buenos Aires - Argentina

Cuadernos del Sur

ADOLFO GILLY

ALBERTO J. PLA

ALEJANDRO DABAT

MIKE DAVIS

PERRY ANDERSON

RUDOLF BAHRO

- La anomalía argentina

- Orígenes del Partido Socialista Argentino

- Crisis y economía en América Latina

- Reagan: En pos del milenio

- Modernidad y revolución

- Ecología y perspectiva socialista

Artista plástico invitado: RICARDO ROUX